

Torre de los Lujanes

Revista Anual de Humanidades y Ciencias Sociales

**Editada por la Real
Sociedad Económica Matritense**



Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País
Madrid, Enero 2017
Nº 70

Director: Fernando Cillán Otero
Coordinador General: Alejandro Moreno Romero
Diseño y Maquetación: Micaela Diaz Ferricioni
Preimpresión e impresión: Cimapress

ISSN: 1136-4343

Depósito Legal: M-18744-1986

Redacción: Torre de los Lujanes, Plaza de la Villa, 2. 28005 Madrid. Tel. 91 548 06 16
E-mail: matritense@matritense.com

índice

ALVARO LOMBA, Sebastián 200 Años de Soledad	Págs. 7-16
BECERRIL ROCA, Pilar Ponencia para el Encuentro de la RSEMAP en Badajoz	Págs. 17-19
CLARK, Marga Mi tía Marga: la pasión de un espíritu romantico	Págs. 21-30
DE DIEGO GARCÍA, Emilio El nacionalismo en la España del siglo XIX: el caso catalán (I)	Págs. 31-44
DE LA FUENTE DEL MORAL, Fátima El Madrid de Carlos III	Págs. 45-55
FERNÁNDEZ ENVID, Enrique La destreza: el arte marcial en el Madrid del siglo XVII	Págs. 57-64
GONZÁLEZ DE LA RUBIA, Angel Manuel La salud empieza por los pies	Págs. 65-78
JIMÉNEZ MATEOS, Juan Miguel De Madrid... ¡Al suelo! o los minerales más castizos	Págs. 79-95
LAMO DE ESPINOSA, Jaime Fray Antonio de Jesús en Pastrana	Págs. 97-104
LÓPEZ SANGÜESA, José Luis La comedia neorrealista madrileña: reflejo cinematográfico de nuestra villa en los años 50	Págs. 105-116
MARTÍN URRIALDE, José A. Movimiento como herramienta para la salud	Págs. 117-119
MARTÍNEZ TEJEDOR, María Concepción Las primeras directoras de cine en España: recuerdo y reivindicación de las pioneras	Págs. 121-130
MORALES-ARCE, Rafael La desigualdad social. La posición del premio nobel de economía 2015 y otras perspectivas	Págs. 131-146
MUNECAS VIDAL, Miguel Angel El comercio de la nieve en el Madrid de los siglos XVI al XIX	Págs.147-157

VALDÉS, Micaela Floridablanca y su entorno	Págs. 159-169
VELARDE FUERTES, Juan La economía en la España del Quijote	Págs. 171-185
VILLACÍS, José Germán Bernácer y el Círculo de Alicante	Págs. 187-196
VILLAVEVERDE, María José Los mitos de la leyenda negra	Págs. 197-207
VOLOSUYUK, Olga Los primeros Románov de Rusia y las relaciones diplomáticas con España	Págs. 209-217

200 AÑOS DE SOLEDAD

Sebastián ÁLVARO LOMBA
Periodista, creador de *Al filo de lo imposible*

La relación del hombre y la montaña es tan antigua como la propia humanidad. De los Alpes al Himalaya, pasando por los Pirineos, las montañas sirvieron de cobijo a los seres humanos, brindando protección a los que se atrevían a vivir a su sombra. Es probable que en la antigüedad las montañas fuesen el último lugar donde los hombres iban a refugiarse, quizás huyendo de otros peligros o porque los valles templados y amables habían sido ya ocupados. Más tarde las montañas se hicieron morada de dioses y dragones, fronteras inaccesibles que muy pocos se atrevían a cruzar. En las montañas se construyeron monasterios, se habitaron nuevamente cuevas por eremitas, algunas convertidas en refugio de ladrones y perseguidos. Montañas y desiertos sirvieron de lugares de meditación para profetas o escondites de guerrilleros.

Bajo el punto de vista físico hoy sabemos que las montañas son mucho más que la rugosidad de la Tierra. En la actualidad más de 3.000 millones de personas dependen de ellas para obtener el agua necesaria para su supervivencia. Por tanto tienen una utilidad básica de primer orden para la vida en el planeta. Pero además, desde hace algo más de 200 años, las hemos convertido en uno de los bienes naturales más preciados: son la suma de su majestuosidad, de la belleza y del sentimiento que les han otorgado los artistas, los científicos y los montañeros. Un sentimiento que nació en los Alpes de la pasión por las altas cumbres gracias al impulso racionalista que surgió a finales del siglo XVIII, con el surgir imparable de la Ciencia, la Ilustración y el Romanticismo. Entonces, cuando la Razón sustituye al mito, el método científico se impone como forma de conocimiento y el romanticismo propicia una nueva mirada sobre la Naturaleza, muy especialmente sobre los territorios hostiles, antes despreciados o temidos. Es el caso de las altas montañas, los desiertos y los Polos. Justo en ese tiempo nace y se desarrolla el alpinismo como la gran aventura moderna, que aúna pasión y conocimiento. Desde entonces sabemos que las montañas no sólo son fundamentales para nuestra vida, sino además lugar de reflexión y alivio del espíritu. Por ello debemos preservarlas para nosotros y las generaciones futuras como patrimonio natural insustituible.

Las montañas son también la mejor prueba del dinamismo de la Tierra, que se manifiesta en monumentales actos de creación y destrucción, como los volcanes que en actividad añaden su poder de intimidación y de fascinación. El mejor ejemplo de la lucha de estas fuerzas colosales se da en la colisión de dos continentes, las dos placas tectónicas que siguen levantando hacia el cielo las montañas más altas de la Tierra: el Himalaya y el Karakórum.

Pero las montañas estuvieron presentes en la imaginación de los hombres, mucho antes de que los alpinistas, científicos y exploradores decidiesen hacerlas objeto de su interés. Hinduistas y budistas hicieron de una montaña ideal el centro de un universo rodeado por siete anillos concéntricos de montañas a cuyo alrededor giraban el sol y la luna. Aún hoy, la montaña más sagrada del mundo es la que representa ese centro del universo hinduista y budista: el monte Kailash, en el occidente de Tíbet. Para los fieles de estas religiones, no es sino la imagen terrestre del monte ideal, Meru, el eje del mundo. En muchas otras montañas del Himalaya la divinidad se encarna en estas moles de roca y nieve que sobrepasan las nubes y asombran a los hombres. Chomolungma, el Everest, es la Diosa Madre del Universo, Annapurna la

Diosa de las cosechas, Cho Oyu, la Diosa Turquesa... En muchas culturas los hombres han buscado a sus dioses en las cimas más altas. El monte Olimpo fue la morada de los dioses griegos, el Parnaso el monte de la inspiración de los poetas. En la cumbre del Sinaí, Moisés recibió las Tablas de la Ley, los Diez Mandamientos por los que se rigen aún hoy millones de judíos y cristianos y en el Calvario Cristo fue crucificado. Innumerables cruces en las cimas de las montañas europeas atestiguan el interés reverencial por las montañas. Y, al otro lado del Atlántico, cientos de años antes de que se inventara el alpinismo por los europeos, los devotos incas subían la perfecta pirámide del volcán Licáncabur –una pirámide perfecta de casi seis mil metros de altitud en el desierto de Atacama- para levantar altares y ofrecer sus sacrificios.

El interés humanista por las montañas debió esperar hasta el Renacimiento que, con su espíritu innovador y crítico, fue precursor de la fascinación por las montañas como meras maravillas de la naturaleza. El poeta italiano Petrarca, considerado como uno de los humanistas más representativos de su época, escaló en 1336 el monte Ventoux. Y tras él pintores, escritores y sabios renacentistas dejaron patentes en sus obras esa nueva mirada sobre la Naturaleza y el lugar que ocupaban las montañas. Pero el espíritu ilustrado del que un día había de nacer el alpinismo no se concebía aún. Ello ocurrió a finales del siglo XVIII con la ascensión al Mont Blanc, la cumbre más alta de los Alpes. Al calor de la Ilustración, las montañas alcanzaron categoría cultural con la invención del alpinismo. El sabio ginebrino Horace Benedict de Saussure fue el inspirador de esta ascensión pues había ofrecido una recompensa por lograrla. El 8 de agosto de 1786 Jacques Balmat y Gabriel Paccard culminaban con éxito once años de tentativas infructuosas y el mismo Saussure veía su sueño cumplido al subir a la cumbre del Mont Blanc un año más tarde. El Sentimiento de la Montaña representado en este sabio humanista, el mismo que ha llegado hasta nosotros, es producto de la Ilustración, la unión de la Razón y la emoción. Tras De Saussure otras personas seguirán sus pasos en el viaje a la naturaleza. Pero, aunque lento, este desarrollo será imparable y traerá importantes cambios en los Alpes. Estas primeras transformaciones ya harán quejarse a algunos de aquellos pioneros, por haber construido hoteles y refugios desvirtuando la esencia de la montaña, cuyo misterio “custodiado por unos pocos iniciados, se pierde en manos de la multitud”. Como puede verse los debates y las preocupaciones también se repiten históricamente.

Aquellas primeras conquistas de las cimas más altas de los Alpes se vieron jalonadas de hazañas prodigiosas debido al desconocimiento y las dificultades a las que tuvieron que hacer frente los primeros alpinistas. La inexperiencia, el miedo a adentrarse en parajes desconocidos –hasta entonces fuente de leyendas y terribles dragones- la altitud, el frío, la soledad, las grietas, los aludes y los vivaques al raso, sobre glaciares sin apenas equipo eficiente, convirtieron aquellas escaladas en aventuras incomparablemente más arriesgadas a las que hoy realizan los alpinistas modernos. Ese momento coincide con lo que se ha dado en llamar “la edad de oro” del alpinismo heroico o victoriano –que se suele establecer entre 1855 y 1865- y es protagonizado en gran medida por alpinistas británicos que en ese momento disponen de los medios económicos para emprender estos viajes a los Alpes y acometer escaladas que son auténticas expediciones. Entonces en los Alpes van de la mano el espíritu aventurero, pura acción y emoción, junto al pensamiento científico, inquisitivo, de hacerse preguntas nuevas sobre la Naturaleza. De todas esas preguntas y pasiones brotó un hecho cultural pro-

pio, en forma de literatura, pintura, música, poesía, geografía, filosofía. Es el momento en el que nacen las sociedades alpinas, como el prestigioso Alpine Club, se construyen refugios y el alpinismo comienza a desarrollarse velozmente. Por otro lado el conocimiento sobre las montañas también se amplía gracias a estudios de científicos como Agassiz o Tyndall entre otros, que consideraban a los Alpes el más grandioso laboratorio de la naturaleza, y donde estudian la geología de las montañas y los glaciares. Muy pronto las ascensiones, con guías nativos, de las cumbres más conocidas de la cordillera se extendieron llegando a ser habituales. En pocos años serían holladas por los pioneros la gran mayoría de las cimas más altas de los Alpes.

A pesar de ello en 1865 todavía no había sido conquistado el Cervino, la montaña que quizás mejor representa el mito de la inaccesibilidad, la montaña perfecta. Y en ella se viviría una de las primeras grandes tragedias alpinas. Después de múltiples intentos, en los que no faltaron los accidentes, las luchas épicas y las deslealtades, Whymper lograría alcanzar la cima del Cervino por delante de su competidor el guía italiano Jean Antoine Carrel, dejando patente una rivalidad que luego se haría más frecuente en las altas montañas. Pero en el descenso se despeñarían cuatro de los siete miembros del grupo vencedor al romperse una cuerda.

La escalada del Cervino fue el principio de una nueva transformación. En esos diez años dorados habían sido escaladas casi todas las cumbres vírgenes de los Alpes por un número relativamente pequeño de hombres decididos y valientes. Poco a poco la mezcla de aventura y afán de conocimiento que en un principio impulsó a los hombres hasta la cima de las montañas se vio enriquecida por un nuevo anhelo más deportivo. Gracias a este impulso, y más rápidamente a partir de 1880, se desarrollaría una concepción más deportiva del alpinismo, que sería liderada por grandes alpinistas y escaladores que empezarán a realizar nuevas escaladas orientadas hacia la búsqueda de la dificultad más que a la consecución de la cumbre. Más tarde esta tendencia se difundiría ampliamente por grandes escaladores en roca, como Paul Preuss, Hans Dülfer, Tita Piazz (el “Diablo de las Dolomitas”) y muchos otros, que llevarían a cabo las primeras escaladas consideradas extremas, algunas incluso en solitario. Muchos de estos alpinistas morirían muy jóvenes, víctimas de su atrevimiento en las nuevas escaladas o de la furia guerrera que habría de desatarse en Europa poco después.

Pero el hombre más influyente en el desarrollo del nuevo alpinismo es Albert Frederick Mummery. Considerado el padre del alpinismo moderno, este inglés fue el mejor alpinista de su tiempo. A él debemos una aportación revolucionaria: en su opinión el verdadero alpinista es sólo aquel que escala nuevas rutas. Coherente con estas ideas Mummery en siete ocasiones el Cervino, por seis rutas diferentes. Además a Mummery también le debemos una contribución vital al desarrollo del alpinismo moderno al prescindir de guías en sus escaladas. La evolución natural de esta nueva ética y estética del alpinismo llevará a corto plazo a la especialización, y de acuerdo con los nuevos tiempos el equipo de los alpinistas se hace más eficiente. Si hasta entonces se trataba de conquistar a cualquier precio una montaña, a partir de ahora las rutas comenzarán a distinguirse por sus dificultades y el terreno donde se desarrollan, ya fuesen en roca, hielo o mixto. Siempre fiel a su estilo, Mummery realizó durante más de veinte años incontables ascensiones abriendo innumerables rutas nuevas. Con un pensamiento resumiría su filosofía alpina y su forma de enfrentarse a la vida: *“Cuando todo indica que por un lugar no se puede pasar, es necesario pasar. Se trata precisamente de eso”*

Su espíritu inquieto le llevó a buscar fuera de los Alpes otras montañas, cada vez más altas, comprometidas y exigentes, primero en el Cáucaso y luego en el Himalaya. Fue un pionero al intentar en 1895 por primera vez escalar una montaña de más de ocho mil metros: el Nanga Parbat. Desgraciadamente el Nanga sería su última montaña. Allí desapareció, junto a dos porteadores gurkas, cuando sólo tenía cuarenta años. La pérdida de Mummery causó una honda impresión en el Reino Unido, parecida a la que, pocos años después, provocaría la desaparición de Scott y sus compañeros en la Antártida y la de Irvine y Mallory en el Everest.

Este era el panorama montañoso internacional que servía de referencia a los montañeros españoles de las primeras asociaciones que comenzaban a dar sus primeros pasos. La diferencia es muy notable con la tradición europea. A España también habían llegado las nuevas tendencias y los nuevos valores, pero en 1800 la mitad de la población española era analfabeta y a los estudios superiores sólo accedía una minoría de varones. La invasión napoleónica, la represión de los ilustrados, la pérdida de las colonias y la crisis institucional fueron instantes claves de una grave decadencia política. El peso de la iglesia católica era muy fuerte y las teorías de Darwin, que ponían en cuestión aspectos relatados en la Biblia, tardaron en ser aceptadas con normalidad. Por otro lado ni la situación política o económica favorecía el desarrollo de la actividad excursionista y mucho menos la alpinística o expedicionaria. Por entonces, finales del siglo XIX y comienzos del XX, España vivía una etapa de decadencia y crisis política, económica y social sin precedentes. Por dar unas pinceladas, de 1808 a 1936 se produjeron más de 25 guerras, más de 50 pronunciamientos militares y multitud de atentados terroristas. Este era el panorama a principios del siglo XX en España. Aunque obviamente había en la Península un excursionismo previo y hasta ascensiones a picos elevados, como el Veleta o el Aneto, la escalada del Naranjo en 1904 vino a simbolizar en España algo parecido a lo que había representado la conquista del Cervino en los Alpes. Con la escalada de Gregorio Pérez, El Cainejo, el guía espontáneo, y Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias, directamente escalador, se entra en un mundo nuevo, caracterizado por la pasión por las montañas esbeltas, difíciles, y el alpinismo acrobático, pues la vía que abrieron es muy aérea y expuesta. Además don Pedro Pidal fue un decidido defensor de los primeros Parques Nacionales en España, que serían precisamente áreas montañosas, uniendo alpinismo, amor a la montaña y conservación desde el mismo origen del alpinismo en nuestro país.

En Europa sin embargo son los instantes previos a la primera guerra mundial que barrería durante cinco años los afanes montañosos. Aunque España se mantendría al margen del conflicto la violencia que se había desatado recorrió todo el continente. Fueron años convulsos, precursores no sólo de la guerra mundial sino de revoluciones, como la soviética, en muchos de los países de nuestro entorno y también de hambre, violencia y guerras civiles. En 1909, el mismo año en el que el hijo del rey de España, Luis de Saboya, el Duque de los Abruzos, lleva a cabo una magnífica expedición exploratoria al Karakórum y consigue el record de altitud al conseguir alcanzar los 7500 metros en el Chogolisa, se producen los sucesos de la semana trágica de Barcelona. Sólo en ese año más de 120.000 españoles abandonan el país en busca de un futuro mejor. En 1912 de los siete millones de argentinos un millón ya serán emigrantes españoles. Justo al tiempo, de 1910 a 1912, se llevará a cabo la gran carrera polar entre los noruegos liderados por Roald Amundsen y los británicos por el capitán Robert Falcon Scott. Los noruegos alcanzarían el Polo Sur con 35 días de diferencia sobre el grupo de Scott que lo alcanzan en los primeros días de 1911. Es el mismo año en el que se hunde el Titanic y también cuando Scott, Bowers, Wilson, Evans y Oates desaparecen en la Antártida a su regreso del Polo.

Sebastián

En 1913 la guerra de los Balcanes encendió el fuego que, tras el atentado de Sarajevo, llevaría la confrontación generalizada. En 1914 por primera vez la guerra se hizo universal y se libraría con unos medios más poderosos y letales. Ni políticos ni generales fueron capaces de entender que las guerras habían cambiado, siendo incapaces de detener una devastadora contienda que concluyó dejando millones de muertos y unas heridas que volverían a reabrirse pocos años más tarde con otra guerra mundial más terrible aun. Entre ambas, una espantosa guerra civil en España dejó los campos de batalla llenos de cadáveres, miles de españoles en el exilio y unas secuelas económicas, sociales y políticas que durarían casi medio siglo. El nivel de vida de los obreros españoles de 1936 no se recuperaría hasta veinte años más tarde. No es extraño que el montañismo español no se recuperase hasta la década de los sesenta.

Mientras millones de personas perdían la vida en las trincheras de los campos de batalla europeos, el explorador británico Ernest Shackleton y 27 hombres iban a llevar a cabo una de las expediciones más insólitas y extraordinarias de todos los tiempos. Aunque en realidad aquella expedición fue un nuevo fracaso británico, aquella expedición que duraría casi tres años, influyó notablemente en el resurgir de los grandes proyectos por conquistar los extremos de la Tierra. Tras el horror que supuso la primera guerra mundial, en un ambiente de orgullo nacional herido, resurgió el proyecto de escalar el Everest, tanto para olvidar la sensación de derrota en el Polo Sur como para dignificar la conciencia nacional. Y sería George Mallory la figura central de las tres expediciones británicas que en 1921, 1922 y 1924 se enfrentarían por primera vez a la montaña más alta del planeta, llegando a altitudes jamás alcanzadas antes por ningún ser humano. Aquellos alpinistas británicos que llevaron a cabo las últimas exploraciones en los Polos y en los Himalayas eran el prototipo de aventureros completos: escritores, pintores, médicos, militares o espías al servicio del imperio británico. Primero, en 1921, tuvieron que encontrar la montaña y la vía de ascensión. Fue cuando “se salieron del mapa”, como indicaba Mallory. Al año siguiente lograron superar los ocho mil metros y por fin, con el único objetivo posible de conquistar la cumbre los británicos volvieron al Everest en 1924. El día 8 de junio, con un tiempo magnífico, Andrew Irvine y Georges Mallory salieron del último campamento, situado a 8,168 mts, hacia la cumbre. Los dos fueron vistos por última vez, según el relato de su compañero Noel Odell, a eso de la una del mediodía por encima del segundo escalón “avanzando resueltamente” hacia la cumbre. Desde entonces el misterio envolvió a los dos alpinistas convirtiéndose en objeto de debate y especulación hasta nuestros días. Probablemente sea el mayor misterio de la historia del alpinismo. La aparición del cuerpo de Mallory en la primavera de 1999 despejó algunas dudas pero al tiempo planteó otras interrogantes, no menos apasionantes. En los bolsillos del escalador, que había muerto por una caída, se encontraron algunos objetos, entre ellos algunas notas y apuntes de las botellas de oxígeno. Lo sorprendente es que no llevase ninguna fotografía de Ruth, su mujer, que siempre dijo que dejaría en la cima, dejando abierto el enigma de si fueron los primeros en alcanzar la cima más alta de la Tierra.

El corto periodo que separa las dos grandes guerras es uno de los más convulsos de Europa y de los más interesantes de la historia del alpinismo. Las condiciones humillantes impuestas por los países vencedores a Alemania, unidas a la crisis económica y social y la situación de extrema miseria en la que vivían amplias capas de la población, el miedo a la revolución proletaria, como la que había llevado al poder en Rusia a los bolcheviques, propiciaron el ascenso del fascismo. Un fenómeno que se extendería como una mancha de aceite por toda Europa y terminaría abocando al mundo a la mayor tragedia conocida por la Humanidad.

A comienzos de los años treinta el desempleo y la falta de perspectivas, provocaron que buena parte de la juventud alemana eligiera un tipo de vida aventurera y errante como alternativa. Fueron llamados “wandervögel” (pájaros emigrantes). Muchos se veían forzados a vivir una vida de vagabundos en torno a la montaña, muy especialmente alrededor de Munich. Así surgió una generación de alpinistas extremos, para ellos lo primordial era poner a prueba sus fuerzas y el sentido de libertad que encontraban ejercitándose en condiciones extremas. Y existía una gran base. En 1919 la federación alpina alemana era la mayor del mundo y ya contaba con 250.000 afiliados. La contaminación ideológica en estos años fue especialmente corrosiva. En esta época se derrumba la concepción naturalista de la montaña, el espíritu ilustrado, científico y humanista, así como el estilo deportivo representado por los caballeros liberales ingleses del Alpine Club, que se definía así mismo como un “club de caballeros que ocasionalmente escalan”. Esta concepción es sustituida por el entusiasmo de una generación de jóvenes aleccionados en el deber, el coraje y la lucha. Son los mismos jóvenes que luego lucharían en las trincheras

En este contexto, en el que las montañas ceden su protagonismo a las rutas difíciles y expuestas, es en el que surge la idea de los “últimos grandes problemas” de los Alpes: las caras nortes del Eiger, el Cervino y las Grandes Jorasses. Y, después de no pocos sacrificios humanos, los últimos problemas se van resolviendo. En 1931 es escalada la cara norte del Cervino por los hermanos Franz y Toni Schmid que recibieron la medalla de oro olímpica. En julio de 1938 Heinrich Harrer, Fritz Kasperek, Anderl Heckmair y Ludwig Vörg, lograrían escalar por primera vez la temible cara norte del Eiger que tantas vidas se había cobrado. Los vencedores fueron recibidos por Adolf Hitler. Por último, en agosto de 1938, Ricardo Cassin, Gino Esposito y Ugo Tizzoni escalan el espólón Walker, en la cara norte de las Grandes Jorasses, considerado el último gran problema de los Alpes.

Capítulo aparte merecen las expediciones alemanas al Nanga Parbat de 1930, 32, 34, 37, siendo la última en 1939, cuando la guerra sorprendió a los expedicionarios en la India británica y fueron hechos prisioneros. Además factores externos convirtieron a estas expediciones alemanas en auténticas batallas donde se dirimía el orgullo de un país. El precio que hubo que pagar fue terrible. En sólo dos de ellas, la del 34 y 37, desaparecieron 26 personas. En el Nanga quedó sepultada la mejor generación de alpinistas alemanes.

La segunda guerra mundial, como la primera, supuso un paréntesis forzoso en la exploración y conquista de las cimas más altas de la Tierra. Hasta el estallido de la segunda guerra mundial, las expediciones a las más altas cumbres de los Himalayas se habían dirigido por el Tíbet ya que el reino de Nepal, que acoge ocho de las catorce cumbres de más de ocho mil metros, había permanecido cerrado a la influencia extranjera. Pero ahora las expediciones tuvieron que empezar a explorar la vertiente sur de la gran cordillera. Al norte el Tíbet, tras la ocupación militar china, estaba vedado a los extranjeros, mientras que Nepal se abría como un territorio virgen a explorar por la nueva generación de alpinistas. Aquellos años supusieron una época dorada en la conquista de las montañas más altas de la Tierra. Desde luego los avances tecnológicos derivados de la gran contienda, como aleaciones, trajes de pluma y sistemas de oxígeno ligeros, serían determinantes para estas conquistas. Pero la valentía, la decisión y el cambio psicológico de los alpinistas fue lo decisivo. Después de la devastación provocada por la guerra las grandes

Sebastián

naciones necesitaban símbolos necesarios para acometer la enorme tarea de reconstrucción que tenían por delante. En un breve periodo de tiempo, sólo catorce años, los gigantes de la Tierra fueron conquistados por una gran generación de alpinistas encuadrados en expediciones convertidas en símbolos nacionales.

Sería imposible resumir todas ellas aquí. Pero en una breve mirada destaca la expedición francesa al Annapurna de 1950, en la que se consiguió alcanzar la cima de un ochomil por primera vez. Compuesta por unos grandes alpinistas de la mejor generación francesa, como Terray, Couzy, Schatz, Lachenal, Rebuffat y el jefe de expedición, Maurice Herzog, que jugaría un papel determinante en la consecución de la cima, convirtiéndose en un héroe a su llegada a Francia. Tampoco puede olvidarse la expedición británica de 1953, al mando del competente John Hunt, que conseguiría, por fin y con total seguridad, la cima del Everest. Aunque probablemente las mejores hazañas alpinas de aquellos años fuesen la ascensión en solitario, en su último tramo, del Nanga Parbat a cargo del austriaco Hermann Buhl, y la escalada del K2 en 1954 por un potente equipo italiano (en el que ya figura un joven Walter Bonatti

De esta magnífica época, surgiría una pléyade de grandes alpinistas como Hillary, Buhl, Diemberger o Terray, y grandes jefes de expedición, como Karl Herrligkoffer, Ardito Desio o John Hunt, cuya influencia sería notable. Y por supuesto una lista interminable de grandes alpinistas anónimos que escribirían algunas de las páginas más heroicas del alpinismo moderno. La repercusión que tuvieron muchas de estas expediciones fue notable. Se hicieron películas, se escribieron libros, se dictaron conferencias y se iniciaría un proceso imparable que cambiaría la faz del alpinismo, de las expediciones y la economía de los países del Himalaya.

Pero probablemente el alpinista más extraordinario de esta época, tras la segunda guerra mundial, sería Walter Bonatti, que dominaría la escena del alpinismo mundial de 1950 a 1965. Su fortaleza legendaria le hizo sobrevivir a un terrible vivac por encima de los ocho mil metros en el K2 o, después de haberse machacado un dedo con la maza, seguir escalando cuatro días en solitario en el pilar que lleva su nombre en los Drus, o convertirse en 1961 en el símbolo de la resistencia y la solidaridad en el Pilar central del Freney, por sacar a sus compañeros de la trampa mortal en que se había convertido el Mont Blanc. Pero es su actitud ante la vida, su honestidad y rectitud, la que han hecho del alpinista italiano una de las referencias éticas imprescindibles del alpinismo de todos los tiempos. “El alpinista más puro que jamás ha existido”, como dijo Doug Scott.

Como había predicho Lionel Terray el alpinismo estaba muy lejos de encontrar sus límites. A finales de los sesenta y principios de los 70 las técnicas de escalada en roca del Yosemite se trasladan a Europa, revolucionando la escalada en roca y poco más tarde la escalada de grandes paredes en otros macizos montañosos. La influencia del alpinismo norteamericano en Europa llegará a ser enorme, con tipos como Royal Robbins, (el escalador de roca norteamericano que con más talento desarrolló las técnicas de big wall en Yosemite y en los Alpes) John Harlin, o Jim Bridwell, entre una enorme cantidad que vienen a Europa y alpinistas y escaladores europeos que van al Yosemite, produciéndose una corriente de doble intercambio deportivo y cultural. Los aportes e innovaciones de material serán constantes. Los crampones rígidos propiciarán nuevas para escaladas en hielo de sectores más verticales. Gracias a esos nuevos materiales y una nueva mentalidad, se acometen escaladas en hielo que van a marcar un antes y un después

en este tipo de escaladas. Y también llegarán nuevas clavijas, fisureros, empotradores y los revolucionarios friends.

Y en verdad comenzó un nuevo alpinismo. Si la época de las primeras ascensiones va desde 1950 a 1964, la de acometer grandes paredes en el Himalaya durará unos diez años. Y serían los británicos, en 1970, los primeros en abrir una ruta “imposible” en la peligrosa cara sur del Annapurna. La expedición la dirigía Chris Bonington que, a partir de entonces, se convertiría no sólo en el mejor jefe de expediciones que haya habido sino en el mayor impulsor de la evolución alpina en el Himalaya. También en 1970 el italiano Reinhold Messner, formando parte de una expedición dirigida por el doctor Herrligkoffer, escalaría la vertiginosa pared del Rupal del Nanga Parbat, una de las más grandes del Himalaya, aunque perdiendo a su hermano Günther y parte de sus pies en un desesperado descenso al límite de las posibilidades del ser humano. Cuando logró recuperarse, tanto física como psicológicamente, comenzaría la imparables carrera que le llevaría a convertirse en el alpinista más grande de la era moderna.

A partir de ese momento la evolución se acelera. Y los británicos, como antaño, jugarán un papel estelar. En 1975 Chris Bonington dirigiría una gran expedición pesada que logra escalar por primera vez la cara sudoeste del Everest. Más tarde declaró: “En definitiva la sur del Annapurna y la suroeste del Everest fueron primeras ascensiones a paredes vírgenes del Himalaya que hicieron “posible lo Imposible” y demuestran que una expedición bien estructurada con suficientes recursos puede escalar casi cualquier cosa” Pero muy pronto, ese mismo año, Reinhold Messner y Peter Habeler abrieron una nueva vía en el Gasherbrum I en estilo alpino y con ello nuevas posibilidades para el alpinismo. Significó el comienzo de una nueva era. A comienzos de los ochenta los alpinistas españoles ya están dando saltos de gigante y realizando actividades a la altura de la élite del alpinismo mundial. La mejor prueba de ello es que en 1984 dos españoles, Enric Lucas y Nil Bohigas, se incorporan a esta nueva y comprometida tendencia, abriendo una nueva ruta en la formidable muralla de la cara sur del Annapurna.

Pero puede afirmarse que a partir de 1975 fue la era de Reinhold Messner. El italiano, heredero natural de Bonatti, sería el mejor representante de la escena alpinística internacional entre 1970 y 1986. Al regresar de la dura expedición al Nanga muy pocos hubieran imaginado que aquel jovencísimo alpinista italiano se convertiría, durante los siguientes 16 años, en ser el primero en ascender un ochomil en estilo alpino, el primero en conquistar los catorce ochomiles, en ascender al Everest sin botellas de oxígeno y luego, además, en solitario, o el primero en escalar un ochomil en solitario o en lograr realizar el sueño de Shackleton atravesando la Antártida de punta a punta, entre otros muchos retos de primer orden. Probablemente Messner haya sido el alpinista de más éxito de estos cien años de alpinismo mundial.

Hacia mediados de 1980, cuando termina Messner su carrera con Kukuczka por ser el primero, los alpinistas de los Himalayas ya estaban hablando de los últimos problemas. El siguiente paso serían rutas todavía más difíciles, aunque en montañas un poco más bajas. Como la que en 1987 abrió Mick Fowler en el Spantik (7027 mts), situado en el Karakorum pakistání. Una ruta, el Pilar Dorado, que se ha terminado por convertir en un símbolo de la pureza y la limpieza de medios, en una palabra, de los nuevos tiempos que, en realidad, son los actuales.

Sebastián

Pero, al tiempo, hay que señalar, en otra dirección, los efectos causados por la masificación y banalización de algunas de estas ascensiones, como la del Everest, antaño convertidas en símbolos. Lo cierto es que este dato objetivo, el que sólo haya ha propiciado todo lo que vino después: la carrera de los catorce, las listas, las marcas, los horarios más rápidos... y también las trampas, los fraudes, los engaños y las falsificaciones.

Pero también son los años dorados de Wojciech Kurtyka, Erhard Loretan, y Jean Troillet, fantásticos y versátiles alpinistas, o de los duros montañeros forjados en la escuela de los países, antes, del Este: de Marco Prezelj a Tomaz Humar, de Krzysztof Wilelicki, representante de la gran tradición invernal polaca y, por supuesto, de Jerzy Kukuczka, al que el propio Messner le dijo “no eres el segundo eres el más grande”.

Y, al mismo tiempo, de grandísimos escaladores en roca, como Patrick Edlinger, Patrick Bérhault, Ron Kauk, John Bachar, Kurt Albert, Stephan Glowacz y Wolfgang Güllich. Algunos de ellos capaces de las más grandes escaladas en solitario en terrenos que, sólo unos años antes, se consideraban imposibles. Y de muchos que se quedaron en esa lucha por conseguir objetivos imposibles, Casarotto, Rouse, Boucrev, Lafaille, Beguin... En todos los sentidos fueron años revolucionarios y de grandes avances. Es una revolución que también alcanza a las mujeres alpinistas. Hay un gran camino recorrido desde que en 1906 Fanny Bullock se convirtió en la mujer “más alta del mundo” al ascender el Pinnacle Peak (6930 mts) hasta que Gerlinde Kaltenbrunner se convierte en la primera fémina en realizar los catorce ochomiles sin botellas de oxígeno y en un estilo bastante ligero. Su última ascensión de la vertiente norte del K2, es probablemente la ascensión más dura y comprometida que haya realizado una alpinista. Pero la polaca Wanda Rutkiewicz fue la primera que creyó que podía estar a la altura de sus compañeros varones y conquistar los catorce ochomiles. Y tantas otras: Catherine Destivell, (con las tres grandes caras norte de los Alpes en invierno y en solitario) Lynn Hill (con su estupenda escalada en libre de The Nose), o por supuesto Eburne Pasabán (la primera mujer, y española, en ascender los 14 ochomiles).

Las últimas escaladas en el K7 y el Ogro, o la lograda por Steve House y Vince Anderson, en estilo hiperligero, de la vertiente del Rupal del Nanga descendiendo por la de Diamir, o las ascensiones invernales en el Karakórum, cierran las penúltimas grandes realizaciones. Penúltimas porque, probablemente, en este momento ya habrá habido algún alpinista que haya escalado alguna nueva montaña “imposible”. Quizás, al final de estos 200 y pico años de soledad, el círculo se ha cerrado y todo ha vuelto a sus orígenes...

¿Y ahora, qué...?

Hay una frase del gran alpinista estadounidense, Charles Houston, que bien puede sintetizar la historia del alpinismo que he tratado de resumir en estas pocas páginas: “Ninguna ascensión es obra de un sólo hombre. Detrás de ellos, se apiñan las sombras de otros que antes lo han intentado y han fracasado. Su fracaso les ha enriquecido y miran con orgullo y respeto a quienes han vencido”

Cada generación se basa en los conocimientos y los esfuerzos realizados por las precedentes, de tal forma que hemos ido superando dificultades cada vez mayores de una forma natural. Me gusta pensar que somos herederos de ese sentimiento de la montaña cuyo poso han ido

ÁLVARO LOMBA

dejando los más grandes, de Saussure a Whymper, de Mummery a Mallory, de Welzenbach a Terray, de Bonatti a Messner. Y de Buhl, Diemberger, Bonington, Scott, Boardman o Fowler. Y, espero, que también hayamos sabido aprender de nuestros errores, de los malos atajos, de los accidentes y de los caminos equivocados. Porque si alguna vez fuimos grandes, como dijo Newton, es porque nos aupamos a hombros de gigantes. Todos dependemos unos de otros. Somos herederos de una historia, de una épica y de una ética que compartimos. Es fácil pensar, sobre todo cuando somos jóvenes, que cuando se realiza una empresa difícil, que supera a las anteriores, se ha hecho algo de más categoría e importancia que las hazañas anteriores y que, por tanto, vale más que las de los grandes alpinistas anteriores. Pero la historia nos demuestra que esto no es así. Como afirma Giuseppe Mazzotti, es cuando pasa el tiempo cuando “se establece el grado real del valor moral de cada empresa”

Siempre tenemos motivos para sentirnos humildes. Cuando echamos la vista atrás y analizamos lo que hicieron aquellos alpinistas hace 50, 100 o 200 años antes que nosotros, cuando pensamos en sus equipos, en sus conocimientos o en su valentía, y los comparamos con los nuestros, tenemos muchos motivos para darnos cuenta de que ellos eran auténticos gigantes que hicieron del alpinismo, como afirma Thompson, “el arte de hacer más con menos”.

Debemos estar orgullosos de ser sus herederos.

PONENCIA PARA EL ENCUENTRO DE RSEMAP EN BADAJOZ

Pilar BECERRIL ROCA

Presidenta de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País

En nombre de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País y en el mío propio, muchísimas felicidades en el **200 aniversario de vuestra fundación**, y muchísimas gracias por acoger este Encuentro entre Real Sociedades. No es nada fácil organizar estos actos y buscar la posibilidad de hacerlos. Encuentros que con celebración de aniversario o no, son muy deseables para intercambio de proyectos y experiencias y el fortalecimiento de nuestras voces con la resonancia de un solo eco.

Muchísimas gracias y muchísimas felicidades a D. Alfredo Liñán Corrochano y a la Junta Directiva de la Real Sociedad de Badajoz.

Antes de entrar en el pasado, presente y futuro de la Real Sociedad que presido, es necesario buscar en nuestros respectivos estatutos las características comunes, los objetivos comunes en todos ellos. Indefectiblemente en todos encontramos patriotismo, humanismo, pedagogía, afán de modernidad, racionalidad y pragmatismo.

El patriotismo abarca la vinculación afectiva amor-deber a la nación, al estado. Patriotismo que va del sentimiento a la idea, del culto al pasado a la adhesión a un proyecto colectivo supranacional.

El humanismo entendido como conocimiento y cultura de las letras humanas, y que pone en valor a los seres humanos. La empresa pedagógica se manifiesta en la voluntad de servicio, regeneradora de la sociedad y dignificadora de la personalidad de sus individuos. Nuestro lema “socorre enseñando” no puede ser más significativo, y el de todas las Reales Sociedades que aquí concurren también.

El perenne deseo de modernidad se declara como espíritu innovador, confianza en el progreso, modernidad no entendida como un proceso, sino realización del reino de los valores del esfuerzo humano, afán de experimentación y búsqueda de lo nuevo.

El sentido pragmático viene dado en todas las Reales Sociedades Económicas por la proximidad de los problemas, la valoración de la utilidad, la buena selección de prioridades, el sentido común, tanto en sus aspectos teóricos como en la aplicación práctica de los remedios.

En fin, el uso de la razón rechaza toda superstición, el uso de la luz de la inteligencia que nos hace salir de la puerilidad en que nosotros mismos hemos caído.

Una mirada retrospectiva a la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País nos describe un alto grado de anticipación en el servicio a la sociedad, en la combinación del ideario común de “las Económicas”, que he señalado.

Haciendo una muy breve enumeración de su labor creativa y de promoción, recordamos las primeras escuelas de sordomudos y de ciegos, luego admitidas sordomudas y ciegas, el sostenimiento de la Cátedra de Economía (donde acudió Larra), de Paleografía diplomática, la de Estadística, la del Sistema métrico decimal, las Escuelas patrióticas, la Cátedra de Agricultura, Fisiología y Patología de los vegetales, la publicación del Tratado de Agricultura General de Alonso Herrera. La creación de fábricas de alfileres, la estupenda escuela de Taquigrafía, inventada por Francisco de Paula Martí siguiendo el método Taylor inglés, y sobre todo la creación de la Caja de Ahorros de Madrid, la creación del Ateneo Científico y Literario de Madrid y el Informe sobre la Ley Agraria de Jovellanos, Presidente de la Real Sociedad y primer presidente sin peluca.

En esta rápida mirada no se olvida la labor de la Junta de Damas de Honor y Mérito, que desde su incorporación a la Real Sociedad no dejaron de ocuparse de la inclusa, en el colegio de niñas de la paz, en el montepío de hilazas y las presas de la galera, en las escuelas patrióticas y en el reparto de las sopas económicas, inventadas por el Conde Rumford en las épocas de verdadera hambruna en Madrid y en toda España.

En fin, una auténtica sociedad de emprendimiento, de emprendedores tan de moda hoy y tan asombrosos hace más de 200 años.

La línea de continuidad de todas estas actividades aquí resumidas, nos hace ahora procurar que nuestra vida cultural actual constituya una respuesta ejemplarizadora para la sociedad en general.

Es obligado intentar con imaginación la movilización orgánica de nuestro cuerpo social, renovar lo que sea necesario renovar, porque lo que no se renueva se muere. Es tomar conciencia de los grandes y pequeños problemas de la palpitante actualidad, elaborando estudios y organizando cursos orientados a su solución, creando además un clima social que excite, secunde o complemente la acción de organismos municipales, autonómicos y estatales.

De la diligencia que en ello se ponga, depende el éxito de nuestra continuidad y nuestra justificación.

Nosotros, desde la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, tratamos ahora de aplicar todas estas prioridades, impartiendo conferencias, cursos y realizando actividades de todo tipo, tanto de historia como de economía, filosofía, música, literatura, medicina, derecho, religión, etc. y ¡cómo no! organizamos visitas a nuestra sede, en las que explicamos a quien se interese qué es y qué ha sido la Ilustración.

De los recursos para nuestros ambiciosos proyectos continuadores, poco que decir. Todos los aquí presentes, o casi todos, tenemos ese denominador común: no tenemos medios económicos.

El artículo 6º de nuestros estatutos dice textualmente que los medios económicos de la entidad consisten en las cuotas que satisfacen los socios, en subvenciones y donativos que concedan organismos oficiales y particulares, y los recursos que legítimamente pueda proporcionarse la Real Sociedad.

La obligación de contribuir con su pensamiento, trabajo y cuota de los socios es importantísima, pero desde luego no es suficiente. De las dos soluciones posibles a esta insuficiencia, subir las cuotas o aumentar los socios, sólo la segunda es posible. La baja capacidad

PILAR

contributiva de los socios y el esfuerzo que todos hacemos en esta crisis que no termina nunca, hace imposible esta primera solución. Aumentar el número de socios es una necesidad imperiosa y en ello estamos. Necesitamos más socios, pero también más jóvenes. En el caso de Madrid, nuestro cuerpo social no es nada joven y necesitamos aires de juventud. A diferencia de las personas físicas, las personas jurídicas sí pueden recobrar la juventud, todo es cuestión de proponérselo.

Otra posibilidad de aumentar el número de socios, apuntada ahora y que creo funciona en otras Reales Sociedades Económicas, es la de incorporar socios institucionales, con una cuota un poco más alta que los socios personales y que garantiza la continuidad de existencia.

De todas formas, esta nueva modalidad de socio requiere una modificación o adecuación de nuestros estatutos.

Las ayudas económicas de organismos oficiales o particulares brillan por su ausencia; aquellas subvenciones que inició Carlos III con dos mil reales están inéditas en los últimos tiempos.

Nosotros hace ya muchos años que hemos perdido la módica ayuda de la Caja de Ahorros y del Estado.

La financiación es la dificultad mayor de la madrileña. Es muy preocupante la falta de colaboración y de interés del Estado, de la Comunidad Autónoma y del Ayuntamiento. Nuestros propios recursos son escasísimos. Teníamos la Taquigrafía y la Formación Profesional.

El futuro de nuestra Real Sociedad está en la búsqueda constante y sin descanso de recursos económicos para el mantenimiento de todo su ideario y de toda su mochila cultural.

Si volviendo un momento la vista atrás aparece ante nosotros el siglo XIX con 130 gobiernos, nueve constituciones, tres destronamientos, cinco guerras civiles, un número incalculable de revoluciones que se pueden redondear en 2.000, o lo que es lo mismo, un intento de derribar el régimen establecido cada 17 días, y el siglo XX con el problema regionalista, la pérdida de Cuba y Filipinas, el problema religioso, la ley del Candado, la primera Guerra Mundial, la revolución rusa de 1917, el Golpe de Estado de Primo de Rivera, la caída de Alfonso XIII, la república del 31 y su constitución, la guerra civil española, la época de Franco, la segunda Guerra Mundial, la nueva monarquía parlamentaria, la transición, la nueva constitución, la integración en Europa, una crisis económica con otra, la ETA, el cambio en la manera de vestir, de saludar (cuando se saluda), de hablar y el siglo XXI poco más, crisis y más crisis, migración, las impresionantes tecnologías... Si todo esto lo hemos superado y las Sociedades Económicas estamos aquí, es que todo se puede conseguir con imaginación; con imaginación y trabajo.

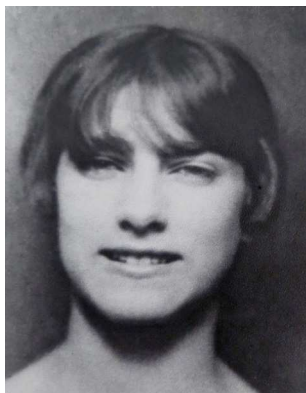
Si nacimos en el siglo de las luces, que el relámpago no se acabe, y esa luz que alcance a la cultura, porque la cultura señala el camino de la libertad.

Muchas gracias.

Pilar Becerril

MI TÍA MARGA: LA PASIÓN DE UN ESPÍRITU ROMÁNTICO

Marga CLARK



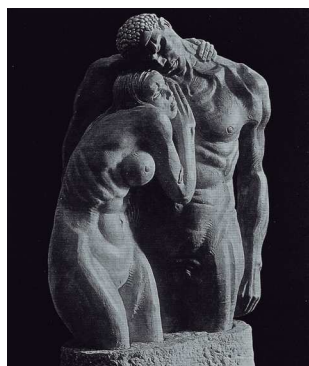
Cuando la estudiosa y escritora Fátima de la Fuente me invitó a colaborar con un artículo en la revista de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, pensé que lo más interesante sería escribir sobre la luminosa figura de mi tía Marga Gil Roësset, una joven niña prodigio y mujer de una gran fuerza y espíritu apasionado; y una artista, dibujante y escultora, de talento extraordinario, cuya memoria y reconocimiento han sido silenciados durante más de 65 años. En mi familia no se hablaba mucho sobre Marga. Yo sólo sabía que era hermana de mi padre, que me llamaron como a ella y que había muerto muy joven. Desde el primer momento adiviné que su pasado se hallaba nublado por la bruma de un destino trágico. Lo intuía por los cruces misteriosos de miradas entre sus hermanos, Julián y Consuelo, o los cambios bruscos de conversación cada vez que se mencionaba su nombre. Pero también lo deduje cuando por primera vez contemplé las esculturas tan trágicas y desgarradoras de Marga que parecían tener vida propia, y más que interesarme me llegaban casi a hipnotizar. Las esculturas me enternecían y sobrecogían a la vez, nunca había visto unas figuras que expresaran tanta pasión y sentimiento. Despertaban en mí emociones hasta entonces desconocidas. Entonces todavía no sabía que representaban un claro presagio de su triste final. Mi tía Marga siempre ha sido una ausencia muy presente en mi vida. Se convirtió en una especie de “voz interior” con la que yo hablaba constantemente, sobre todo cuando de muy joven, con unos conocimientos bastante rudimentarios de la lengua inglesa, me fui con una beca a estudiar a Estados Unidos. Su voz acompañó mi soledad y, no me cabe la menor duda, alimentó mi espíritu.

Marga Gil Roësset (1908-1932) nació en Madrid en el seno de una familia de la alta burguesía, de fuertes convicciones morales y religiosas, tradicional a simple vista, pero con un estilo de vida lleno de matices tan únicos y originales que la transformaban en una familia inclasificable. El padre de Marga, mi abuelo paterno, Julián Gil Clemente, era un general de ingenieros, poseedor de múltiples medallas, cruces y condecoraciones conseguidas por sus heroicas intervenciones en el campo de batalla. Un caballero a carta cabal, de disciplina férrea y rigurosa actitud. La madre, Margot Roësset Mosquera, de procedencia franco gallega, era un personaje que hubiera colmado de fantasía la pluma de cualquier escritor avezado: bella, romántica, culta, original y creativa; considerada quizá algo excéntrica por las mujeres de su época. Estaba tan apasionadamente enamorada de su marido como él de ella, y formaban una pareja espectacular. Margot era tan bella y elegante que cuando acudía a la ópera o al teatro, apoyada en el brazo del general, causaba sensación. Era profundamente religiosa y profesaba una pasión, quizá un poco desmedida, por la belleza. Es en este ambiente artístico, disciplinado, de ideas avanzadas y originales, donde Marga y sus tres hermanos, Consuelo, Pedro y Julián, crecieron, cada uno siguiendo su propio camino. Pedro murió prematuramente antes de cumplir los siete años y mi padre, Julián, el menor de los hermanos, indiferente hacia ese

CLARK

impulso creador que se respiraba en la familia, se convirtió en catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales. Sin embargo, las dos hermanas fueron educadas por su madre personalmente, con un esmero y una exquisitez tan fuera de lo común que llamaban la atención en el ámbito cultural de la sociedad madrileña de principios del siglo veinte.

Aprendieron a dibujar en el estudio del pintor granadino y gran retratista, José María López Mezquita. Tocaban el piano y hablaban cuatro idiomas, sobre todo el francés, con una gran fluidez, y habían viajado por las principales capitales europeas visitando sus importantes museos. Ambas hermanas, desde muy jóvenes, dieron rienda suelta a sus inquietudes artísticas y literarias. Marga, muy unida a su madre, fue la que quizá, debido a su extremada sensibilidad, se dejara influir más por su espíritu sutil y creativo. La abuela Margot recompensaba a sus hijas a cambio de un poema o un dibujo. Marga asombró un día a su madre cuando le regaló el cuento: *La niña curiosa*, que ella misma había escrito e ilustrado con dibujos de una sorprendente calidad. Tenía sólo siete años. A los 12 y 13 años, Marga ilustró los cuentos que su hermana Consuelo, tres años mayor que ella, había escrito: *El niño de Oro* y *Rose de Bois*, -este último en francés, publicado en París en el año 1923. Libros que fueron ilustrados con unos dibujos de una modernidad y madurez asombrosa, acompañados de una técnica perfecta. Eran unas imágenes sobrecogedoras, de una belleza inquietante, que configuran anticipadamente este mundo doloroso y "agónico" que siempre ha acompañado a su obra y que despertaron en mí, a una temprana edad, sentimientos todavía desconocidos que me hicieron presentir la tragedia y el dolor. Los dibujos me provocaban muchas y diversas emociones porque me hablaban, tenían alma. A los quince años Marga ya estaba haciendo escultura, con una dedicación y una maestría poco corriente en una niña de su edad. La abuela Margot llevó algunas de sus obras a su amigo, el escultor Victorio Macho, para pedirle consejo. Al contemplarlas, el Maestro se quedó atónito y decidió no acogerla bajo su tutela para no interferir con su gran talento creativo. Así siguió Marga trabajando sola, con la mirada dirigida hacia adentro; creando un arte libre, sin normas, sin grandes influencias, para desarrollar su propio estilo, su propia voz.



Marga impresiona por su dominio de diversas técnicas; transita del papel, la acuarela y la tinta, a la madera, la escayola y el granito. Y también por el cambio de estilos puesto que, en apenas diez años, va del Modernismo a la Vanguardia. En 1930, con 22 años, Marga expone su obra: *Adán y Eva*, en la Exposición Nacional de Bellas Artes en Madrid. Es una de las primeras mujeres en esculpir directamente sobre la piedra y el granito, reconocidas como técnicas durísimas. Emociona a la crítica que le augura un lugar relevante en el mundo de la escultura. Marga dijo en una entrevista que le hizo Rosa Arciniega a raíz de esta exposición: "Yo intento siempre operar sobre mis esculturas de dentro afuera. Es decir, trato de esculpir más las ideas que las personas... ..llevan el esfuerzo de querer manifestar su interior". El crítico José Francés, ya había escrito en *La Esfera* en 1929: "Se está pues en presencia de un artista verdadero, que no debe nada a profesores ni maestros.

MARGA

En ella estaba todo como un don del más allá. Le fueron propicias la inteligencia y el sensible idealismo que rigen el hogar natal...”. Y “...de ahora en adelante, cuando se hable de la escultura española, hay que citar el nombre de Marga y el arte de Marga”. Pero no fue así, Marga fue condenada al silencio; su nombre no figura en los museos, ni en las antologías ni en los libros de arte. Pero Marga sigue viva, a pesar de todo y de todos, está aquí entre nosotros, encarnada en nosotras, porque las grandes creadoras nunca mueren. Si tuviera que describir a Marga como artista y creadora diría que fue autodidacta, transgresora, innovadora, única y genial, adelantándose siempre a su tiempo, como hacen los grandes creadores.

En 1932, unos meses antes de su muerte, Marga, acompañada por su hermana Consuelo, conoció a Juan Ramón Jiménez y a Zenobia Camprubí, en persona, a través de una amiga en común, causando una gran impresión en la pareja. Una de las mejores descripciones sobre mi tía Marga fue la que escribió el propio Juan Ramón en su libro *Españoles de tres mundos*:*

“Yo me había imaginado que Marga era rubia, como Consuelo, su hermana mayor; y creí entreverla así en la penumbra carminienta de un palco, una mañana de concierto. Aquella tarde Marga era, y era morena pálida, de verdoso alabastro, con ojos hermosos grises, y pelo liso castaño. Sentada tenía una actitud de energía, brazos musculosos, morenos, heridos siempre de su oficio duro. Y al mismo tiempo ¡tan frágil! Llevaba el alma fuera, el cuerpo dentro. Le dije al momento: “Amarga. Persa. Fuerte, viril”.



Al momento quiso hacer las cabezas de mi mujer y mía. Empezó la de mi mujer. Un hallazgo desde el primer instante, una primera distribución maestra, después un sentimiento natural y sobrenatural a la vez, sacado del fondo, sin otra estilización que la necesaria. Mi mujer le dijo que parecía que la estaba haciendo brotar, como una fuente, de la tierra. Soltada la piel anterior. Evolucionaba, estaba en la naturaleza penúltima. Iba sin duda a lo perenne. Nuestras cabezas (no hizo más que una, tenía prisa), estaban siendo ¡quién lo hubiera sabido! el ensayo para su extraordinaria escultura yacente, resucitada.

*Alianza Editorial, Madrid, 1987. (N. de la E.)

Las hermanas admiraban mucho a Zenobia como traductora de Tagore porque eran unas ávidas lectoras de sus textos. Se estableció de inmediato una sintonía especial entre Zenobia y Marga y enseguida el poeta y su mujer fueron a visitarla a su casa para conocer mejor su obra. Se quedaron admirados del talento de esta joven escultora de 24 años, de quien ya habían recibido con anterioridad el maravilloso cuento, *El niño de oro*, que tanto les había impresionado. Decidieron entonces que Marga esculpiría los bustos de Zenobia, primero, y el de Juan Ramón después. Por desgracia, Marga sólo tuvo tiempo de acabar el primero.

Fueron unos meses de trabajo sin descanso. Marga corría de su casa a la del poeta y Zenobia. Llegaba todas las mañanas cargada de rosas, cintas, libros, frutas; todos los días les agasajaba con un regalo, algo nuevo para ellos. Trabajaba apasionada, febril, entusiasta. El poeta la describe así:

CLARK

“... Era un ejemplo de vitalidad exaltada, de voluntad constante, de capricho enérgico. Trabajaba, hora tras hora sin descanso, de pie, con dolor físico, cabeza, hígado, muelas. Se deshacía las manos, se caía, se hería. Manchada de yeso, punteados los ojos de piedra, cobran una belleza ácida, una expresión injente. Se iba ya de noche, corriendo. Siempre corriendo, entrando, saliendo cargada de cosas, subiendo, bajando. Dormía poco, abandonaba el comer. Café, té, vida abreviada. No le importaba seguramente vivir. Una estoica.”

*Es pañoles de tres mundos. Alianza Editorial, Madrid, 1987

Sí, la energía de Marga era inagotable pero su fragilidad también. En ese transcurso de tiempo Marga se enamoró... ¿del hombre, del poeta, de lo imposible? En su proceso incansable de creación Marga buscaba lo absoluto, como la mayoría de los grandes artistas, y quizá creyó encontrarlo en ese espacio de total entrega creadora. Pero ya todos sabemos que la verdad, lo absoluto, son inalcanzables, aunque algunos espíritus nunca lleguen a aceptarlo. ¿Falsas ilusiones... provocación... desilusión... seducción... desengaño? Todo son suposiciones. Lo que sí conocemos son algunos hechos objetivos, y lo que Marga nos cuenta en el emocionante e íntimo diario que escribió durante el último mes de su vida y que dejó en casa de Juan Ramón la mañana del último día de su vida.

La mañana del 28 de julio de 1932, Marga cogió un revólver del despacho de su padre aprovechando su ausencia -ya que el abuelo estaba internado en un hospital para operarse de una hernia-, y salió decidida a casa de Juan Ramón para hablar, supuestamente, como tantos otros días; pero en realidad era una despedida. Marga estaba triste porque ya había decidido acabar con su vida y así nos lo dice ella en su diario cuando escribió la noche antes del fatídico día:

miércoles 27 de julio

... Noche última... que quería estar

tanto a tu lado.. y estoy sola....

no.... ¡estoy contigo sola!

Yo así en la vida.... estoy....,

tan inmensamente lejos de ti.... ¡ay!

aunque esté cerca....

....Pero en la muerte, ya nada me

separa de ti.... sólo la muerte...

sólo la muerte, sola.... y,

es ya.... vida ¡tanto más cerca así...!

¡muerte.... cómo te quiero!

Esa última visita me da a entender que mi tía quizá quería que alguien o algo le impidiera cometer tal acción. Marga dejó sobre la mesita del velador un envoltorio que, años más

MARGA

tarde, el poeta pensó que tal vez escondiera el revólver. Hablaron como tantas otras veces sobre arte, las últimas exposiciones que habían visto y la animó una vez más para que se fuera a París a relacionarse con otros artistas. Ella le preguntó si de verdad quería que se marchara a estudiar fuera y él le contestó afirmativamente, alegando que lo más importante era que se convirtiera en una artista extraordinaria. Marga, dejó su diario encima de la mesa de Juan Ramón advirtiéndole que lo leyera más tarde y salió de la casa llorando. Pasó por el Retiro y de allí se fue directa a su taller para destruir la mayor parte de su obra, incluso placas de fotografías de sus esculturas. El busto de Zenobia sobrevivió a la hecatombe. Acto seguido, Marga se fue en un taxi a un chalet que un tío suyo tenía en Las Rozas, a las afueras de Madrid, y allí consumó su trágico final. Antes de pegarse un tiro en la sien escribió tres cartas de despedida. La primera a su hermana Consuelo, confesándole que se mataba porque no podía ser feliz. La segunda a sus padres, pidiéndoles perdón por el dolor que les iba a ocasionar y asegurándoles que no había cometido nada malo. Y la tercera a Zenobia, confesándole su amor hacia Juan Ramón y pidiéndole perdón “por lo que si él quisiera yo habría hecho”. Mientras tanto la abuela Margot estaba muy inquieta por la ausencia de su hija y llamó preocupada a casa de Juan Ramón preguntando por ella. El poeta y Zenobia salieron con celeridad a buscarla por los sitios que Marga solía frecuentar y acabaron en su taller, donde se encontraron con unas primas de Marga que, angustiadas, les comunicaron el fatal desenlace. Juan Ramón y Zenobia llegaron a tiempo a la Clínica de Urgencias de las Rozas, donde todavía se encontraba Marga con vida, aunque no por mucho tiempo, Juan Ramón estuvo con ella, acompañándola en su agonía hasta el final y la recuerda con estas sentidas palabras que escribió en: *Españoles de tres mundos*:

Si pensaste al morir que ibas a ser bien recordada, no te equivocaste, Marga. Acaso te recordaremos pocos, pero nuestro recuerdo te será fiel y firme. No te olvidaremos, no te olvidaré nunca. Que hayas encontrado bajo la tierra el descanso y el sueño, el gusto que no encontraste sobre la tierra. Descansa en paz, en la paz que no supimos darte, Marga bien querida.

*Españoles de tres mundos. Alianza Editorial, Madrid, 1987

En su responso a Marga Gil Roësset, publicado en el *Nuevo Mundo*, el 2 de septiembre de 1932, el crítico José Francés escribió:

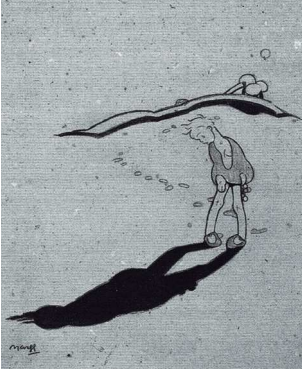
“...Marga era escultora y dibujante. Enérgica, vibrante y hermética, gustaba de realizar desde muy niña estampas fantásticas, dejaba desbordar en sus dibujos un implacable rigor sarcástico que también pasaban a ser formas inquietantes en las estatuas. Conservaba frente al mundo y las gentes un aire de alejamiento espiritual, de precoz hastío característico e inadecuado a sus años infantiles. No tenía prisa de ecos ni afán de elogios adventicios. La crítica, los profesionales, casi la ignoraban. A pesar de todo, antes ERA. A pesar de su propia voluntad anulativa, SERÁ... Nada fuera de su arte le interesaba y atraía. Diríase que seguía ajena al mundo actual desde que se durmió muy niña para viajar al país de los sueños y no despertar sino en la muerte”.

Este trágico final de Marga Gil Roësset fue tan doloroso para toda la familia, que no sólo provocó la muerte prematura, algunos años más tarde, de sus padres, mis abuelos paternos, a quienes por desgracia no llegué a conocer -mi abuelo murió dos años más tarde que su hija, a los 62 años y mi abuela poco después- sino que condicionó la actitud de sus dos hermanos, Consuelo y Julián, que la mantuvieron sepultada en el olvido, tal vez con la buena intención de protegerla de habladurías y de falsos moralismos tan propios del ambiente social en que se movía su familia. Esta actitud de ocultación y secretismo por parte de la familia propició

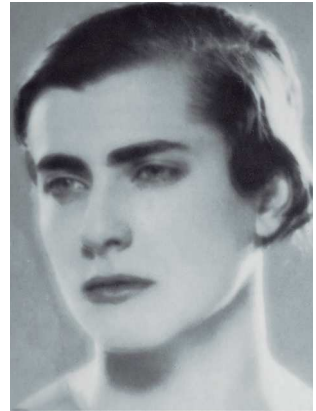
CLARK

lamentablemente que una obra tan genial como la de esta artista tan única y auténtica fuera condenada al silencio durante tantos años.

Póstumamente, en 1933, se publicó un libro titulado: *Canciones de niños*, con cubierta original de Juan Ramón Jiménez. Tres dibujos de Marga, seleccionados por el poeta, ilustraban las canciones, en español y francés, de su hermana Consuelo, con el libreto musical de su cuñado, José María Franco. Uno de los dibujos titulado: *Las cerezas*, recuerda tanto al dibujo de *Le petit prince*, que se ha considerado la posibilidad de que su autor, Saint-Exupéry, se hubiera inspirado en él, 17 años más tarde. Marga dejó dos proyectos pendientes: las ilustraciones para una biografía de Santa Teresa, y también para El Quijote. En el año 2000 se organizó una exposición en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, comisariada por Ana Serrano, que reunió toda la obra de Marga que ha sobrevivido durante todos estos años. Se expusieron 16 esculturas (hay 10 más pero son réplicas), 80 dibujos y acuarelas, dos fotografías, además de cinco objetos personales y los cuatro libros ya mencionados.



Anteriormente, en el año 1997, se produjo un hecho tan inesperado como sorprendente para mí. Me encontraba exponiendo en la Feria de Arco cuando llegó a mis manos un suplemento del ABC Cultural donde aparecía en su portada la cara de la joven Marga mirándome con una profunda tristeza. Allí estaban publicados algunos fragmentos del diario de Marga, acompañando la descripción de los últimos momentos de su vida, junto con algunos poemas inéditos de Juan Ramón dedicados a ella. Me quedé conmovida, me preguntaba como un tema que había sido tan tabú en mi familia durante toda mi vida de repente se aireaba en un periódico. La vi tan desvalida y desprotegida. Tuve sentimientos muy contradictorios; por un lado me sentí como si hubieran rasgado mi alma, y por el otro me alegré de que Marga saliera por fin a la luz. Un genio como era ella no merecía yacer en la oscuridad ni en el olvido. Lo positivo de esta publicación es que por fin se podía hablar de Marga y es entonces cuando me enteré de la existencia del diario que ella escribió semanas antes de su muerte y de las tres cartas que dejó de despedida a Zenobia, a su madre y a su hermana. Me pareció entonces que yo también ya podía hablar de mi tía Marga, pero arropándola dentro de un entorno familiar. Confirmé algunos detalles importantes con mi madre y otros miembros de mi familia y escribí la novela **Amar-ga luz**, un testimonio novelado donde narro la historia de Marga entrelazada con mis vivencias de niña y adolescente, y donde incluyo una buena parte de su diario, que años más tarde será publicado en su totalidad. La editorial *CIRCE*, publicó la novela, en el 2002, dentro de su colección; Biografías de Mujeres Extraordinarias. Posteriormente, en el año 2011, la editorial *Funambulista* sacó una nueva edición de la novela en su colección: Literatura. Para quien no haya leído *Amar-ga luz* os transcribo tres fragmentos que considero significativos:



... Una tarde de otoño en Madrid descubrí lo mucho que el nombre de Marga significaba para mí. Tenía yo diez años y ya habíamos regresado de Vitoria, cuando vi por primera vez la firma de una tal Marga, grabada en una escultura grande y oscura que se erguía desafiante sobre un

MARGA

viejo arcón del vestíbulo. La sensación que me produjo fue de estupor... ¿Quién sería esta impostora? -me preguntaba-, ¿por qué yo no sabía nada de su existencia? Miré la escultura con curiosidad, los cuerpos desnudos de un niño y una niña de edad indefinida se apoyaban desvalidos el uno en el otro, un sentimiento todavía desconocido para mí. Me inquietó la unión de esos dos cuerpos inanimados que me transmitían frío, hambre, desolación... Me encantaba esa escultura que me hacía sentir todas aquellas emociones y que nunca antes me había llamado la atención. Por algún tiempo mantuve oculto este hallazgo. Si nadie me había hablado de su autora y ni siquiera había oído mencionar su nombre en las conversaciones de los mayores, debía existir una razón poderosa que yo, inconscientemente, prefería ignorar por el momento. Me encantaba la idea de la existencia de otra Marga secreta en mi mundo imaginario, alguien con quien poder hablar a cualquier hora. Suponía que si ella había creado esa escultura tan enigmática y además se llamaba Marga, tenía que ser una persona muy especial.

Abrió el cajón emocionada. En su interior sólo había dos carpetas azules, un libro de tapas negras y lo que parecía un álbum de fotos. Tomó la primera carpeta y cuál fue mi sorpresa al descubrir el nombre de Marga escrito, creo que por mi padre, con tinta negra en el centro. Las manos me temblaban al abrir sus tapas desgastadas mientras mil preguntas acudían a mi mente. Algo me decía que aquella carpeta tenía que ver con la Marga de las esculturas. ¿Tendría delante de mis ojos la clave de su vida? ¿Quería de verdad descubrirla? Marga había sido para mí, hasta entonces, una compañía invisible, una interlocutora silenciosa. ¿Quería desenmascararla, darle un cuerpo y una voz propia? Mi curiosidad sobrepasaba todos los límites de lo prohibido. Sí, tenía que saberlo todo. De alguna forma sentía que su verdad me pertenecía. En una hoja ya un poco amarillenta, pegado en el centro, había un recorte del periódico: La Libertad, con fecha del 30 de Julio del año 1932, con un gran titular que decía: "Una señorita se suicida en un hotelito de las Rozas". Seguí leyendo con avidez....

...La mano te temblaba, Marga, cuando apartaste las cartas a un lado de la mesa. Y te temblaba aún más, cuando la adentraste en la oscuridad de tu bolso para sacar el revólver. Es difícil aproximarse a lo que tú pudieras estar pensando en esos momentos, o el dolor que sentías, o el frío... o la angustia... o el miedo. ¿De dónde sacaste la fuerza para levantar el brazo y dirigirlo a la sien? ¿De dónde la fortaleza para apretar el gatillo? Sé que estuviste lúcida hasta el final pensando siempre en tu amor, en tu amado. Las tres cartas que escribiste justo antes de atentar contra ti misma nos lo demuestran. Te excusaste con Zenobia por lo que no hiciste, por lo que podías haber hecho. Con Consuelo, te reprochaste tu acto egoísta. Y a tus padres les dejaste tu amor y les pedías perdón. No perdiste tu mente en ningún momento, siempre fuiste dueña de tu acción brutal y violenta, Marga, ¿qué hiciste para merecer este final? ¿Es que el sentimiento del amor no fue lo suficientemente fuerte como para mantenerte viva? ¿Es que el sentirlo así, tan en extremo, no era ya por sí sólo suficiente? Desearía que hubieras cambiado tu destino saliendo de aquel cuarto y subiéndote en el taxi que te esperaba para llevarte de regreso a Madrid, donde habrías recogido y limpiado tu taller y, más tarde, habrías emprendido ese viaje de estudios que te hubiera alejado de ese sentimiento tan innecesariamente asesino. Pero no fue así, Marga, tu destino siguió su camino a pesar de todo...

La novela no sólo me sirvió para ir desvelando ese secreto familiar tan enigmático y fascinante que marcó tanto mi infancia y adolescencia, sino que también me ayudó a cauterizar algunas heridas que todavía permanecían abiertas. En el año 2007, la editorial *Huerga y Fierro* publicó el poemario *El olor de tu nombre*, donde establezco un íntimo diálogo con mi tía Marga. Pensé que si ella murió por un amor que ella consideró imposible hacia un poeta yo, de alguna forma, quería redimirla con mi poesía, y este poemario, precisamente, ganó el premio

CLARK

Villa de Madrid de poesía 2008 y atrajo la atención de la poeta italiana y traductora, Roberta Buffi. Gracias a su traducción del poemario, el editor italiano, Michelangelo Camelliti, publicó en su editorial, LietoColle, la versión bilingüe, bajo el título: *L'odore del tuo nome*, en 2014. He seleccionado cinco poemas del libro, *El olor de tu nombre*, que expresan ese sentimiento de la pérdida y la ausencia de este ser tan querido y tan presente en mi vida:

Con tus dedos polvorientos rozaste lo indecible.

Extrajiste el ingenio de la arcilla,

la pureza del yeso y la caliza.

Esculpiste en la piedra su cisura

para atisbar en su corte los cimientos.

Tallaste el enigma del lento amanecer.

Robaste al sueño su desvelo

para moldear la transparencia.

Arrancaste del mármol su irisada nobleza

y del herrumbroso fósil la raíz.

Hoy tu rictus es polvo del granito.

Ω

Tiritan de frío los recuerdos.

Has de partir.

Recogiste de la vida el sufrimiento

y del amor el sacrificio

o el despecho.

Ω

Tu inocencia te lanzó al abismo,

pero su hondura era inacabable

y tu muerte eterna.

A veces escucho tu grito malva

y mis manos sólo buscan tu consuelo.

Ω

MARGA

Dime por qué te fuiste una mañana turbia
envuelta en la niebla de tu desaliento.

Por qué lanzaste tu sinrazón
al pozo de la desesperanza.

Cómo recrear tu luz

Cómo soportar tu ausencia.

Te busco en la intemperie de mi sentir desolado
pero sólo oigo el palpito de la alondra
y el arándano.

Ω

Sé que deambularás como un río entre dos tiempos.

Que bañarás tu nostalgia en el ardiente crepúsculo.

Y el desamor quedará reflejado
en la memoria de las piedras.

Sé que regresarás en lo más blanco del día,
desnuda y limpia
como el alba.

La novela y el poemario son mis dos contribuciones para homenajear y reivindicar la memoria de Marga, algo que me he tomado como un gran compromiso en mi vida, ya que como mujer y artista pienso que es un desatino, una injusticia al mundo del arte, a la humanidad, que la genialidad de una artista como Marga Gil Roësset se haya mantenido oculta durante más de 65 años.

Ahora que Marga ya empieza a brillar con luz propia, su obra, lenta pero inexorablemente, ha comenzado a trascender y a despertar el interés de críticos y estudiosas a nivel internacional. Entre ellas sobresale Nuria Capdevila-Argüelles, catedrática de estudios hispánicos y de género de la universidad de Exeter, Reino Unido, quien sitúa a Marga decididamente en un contexto de vanguardia, la relaciona con otras artistas de la generación del 27 que habrían sido sus compañeras de generación, y analiza en profundidad “el carácter precursor de su obra como ilustradora y escultora”. Nuria Capdevila escribió el libro: *Artistas y precursoras: Un siglo de autoras Roësset (1882-1995)*, publicado en la editorial de la Librería de mujeres, en el año 2013, donde habla de cuatro mujeres artistas e intelectuales de mi familia: Marga Gil Roësset (1908-1932); su hermana, Consuelo Gil Roësset (1905-1995), polifacética editora, de la que se dijo en su obituario en 1995: “una de las universitarias que más ha contribuido al desarrollo de la cultura española”; la pintora Marisa Roësset Velasco (1904-1976), prima hermana de ellas, y también la extraordinaria pintora María Roësset Mosquera

CLARK

(1882-1921), tía carnal de Marga y Consuelo y hermana de su madre. Precisamente hace unos meses se estrenó el documental: *Las Sinsombrero, sin ellas, la historia no está completa*, sobre ocho mujeres, artistas, escritoras e intelectuales, de la Generación del 27, como: Maruja Mallo, Rosa Chacel, María Zambrano, Concha Mendez, Ernestina Chmpourcin, Josefina de la Torre, Maria Teresa de León, y entre ellas se encuentra Marga. Os recomiendo el documental realizado por Tània Balló, Serrana Torres, y Manuel Jiménez-Nuñez, que podéis ver en la web de RTVE. Tània Batlló también acaba de publicar el libro *Las Sinsombrero, sin ellas, la historia no está completa* (Espasa libros, 2016), que también os recomiendo.

La publicación del diario íntegro de Marga Gil Roësset, por la Fundación José Manuel Lara, en 2016, no sólo tiene un gran interés como documento literario para las investigadoras ya mencionadas, sino que también representa, para nuestra familia, un elemento esclarecedor de su trágico final. Particularmente pienso que es de suma importancia la recuperación



de este diario en estos momentos en los que la figura y la obra artística de Marga se empieza a valorar y a reconocer. Para ser fieles a la biografía de una artista tan especial como era ella, es necesario mostrar el conjunto de luces y sombras de su breve y apasionada existencia, como así lo han hecho muchas otras grandes mujeres artistas y creadoras. Se abre un camino para que la figura de Marga Gil Roësset empiece a ser vislumbrada en toda su armonía y complejidad. La recuperación de la memoria de esta genial dibujante y escultora también representa la liberación de un espíritu romántico que yacía en la sombría tumba del olvido.

EL CAMINO DEL REGIONALISMO EL NACIONALISMO EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XIX: EL CASO CATALÁN (I)

Emilio de DIEGO GARCÍA.
RADE

No podemos ocuparnos, exhaustivamente, dentro de los límites de este texto, de un proceso tan complicado, pero sí de apuntar algunos rasgos significativos de su devenir, pues por esos derroteros, auténtico “vía crucis”, hemos llegado a uno, acaso al más grave, de los no pocos problemas por los que atraviesa nuestro país.

Tomando parte de un capítulo de mi libro sobre Prim podemos asomarnos a un tramo que debemos recordar a propósito de la hoy palpitante, y preocupante, situación que se vive en Cataluña¹.

La cuestión catalana (1728-1849). Más acá de otros tiempos, y otros encuentros o desencuentros, uno de los mayores problemas españoles a lo largo de los dos últimos siglos ha sido, y es, lo que, hacia 1840, empezó a denominarse la “cuestión catalana”. En realidad una “cuestión española”, mal planteada, mal gestionada y, por tanto, no resuelta.

España, nación política unificada a duras penas como estado liberal, había surgido de una epopeya en la que Cataluña jugó un papel descollante: la guerra de la Independencia, o la “guerra del francés”, como se la conoce en el Principado. Sea como fuere aquel sería el hecho fundente y fundante de la España contemporánea, proyectada como Estado en una Constitución, la de 1812, en la que tanto protagonismo tuvieron también los catalanes. Pero a aquel nacionalismo político debería acompañarle un nacionalismo económico difícil de conjugar.

Cuando nos referimos a la “cuestión catalana” hablamos de un largo contencioso cuyo origen se sitúa en el desequilibrio, entre las demandas de Cataluña, o más concretamente de la burguesía catalana, y las respuestas del resto de España. La “cuestión catalana” toma forma en un ejercicio asimétrico; entre lo económico y lo político, con un sustrato cultural que, desde su raíz romántica, acabará siendo exponente, tan importante como innecesario, de un conflicto indeseable. Se trata de un proceso de episodios recurrentes, más complejo a medida que avanzamos hacia nuestros días, por la adición de nuevos elementos.

Nos hallamos ante un problema que refleja la incapacidad general para encontrar cauces de entendimiento duradero, por encima de las circunstancias que conducen con frecuencia a la crispación. La “cuestión catalana” es, como apuntábamos, una “cuestión de España”, pues estamos ante un fracaso cuya responsabilidad incumbe a todos, en la medida correspondiente, y en el cual se ha impuesto, a manera de *modus operandi*, la simplificación reduccionista a

1 Ver DIEGO GARCÍA, E. de, *Prim, mucho más que una espada*. Madrid, 2014. Capítulo VII.

ultranza, y el consiguiente maniqueísmo. En este sentido, conviene recordar que la compleja realidad suele presentarse como algo homogéneo, tomando la parte por el todo, para hablar de Cataluña o de España como bloques uniformes con ideas, intereses y aspiraciones únicas, lo cual abona la incomprensión y acentúa el encastillamiento recíproco.

El diálogo, como herramienta para el entendimiento, solo puede ser tal cuando haya voluntad y materia sobre la que dialogar, y estas solo pueden darse desde el conocimiento histórico y asumiendo los errores de una y otra parte. Algo tan aparentemente obvio como inaplicado hasta el momento, salvo en contadas ocasiones.

Aunque al lector actual puede resultarle extraño, dado el nivel de desconocimiento que padecemos sobre nuestra historia, fue Cataluña la primera de las regiones del país y la más empeñada en llegar a la implantación de un espacio nacional español; un mercado reservado a la industria española, en particular a la textil algodonera. Nación y España, español, española son términos repetidos constantemente en los discursos económicos, y de todo tipo, acuñados en el Principado.

Esa búsqueda se hace a través de la defensa irreductible del prohibicionismo, primero, y del proteccionismo, como forma atenuada, después. En ese discurrir se plantean enfrentamientos con otros sectores socioeconómicos, como los agrarios (a pesar de la declaración de los fabricantes de no querer dañar a las producciones agrícolas), y se acaba desarrollando una insuficiente labor de búsqueda de apoyos, en todo el país. El nivel de precios de los géneros de algodón, elevado arancelariamente, producía el lógico descontento y las consiguientes reclamaciones de los sectores de la población española, obligada a soportar este encarecimiento. Se dibujaba una confrontación entre “productores” y “consumidores”, identificados con diferentes ámbitos regionales.

La gestión de un asunto tan estrechamente vinculado a la política, como la aplicación de medidas proteccionistas o librecambistas, determinaría el fracaso de la burguesía catalana y su apartamiento del juego político nacional; o al menos su peculiar forma de actuación.

Pero, el principal error seguramente colectivo aunque no adjudicable a partes iguales entre todos los implicados, sería el de perseguir un nacionalismo económico desde un regionalismo político. Mal se podían compaginar la exigencia de un mercado común, con otros particularismos susceptibles de interferir en la necesaria aceptación general. Como escribía J.M.^a Tallada,

“El ser catalanes y muy relacionados con la industria textil catalana los principales defensores del proteccionismo dió origen a que, en el resto de España, empezaran a despertarse recelos contra la región catalana, recelos que se amplificaron más tarde, al aparecer los primeros gérmenes de las doctrinas catalanistas”.

La estrategia económica nacional de la burguesía del textil catalán no fue acompañada de un planteamiento político semejante. En lugar de buscar la toma del poder, a través de un proyecto nacional español, prefirió actuar esencialmente desde fuera, a través de las personalidades militares y políticas que en cada momento se consideraron más accesibles y eficaces; pero siempre plegados, a la defensiva, y con un discurso permanentemente reivindicativo, llevado demasiadas veces al victimismo. Este alejamiento, paulatinamente *in crescendo*, respecto del Estado (Gobierno e instituciones nacionales) favorecía, inevitablemente, la confrontación.

EMILIO

En su epistolario con Durán y Bas, Figuerola denuncia con dureza esta estrategia de retraimiento político y victimismo. Don Laureano llamaba a la burguesía industrial catalana a intervenir decididamente en la vida política nacional. La actuación de los industriales se reducía a quejarse, continuamente, del gobierno central; encerrados siempre en el terreno de la crítica, nunca en el de la afirmación. Figuerola insistía *“tomen Vds. parte en la política general para que puedan ejercer influencia en la local”*.

Los esfuerzos de los fabricantes catalanes en defensa de la industria “nacional” no prosperaron suficientemente, entre 1840 y 1870, al menos según su criterio. Su mensaje político “españolista”, poco decidido, no convenció a la mayoría del país. El resto de España, o más concretamente, los intereses económicos y políticos de los diversos grupos socioeconómicos opuestos al proteccionismo, fueron construyendo su propio discurso, simplificador también, como decíamos, identificando la “cuestión catalana” como una forma de egoísmo alicorto, en lugar de buscar la conjugación de las aspiraciones de Cataluña con las del conjunto del país.

La Guía del Comercio, órgano librecambista, afirmaba que *“la cuestión catalana y la cuestión económica son una sola cuestión”*. Según Alzola y Minondo, con alguna razón, *“el carácter nacional, propenso a las abstracciones desprovistas de realidad, y las luchas políticas revolucionarias contribuyeron a que la propaganda universal de las ideas individualistas fuese acogida en España con verdadero entusiasmo, confundándose aquí, lastimosamente, la libertad política con la de comercio, siendo ésta adoptada como un dogma y, como tal, indiscutible”*. La intransigencia mutua fue aumentando y radicalizando las diferencias.

El discurso confrontativo iría pasando de las “ideas” a las descalificaciones; de la inteligencia a la pasión incontrolada. Formulaciones como *“el industrialismo catalán solo podía vivir a expensas de la riqueza y del trabajo de los moradores de las demás regiones de España”* sería contestado por otras igualmente cuestionables: *“Cataluña ha hecho con dinero propio sus caminos de hierro, contribuyendo a pagar los de las demás provincias, contribuyendo en mayor proporción que las demás a cubrir el presupuesto de ingresos”*. Y en la misma estela podríamos encontrar abundantes ejemplos.

En la siguiente etapa se llegaría al insulto. Para unos, los industriales eran “aves de rapiña”, “lobos hambrientos”, “tiranos”, “beduinos”, “verdugos del obrero”, y, en fin, sujetos dignos solo de un amplio catálogo de dicterios de toda clase, aplicables, por extensión a Cataluña, donde se refugiaban; y trascendiendo categorías socioeconómicas, las descalificaciones podían aplicarse a muchos catalanes, *“gente suelta y sin policía, vengativos, ingratos, ...etc.”*.

La réplica, siempre dentro de una realidad supuestamente dicotómica, se concretaba en señalar que España se dividía en dos grupos: los que pagaban, (evidentemente los catalanes) y los que cobraban (obviamente los demás en tan simplista referencia). ¿Qué instrumento permite y ampara tal situación? el Estado, según los defensores de tan peculiar teoría y, por ello, continuando tan “brillante razonamiento”, abstengámonos, en lo posible, de colaborar con dicha “herramienta”. Error evidente de enorme trascendencia. Prim fue uno de los pocos políticos catalanes decididos a entender la conveniencia de formar parte activa de ese Estado, acaso con la esperanza última de catalanizar España desde la modernidad y la responsabilidad compartida.

Los orígenes del problema. El prohibicionismo, en defensa de la industria textil española, relativamente importante, sobre todo en Cataluña, había adquirido carta de naturaleza por Real Cédula de 14-VI-1728, del más denostado allí que conocido Felipe V. Muchos tejidos de algodón llegaban a nuestro país a través de Portugal, con el puerto de Lisboa como punto de entrada y el monarca español, ante la amenaza de ruina para los fabricados aquí, prohibió, absolutamente, la entrada “en sus reinos” de tales productos.

Más adelante, Carlos III acabó provisionalmente con las medidas prohibicionistas por R.O. de 15.V-1760, pero manteniendo un arancel proteccionista del 25 por 100. Sin embargo las cosas no estaban claras y para dictaminar, de manera definitiva, lo que debería hacerse solicitó informe a la Dirección General de Rentas. A la vista de los datos publicó la pragmática de 14-IX-1771, cambiando su decisión y acabó prohibiendo no solo la entrada de género de algodón extranjero, sino incluso su uso. Esta disposición fue seguida por otras en el mismo sentido bajo el reinado de Carlos IV, por ejemplo la R.O., de 20-IX-1802 y la R.C., de 8-VI-1805. Tales medidas potenciaron la industria algodonera de nuestro país, radicada en especial en tierras catalanas.

Por otro lado, la Ordenanza de comercio, de 1758, que abrió el mercado de ultramar a las provincias de Levante, terminando con el monopolio de los puertos de Sevilla y Cádiz, había permitido incrementar de manera decisiva la producción. Nació entonces la Comisión de Fábricas, cuya historia sería la de la industria del algodón, a la que la Cataluña moderna debía buena parte de cuanto era.

La guerra contra Napoleón abrió paso al liberalismo político español. Pero el triunfo de la revolución liberal traería aparejados no solo cambios político-institucionales, sino también en otras parcelas. Una transformación lógica si tenemos en cuenta que el liberalismo no es solo una ideología política, es una cosmovisión de la que forma parte, con la misma fuerza, la defensa de la libertad económica, frente a los esquemas corporativos privilegiados y cerrados; así como contra cualquier traba a la producción y distribución de bienes y servicios, característicos del Antiguo Régimen. El liberalismo económico basado en la propiedad privada, el espíritu de empresa y el libre mercado resulta inseparable del liberalismo político. Así pues también en el proceso de conformación de un mercado nacional, iniciado en cierto modo con el decreto de 8-VII-1813, que proclamaba el libre ejercicio de cualquier industria u oficio útil, sin necesidad de examen, título o incorporación a los gremios respectivos, se producirían los vaivenes correspondientes a los sucesivos cambios políticos.

Aunque la invasión napoleónica supuso un durísimo contratiempo, de 1808 a 1814, acabada la guerra volvió a renacer con fuerza la industria algodonera, que demandaba la protección del Estado para llegar a poder competir con la de las naciones más adelantadas en este sector. Fernando VII estableció la Junta de Aranceles en 1825.

La vuelta al Antiguo Régimen dispuesta por “El Deseado”, en mayo de 1814, trajo consigo, entre otras disposiciones, la R.O. de 29-VI-1815 que restableció las ordenanzas gremiales. Poco después, en 1819, la Junta de Comercio de Barcelona hacía una encendida defensa del prohibicionismo en el ámbito del comercio. Pero la revolución liberal de 1820 dio paso a un nuevo tiempo. Las barreras interiores que afectaban al movimiento de bienes, según el esquema de los antiguos reinos y provincias, fueron desplazados a las fronteras del Estado nacional. Aquel mismo año se estableció el primer arancel del siglo XIX, todavía fuertemente proteccionista, que sería suprimido al concluir la segunda etapa liberal, en 1823, volviéndose a la situación de 1782.

EMILIO

A partir de 1827, el monarca pareció apoyar más decididamente el desarrollo del sector textil algodonero catalán. El Real Decreto de 5-IX-1827, para el impulso de la industria nacional, despertó algunas expectativas esperanzadoras que pronto se vieron defraudadas; pues otra decisión del mismo monarca favoreció la entrada de productos franceses, de la mano de Enrique Dolfuss, que perjudicaban los intereses catalanes. La Comisión de Fábricas trató de que S.M. suspendiera aquella concesión, pero de nada valieron sus peticiones a la Real Junta de Comercio y a la Junta de Aranceles de Madrid, ni las gestiones del marqués de Campo Sagrado; de don Gaspar Remisa, del general Castaños y del conde de Bornos, a cuya influencia se había recurrido. Tampoco las promesas de ayuda de María Cristina, a la que en varias ocasiones se dirigió la Comisión de Fábricas, en demanda de amparo.

La situación se mantuvo discretamente favorable hasta el final del reinado de Fernando VII por lo que reflejan las disposiciones de 1831 y 1832. No sin algunas fricciones significativas, pues la prohibición o protección se dirigía a salvaguardar los productos textiles, no el algodón, como materia prima. Éste, desde la óptica de los fabricantes, debía ser obtenido al menor coste posible; aunque con ello se lesionaran los intereses de los productores de algodón en España, principalmente los de Motril e Ibiza. Así, ante la petición del Ayuntamiento granadino, en 1832, para que se prohibiese la importación de algodón de Nueva Orleans y se gravase fuertemente el de Pernambuco, la Comisión de Fábricas respondía “¿por qué se habrán de reducir nuestras fábricas a trabajar solamente lo que permite el algodón motrileño?”. La clave de su exposición se apoyaba en el encarecimiento final del tejido, si se atendiesen las reclamaciones de los agricultores, de lo cual “se seguirían incalculables perjuicios al interés público”.

La industria necesitaba algodón barato para poder competir con los tejidos ingleses y franceses. Y continuaban “Perfeccione Motril el cultivo de su algodón, los métodos de su recolección y todas cuantas operaciones puedan cada día hacerlo más apreciable y, entonces, no solo sacarán de él los mayores beneficios, sino que se consumirá también hasta en los países extranjeros...”. Análisis de rentabilidad incontestable pero que, a pesar de las declaraciones de solidaridad con los agricultores parecía exactamente lo contrario y, en todo caso, podría ser el esquema fundamental de cualquier argumento librecambista, que la Comisión, sin embargo, lejos de aplicarse a sí misma, combatía a muerte. Algo parecido ocurría, en cuanto a la oposición de los industriales catalanes, a propósito de la pretensión de Cádiz de ser declarado puerto franco.

Los partidarios, más o menos decididos, de la supresión de obstáculos al comercio, o al menos de la disminución sensible de los mismos, como Canga Argüelles, López Ballesteros, Flórez Estrada, con su “Curso de Economía política” de 1828, se vieron superados todavía por los inmovilistas. El arancel de importación de 1826 (que se había aprobado el 19-X-1825) apenas cambió la situación en la práctica, pues mantenía la prohibición de importar más de 650 artículos. En dirección parecida, igualmente, significaron poco las medidas adoptadas en 1827, 1831 y 1832.

A partir de 1832 don José Bonaplata dio comienzo a la instalación de una gran fábrica, de infeliz remate, que fue la primera en armar telares mecánicos y en utilizar una maquinaria de pintar indianas y en fabricar máquinas de hierro colado. La Comisión de Fábricas que le había atacado duramente, en un principio, no tardó en alabar sus avances.

Pero la modernización, capaz de mejorar la competitividad, sufriría un grave contratiempo; la guerra carlista que, durante el periodo 1833-1840, se desarrolló en diferentes zonas de España, como sabemos, y con gran impacto en Cataluña. Allí, los industriales, los obreros de

las principales poblaciones se decantaron mayoritariamente por la causa liberal; mientras que en medios rurales, parte del campesinado y el clero abrazaban la causa carlista.

La dialéctica violenta: revolución vs contrarrevolución. Aprovechando la crisis dinástica abierta a la muerte de Fernando VII la lucha a muerte se adueñó de la geografía española, física y humana, durante siete años. A lo largo de ese periodo se fue ensanchando la brecha entre los españoles y creciendo su espíritu cainita. La convivencia, la transacción, el entendimiento entre unos y otros fueron valores ajenos a la cultura política nacional. El maniqueísmo y la violencia se adueñaron del cerebro y el corazón de aquella sociedad. El “trágala” se convirtió en la expresión definitiva del mutuo rechazo y en sustitución terriblemente abreviada, de cualquier “diálogo”.

El desenlace no fue definitivo, pero sí suficiente, para poner los cimientos y asentar las instituciones básicas de un estado liberal. El liberalismo político era un hecho. A la Constitución de 1812, en sus periodos de vigencia, seguiría el Estatuto Real de 1834 y la Constitución de 1837. Pero hacia 1840, acabada la primera guerra carlista, se abriría otro frente, que hasta entonces se había ido perfilando; ahora en las filas del liberalismo: el de la revolución “permanente” (progresistas) *vs* la revolución “controlada” (moderados). ¿Y en el terreno económico?

En resumen cabría afirmar que durante la singladura neoabsolutista, en que transcurre la “ominosa década”, hasta 1833, se mantuvo en líneas generales el modelo tradicional, cerrado, en el que además de las trabas a la libertad de producción se prohibía la entrada en el mercado interno de determinados bienes y otros gozaron de un escudo prácticamente insalvable. A partir de 1834 se apuntaron algunos cambios en línea liberalizadora. El gobierno Martínez de la Rosa en el marco de la Cuádruple Alianza (Francia, España, Reino Unido y Portugal) se dispuso a iniciar algunas reformas en política económica acordes al régimen liberal.

Entre 1834 y 1836 se restableció el principio de libre ejercicio de industrias y oficios. Pero este capítulo necesitaba completarse con un mercado libre que intentó desarrollarse, tímidamente, cuando en 1835 se cambió la Junta de Aranceles por la Junta Consultiva de Aduanas y materias arduas de comercio, que elaboró un informe, presentado en 1836, en el cual se planteaba el fin del prohibicionismo.

La lucha en otros frentes. La batalla política entre defensores y detractores del “aperturismo” comercial se veía jalonada por las disputas teóricas en medios académicos. La influencia del pensamiento económico europeo en sus diferentes orientaciones: Adam Smith, R. Malthus, J. B. Say, K.H. Rau, F. List, ... y luego de F. Bastiat, R. Cobden, J. Chevalier, L. Boileau, ...etc. se hizo patente en España, a través de los ya citados Flórez Estrada, Canga Argüelles, el marqués de Valle Santoro, Pablo Preber, en un primer tiempo; A. Garzo, G. Oliver y E. Jaumeandreu. Estos últimos economistas catalanes, vinculados a la Junta de Comercio de Barcelona y a la Comisión de Fábricas².

Eudaldo Jaumeandreu, fraile agustino, economista y jurista de quien R. Morodo considera que su pensamiento vendría a ser un exponente cualificado del catolicismo liberal

2 Ver LLUCH, E. *El pensament econòmic a Catalunya (1760-1840). Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana*. Barcelona, 1973.; y MORODO, R. *Sobre Ramón Salas y Eudaldo Jaumeandreu: Tradición, Ilustración y Liberalismo emergentes en nuestros primeros expositores de la Constitución de 1812*. Madrid, 2013.

catalán, amalgama de iusnaturalismo, de economía proteccionista y de constitucionalismo gaditano, sería el principal inspirador de las tesis de los fabricantes de Cataluña. Según Graell, aunque “*no era un talento superior, tenía indisputable mérito y era muy conocedor de la economía política*”. Jaumeandreu “*fue durante muchos años el hombre y el verbo de la Comisión Representativa de Fábricas, reuniendo grandes dotes de carácter a la condición de ser muy ducho en achaques políticos y en asuntos fabriles. Además tenía el entendimiento como mineralizado en el prohibicionismo*”³. si bien, tal vez, este juicio del mismo Graell podría ser un tanto exagerado³. apunta su *Memoria sobre la necesidad del sistema prohibitivo en España que da a luz la Comisión de Fábricas de Hilados, Tejidos y Estampados de algodón del Principado de Cataluña*, publicada en la Ciudad Condal en 1834.

No obstante Jaumeandreu, fiel también en este campo a su sincretismo conciliador, trataría de armonizar su liberalismo político y el prohibicionismo económico, postulando un mercado nacional, abierto al interior y protegido del exterior mediante las barreras arancelarias convenientes al estado económico de cada país. Algo parecido a lo que propondría más tarde Ramón Santillán en su *Proyecto y memoria sobre los nuevos aranceles de aduanas* (1840); es decir, un modelo de desarrollo económico asentado en una industrialización basada en el prohibicionismo y el desarrollo del mercado nacional. Este gradualismo que, aceptando la universalidad teórica de los principios del liberalismo económico, reclamaba una política práctica adecuada a las circunstancias nacionales, derivaría, en las décadas posteriores, en un radical desencuentro entre proteccionistas y librecambistas, en España.

Una decisión estratégica capital, sin duda, movió a las corporaciones económicas catalanas, léase principalmente a aquellas cuyos intereses se vinculaban de manera decisiva a las disposiciones arancelarias, a mantener una representación permanente en Madrid, dentro de una actuación defensiva a ultranza. Las gestiones en este sentido se pusieron en marcha al menos desde 1836. Para entonces, en el ecuador de la primera guerra carlista, en el momento de radicalización de la revolución liberal, convenía a los industriales de Cataluña, más que nunca, controlar estrechamente la deriva política que, en particular en el terreno económico podría adoptar el gobierno nacional.

Una situación difícil. Por esas fechas la situación de los industriales catalanes se presentó especialmente cargada de obstáculos, entre los graves sucesos provocados por las revueltas sociales de 1835, y la amenaza de los partidarios de don Carlos, causaron evidentes recelos entre los industriales catalanes.

Sin embargo, el temor que llegó a su punto más elevado cuando, a finales de 1836, se produjeron una serie de maniobras para proclamar la república y declarar la independencia de Cataluña. Ante el peligro para el orden social y político, la Comisión de Fábricas advertía, con vehemencia, a los obreros contra tales proyectos: “*Las utopías, afirmaban los empresarios, surgen cuando la tranquilidad pública se altera, exaltándose las pasiones ... Sabed que si llegase el caso, lo que por otra parte no es posible, de que esos discolos consiguieran su intento de declarar a la Cataluña independiente y separada del Gobierno de S.M. la reina, en el momento mismo os veríais sumergidos en la indigencia y no os quedaría otro recurso que mendigar de puerta en puerta vuestro pan, o expatriaros de Barcelona y del Principado*”.

³ GRAELL, G. *Memoria sobre la necesidad del sistema prohibitivo en España que da a luz la Comisión de Fábricas de Hilados, Tejidos y Estampados de algodón del Principado de Cataluña*, Barcelona, 1834.

No paraban ahí las recomendaciones, pues *“La primera providencia que tomaría el gobierno, sería prohibir la venta de nuestras manufacturas en todas las demás provincias del reino, pues serían miradas y declaradas de contrabando. En este concepto todas las fábricas catalanas tendrían que cerrar ...”* Al miedo a perder el mercado nacional se unirían, según la Comisión de Fábricas, otras consecuencias negativas. *“Los españoles mirarían a los catalanes como enemigos suyos y no querrían tener ningún comercio con nosotros. Los capitalistas mirarían a Cataluña con sus caudales e irían a establecerse en otras provincias del reino o emigrarían al extranjero...”* La industria catalana no concebía otro modo de afianzar su crecimiento que asegurándose un mercado español protegido. Superada a duras penas la contienda civil, el abastecimiento a ese mercado nacional reservado; primero, como dijimos, aferrándose con el prohibicionismo y cuando no fue posible mediante el proteccionismo suficiente para evitar la competencia exterior, era su único objetivo. Esa sería la condición indispensable para mantener e incrementar la actividad textil.

Hasta 1839-1840, podríamos afirmar, en líneas generales, que las teorías y las prácticas restrictivas de la actividad mercantil habían dominado en España, a favor de la industria nacional, sobre todo a la hora de su aplicación. Pero el panorama amenazaba cambiar con el triunfo de la revolución liberal. Desde entonces el librecambismo fue adquiriendo la iniciativa en una pugna, cada vez más dura. Mientras en Cataluña se abogaba por el proteccionismo a ultranza, en zonas de Andalucía y Madrid, principalmente, se combatían las demandas del Principado, etiquetando el problema suscitado, como “la cuestión catalana”.

Un decreto de 4 de enero de 1839 encendió todas las alarmas en los medios fabriles catalanes. Se acababa de someter a una Junta la relajación del sistema prohibitivo, *“cuestión de vida o muerte”*, como decíamos según los industriales para el Principado de Cataluña. Había que mover a la opinión pública, a través de todos los resortes posibles: políticos, sociales, prensa, ... etc. En esa línea Aribau y Subirachs crearon *El Corresponsal*, bajo el patrocinio de Remisa para combatir contra los librecambistas de *El Mensajero* y dar la batalla en Madrid. Así pues se creó una especie de comisión, de la que acabarían formando parte hombres de negocios, políticos e intelectuales. El primero fue el exdiputado Megi Corominas, al que siguieron Manuel M.^a Gutiérrez, catedrático de economía, secretario que fue de la Real Junta de Aranceles Pedro Moret, hombre de confianza y banquero de los fabricantes catalanes en la Corte; Esteban Sayró, que había sido jefe político de Barcelona y que sería después en 1840, comisario regio para la elaboración de la estadística que serviría de base al arancel de 1841; y los tal vez generalmente más conocidos por su protagonismo en otros campos, distintos en principio del de la economía, Buenaventura Carlos Aribau, el general Manso, Víctor Balagué y, sobre todo, Pascual Madoz y el *“fidus Achates”*, como le llamó Graell, Juan Prim. Todos ellos dedicaron no pocos esfuerzos a la defensa del proteccionismo a lo largo de su vida.

Hubo otros apoyos en defensa de la bandera del proteccionismo. Pero no fueron los únicos. Aquel año se creó en Madrid la “Sociedad defensora del Trabajo Nacional”, bajo la presidencia de don Antonio Barata y, en 1840, el “Instituto Industrial de Madrid”. Pero no prosperaron los intentos de formar un frente común con otros colectivos en Vascongadas y Castilla; ni tampoco fue suficiente para detener las reformas el apoyo de algunos políticos como el marqués de Viluma, Francisco Javier de Burgos o Claudio Moyano.

Sin embargo, en el terreno de la práctica política, la realidad europea parecía aconsejar la adopción de medidas liberalizadoras. Entre los distintos ejemplos llegados de allende nuestras fronteras podrían señalarse, por un lado, el proceso de uniones arancelarias en

tierras alemanas que culminaron, en buena medida, en la Zollverein de 1834, a la que se incorporaron en 1836 Nassau y Francfort. Por otro, el fracaso del prohibicionismo y del proteccionismo, casi equivalente, en el caso de la importación de cereales en el Reino Unido (Ley de 1815) que condujo a la carestía del trigo y a las hambrunas de 1837 y 1839, a pesar de alguna concesión en 1828, con los consiguientes conflictos sociales. Aunque la lucha contra aquella norma, de la Liga constituida al efecto en Manchester, no conseguiría la derogación de dicho texto hasta 1846.

A punto de terminar la primera guerra contra los carlistas, las presiones librecambistas forzaron al gobierno de Pérez de Castro a plantear una reforma que aboliera, prácticamente, el prohibicionismo, aunque ello no significara, ni mucho menos, el paso inmediato al libre-comercio.

La encrucijada de 1841. Las reivindicaciones constantes del sector textil catalán en defensa de un prohibicionismo, que perjudicaba los intereses de los consumidores de otras partes de España, en especial Madrid, iba creando, como hemos dicho, un ambiente de hostilidad y desconfianza recíprocas. La exigencia del prohibicionismo primero, y del proteccionismo a ultranza después, hizo que empezara a hablarse de la “cuestión catalana” como un gran problema para la convivencia nacional.

El tema económico se envenenaba por vía política. Pese a la oposición frontal de los fabricantes, el gobierno aprobó el establecimiento de un nuevo arancel en 1841. Para lo que se presentó la correspondiente Ley de bases, de 3 de junio de ese mismo año, sancionada el 9 de julio. Entre ambas fechas se multiplicaron y radicalizaron los debates en los diversos foros: en el Congreso o en las páginas de la prensa. La Comisión de Fábricas trató de frenar, por todos los medios, la adopción de las nuevas medidas. Sánchez Silva, por el contrario, denunciaba la existencia de un retraso interesado en la aprobación del nuevo arancel. Entre tanto, desde el otro lado, Jaumandreu hablaba de la necesidad de acopiar la mayor información posible antes de dar tal paso, alegando motivos económicos en general y la necesidad de corregir el déficit presupuestario. Las reformas de 1841 dieron un golpe notable, pero insuficiente, al prohibicionismo. Los artículos prohibidos se redujeron de 653 a 94, aunque se mantuvo la prohibición en el caso de la importación de cereales y la de hilados y tejidos de algodón; si bien deberían ser incluidos en la siguiente legislatura. De ahí la lucha teórica, académica, mediática y política durante aquel año y los siguientes; especialmente en 1842.

Pero junto al marco normativo y a los debates teóricos, uno de los problemas para hacer efectivo el prohibicionismo, o cualquier otra medida que tendiera a preservar el mercado nacional ante la oferta exterior era, obviamente, el contrabando, favorecido por las expectativas de extraordinarias ganancias, que la misma prohibición generaba; por la falta de medios de control eficaces; por el desorden creado por la guerra y, finalmente, por la extendida corrupción inherente a este tipo de fraudes.

En 1841 el contrabando de productos británicos, introducidos desde Gibraltar, en el mercado español, alcanzó un valor de 688.000£; la mayor parte correspondiente a tejidos de algodón, mientras que por la frontera portuguesa, fabricados también en el Reino Unido, llegaban a España, procedentes de los puertos de Lisboa y Oporto, otras partidas del mismo género por valor de 155.000£. El significado de estas cifras hay que considerarlo al proyectarlas sobre el valor de las importaciones netas de productos británicos, en esa misma fecha, que suponía un total de 1.285.000£, de las cuales 442.000£ correspondían a importaciones directas y al resto al contrabando.

Nada tiene de extraño que, en abril de ese año, pocas semanas después de que Prim tomara asiento por primera vez en el Congreso de los Diputados, la Comisión de Fábricas de Hilados y Tejidos y Estampados de Algodón de Cataluña se quejase, por enésima vez, a la Regencia del gran volumen de géneros textiles que, sobre todo por los costas andaluzas, entraban irregularmente en España. La denuncia no sirvió para frenar tales prácticas. Hacía falta recurrir a otros medios. Así pues unos meses más tarde, Prim fue nombrado inspector de carabineros en Andalucía Oriental, según las órdenes del Ministerio de Hacienda y del de la Guerra de 30 de junio y 6 y 14 de julio de 1841. Aunque se dijo que su misión consistiría, principalmente, en evitar la hipotética entrada de Narváez en España desde Gibraltar, la cuestión más importante para él era otra.

El ministro de Hacienda, Surrá y Rull, los industriales catalanes y los diputados que representaban a Cataluña, consideraban al de Reus, el hombre adecuado para acabar con los contrabandistas. También lo creían, aunque por motivos diferentes, los adversarios políticos. Para ese cometido, afirmaba el diputado Sánchez Silva, *“ninguno mejor que don Juan Prim, acérrimo defensor de los catalanes y estoy seguro que hubiera ido a Andalucía con ese objeto, aunque fuera a sus propias expensas”*. Ciertamente Prim aceptó aquel destino, sin sueldo, que le depararía algún quebranto económico para su peculio particular (entre 18.000 y 20.000 rs.) y las críticas de sus enemigos en sede parlamentaria, que le acusaron de haber ejercido un cargo incompatible con el acta de diputado.

A su vuelta no tardó en denunciar las corruptelas que le habían impedido lograr su objetivo de acabar con el contrabando y condenó duramente la hipocresía gubernamental. En un manifiesto a sus paisanos acusó al gobierno de permitir que *“se arruinen nuestras fábricas, perezca nuestra industria y se vea Cataluña, por consiguiente, sumida en la miseria ...”* Tal vez se excedía en su juicio pues acabar con las prácticas contrabandistas arraigadas secularmente en la baja Andalucía, con Gibraltar como punto de partida, no era empresa fácil. Pero el más grave de los cargos dirigidos a la Regencia era el de buscar, de manera premeditada, que se produjesen en Barcelona las *“indispensables conmociones sociales”*, a propósito de la crisis económica que vaticinaba, y de este modo, tener ocasión de *“cebarse otra vez con nosotros”*. Aquellas acusaciones de Prim no eran ciertas en lo fundamental, pero resultaron creíbles; al menos útiles, para algunos sectores de la industria catalana.

Una prueba podría ser que, a pesar de todo, hubo fabricantes que consideraron buenos los resultados conseguidos por Prim en asunto tan espinoso como la lucha con los contrabandistas, lo que dio pie a nuevas gestiones de la Comisión para exigir al gobierno mayores esfuerzos hasta lograr terminar con el fraude.

En este sentido, las demandas, por parte de los industriales del textil catalán, se intensificaron tras la aprobación del arancel de 1841. Así, a petición de la Comisión de Fábricas, en marzo de 1842, se produjo en Madrid la reunión de los diputados y senadores de las provincias catalanas, con el Consejo de Ministros, para tratar de algunos intereses concernientes a las mismas. El más destacado volvía a ser el de los daños causados por la introducción fraudulenta de géneros extranjeros que comportaban la disminución de actividad en las fábricas y el hecho de que *“millares de personas ... quedaran ociosos y expuestos a ser presa de la seducción de cualquiera que quiera valerse de ellos para fines siniestros”*.

Este tipo de argumentación, utilizada reiteradamente a la hora de presionar al gobierno, con la velada amenaza de conflictos sociales como telón de fondo, producía en respuesta, en el mejor de los casos, un discurso gubernamental cargado de concesiones que, en la prác-

EMILIO

tica, quedaban en nada. Tan pronto anunciaba el Ministerio la creación de inspectores, el endurecimiento de las normas y el aumento de efectivo para mejorar la vigilancia sobre los contrabandistas, como dejaba sin efecto sus compromisos. Se acudía de este modo a un diálogo sin sentido en el que las grandes promesas, hechas para no cumplirse, alimentaban el “victimismo” de los fabricantes. Lo verdaderamente grave es que las advertencias acerca de posibles revueltas populares, se confirmaban en la realidad en más de una ocasión, y la actuación represora del gobierno también. Tales coincidencias bien podrían ser objeto de un análisis más detenido que el que aquí podemos llevar a cabo.

Un tiempo de desencuentros crecientes. El arancel de 1841 irritó a los industriales del textil algodonerero, aunque salieron relativamente bien parados. Y tampoco satisfizo a los librecambistas, decididos a terminar con el prohibicionismo y en especial en lo concerniente al algodón. En la segunda mitad de 1841 y, sobre todo, en 1842 arreció la ofensiva librecambista, a la par que la patronal catalana incrementaba sus presiones sobre la Regencia esparterista y sus gobiernos. Mientras, en Francia, se fundaba el *Journal des économistes* (1841) y la *Société de Economistes* (1842) en refuerzo del libre comercio, en el dominio académico español, en la misma dirección, Marliani publicaba su crítica *De la influencia del sistema prohibitivo*, al mismo tiempo que el marqués del Valle, J. M.^a Vadillo sus *Breves observaciones sobre libertad y prohibiciones del comercio*, todos en 1842. El mismo año que E. M.^a del Valle en su *Curso de Economía política*, hacía alguna defensa del proteccionismo. Pero la pugna académica se decantaba favorablemente, de modo irrefrenable, por las tesis librecambistas.

Sin embargo, en tal circunstancia, el gobierno propuso a los diputados y senadores catalanes que constituyesen una comisión para proponer “*aquellas medidas que con más eficacia y prontitud puedan conseguir el objeto de suprimir el contrabando*”. Se acordó designar para esta tarea a los señores Madoz, Prim, Gil, (al que sustituiría finalmente el senador Jordá), Vilaregut y Domenech los cuales deberían reunirse todas las mañanas para desempeñar su cometido “*sin levantar mano*”. Se suponía que los elegidos eran quienes mejor reunían los conocimientos teóricos y prácticos necesarios. Ciertamente Prim podía aportar la experiencia recién adquirida, pero todos ellos habían demostrado gran actividad e interés.

El nombre del reusense volvió a sonar entonces para un nombramiento que le permitiese continuar la obra del año anterior en las costas de Andalucía Oriental. Finalmente esa designación no se llevó a efecto.

Aunque más importante aún que la siempre insuficiente persecución de los contrabandistas era, para el textil catalán, evitar que, conforme a lo establecido en torno al arancel recién aprobado, el comercio del algodón pasara de la prohibición al arancel, antes de concluir la legislatura que se iba a reanudar en esas fechas, tras el paréntesis producido desde julio. “*Cuestión vital para Cataluña, y por tanto para Prim, que junto con Vilaregut, recorría en octubre a sus expensas, el Principado y las Islas Baleares, con el objeto de ver... el estado industrial de dichas provincias*” y, sobre todo, movilizar a todos los diputados para que acudieran a Madrid, a votar, en la grave cuestión que iba a ventilarse.

En la pugna que se anunciaba hacía falta organización, decisión y dinero, aunque las finanzas de la Comisión no atravesaran sus mejores momentos. En cualquier caso era preciso neutralizar las maquinaciones del gobierno inglés y de quienes les apoyaban en las Cortes españolas.

El 14 de noviembre de 1842 reabrió sus puertas el Congreso de los Diputados, con Olózaga, en la presidencia de la Cámara, encabezando una oposición bien organizada. La víspera se habían producido los primeros incidentes, en Barcelona, el motín de la Puerta del Ángel anunciaba nuevas tormentas. Tanto en sede parlamentaria como en la calle, se anunciaban horas difíciles para el gobierno y para el Regente, sometido a una dura campaña de prensa con fuego graneado desde todos los frentes, moderados, demócratas, absolutistas y un sector del progresismo cada vez más amplio.

La situación social en Cataluña amenazaba con estallar violentamente. Una peligrosa mezcla de victimismo, agitada desde varios sectores, en la que aparecía el descontento por la aplicación de la quinta para el reemplazo del ejército y el restablecimiento de los impuestos de consumos y puertas; junto a rumores, fundados o no, de que se aplicaría un nuevo tributo para reparar los daños causados en la ciudadela el año anterior y, sobre todo, el temor a la firma de un tratado de comercio con Inglaterra, (propuesto a finales de 1841 por el gobierno de Londres), que, según los empresarios, aniquilaría la industria algodonera, tensaron los ánimos populares extraordinariamente.

Prim se había convertido en el asidero del sector proteccionista. La exaltación del joven coronel corría pareja a las demandas en favor de la protección arancelaria. *El Constitucional* incitaba a remover, de forma mancomunada, todos los obstáculos para afianzar el proteccionismo, “...despreciar lo extranjero, preferir lo nacional, aun inferior y más caro y, en fin, tener, ante todo, nacionalidad...”. Un cántico al nacionalismo económico que, en determinados círculos, trascendía en demanda de la unificación del derecho civil para todo el Estado, al amparo del art. 4º del Título I de la Constitución de 1837.

Figuerola veía la mano de los fabricantes detrás de aquel movimiento para evitar la temida y ya aludida inclusión del algodón en el nuevo arancel. Pero serían los errores del gobierno, en mayor medida, los que acabaron provocando la gran conmoción política y social que dejó en segundo plano, durante algún tiempo, la cuestión aduanera. Moderados y prohibicionistas coincidieron en su lucha contra Espartero que acabó con la caída del conde de Luchana.

Del prohibicionismo al proteccionismo. Apenas caído don Baldomero, con la decisiva intervención del flamante conde de Reus, la Comisión volvió a solicitar la ayuda y amparo de este último. “*La Comisión no ha olvidado el celo y actividad que V.S. ha desplegado en cuantas ocasiones ha peligrado la fabricación...*”. Por enésima vez reconocían “... sus importantes desvelos, redoblados ahora y siempre, y sus esfuerzos para afianzar más y más la estabilidad de las fábricas de Cataluña”. No cabe duda de que Prim acogió esta petición con el ánimo de siempre. Sin embargo las circunstancias políticas acabarían alejándole rápidamente del poder y aún del territorio español.

EMILIO

El resto de la década de 1840, la cuestión algodonera siguió siendo referencia capital en la batalla arancelaria. Los partidarios del prohibicionismo y del proteccionismo contaron con alguna publicación, más o menos favorable, como el texto de A. Borrego, *Principios de economía política con aplicación a la reforma de aranceles de aduanas* (1844), más rotundamente con el *Compendio de las lecciones de economía política* de R. Anglaseu y, en menor medida, con la tolerancia parcial de los “eclecticos” postulantes de un proteccionismo selectivo y temporal. Pero el proteccionismo de los J. Güell, J. Ferrer, J. Illas, P. Bochs, además de los ya citados en otros puntos, se vería desbordado por un librecambismo combativo.

Las cautelas en el seno del partido moderado, en el poder, ante lo ocurrido con Espartero, lentificaron la deriva librecambista. Pero en 1844 la “Sociedad Mercantil Matritense” clamaba por un nuevo avance general en esta dirección. Habría que tener en cuenta que las influencias que llegaban del otro lado de los Pirineos, marcaban, en buena medida, la hoja de ruta de la liberalización económica española y, particularmente, del comercio. El viaje de R. Cobden por España, en 1846, y sus conferencias en Madrid, Sevilla, animaron, definitivamente, el espíritu del librecambio. Por entonces se fundaron la “Asociación Librecambista de España” y “La Confederación Mercantil Española”. Con tal clima ambiental, el ministro de Hacienda, otra vez Alejandro Mon, anunciaba una nueva reforma de aranceles que no llegó a terminar, por su salida del gobierno, a la cual no fueron ajenas las presiones desde Cataluña.

La confrontación teórica entre ambos bandos, no solo en medios académicos, se iba haciendo cada vez más radical, con indisimulable tendencia al maniqueísmo. Faltaba información, sobre todo estadística, y sobraba, en ocasiones, intransigencia en la misma medida en la que escaseaba la voluntad de diálogo. La política seguía emponzoñando, de manera creciente la discusión económica.

Además el primer Congreso Librecambista de Bruselas en 1847 y la aparición de los *Principios de Economía Política*, de J.S. Mill, partidario del *laissez-faire*, en el terreno económico, limitado por sus efectos sociales, tuvieron también un eco innegable en nuestro país. Para contrarrestar esas influencias en algún modo, en 1848, la Junta de Fábricas de Cataluña fundó el Instituto Industrial de Cataluña.

Finalmente, en 1849, se implantó un nuevo marco arancelario. Mon, pese a las discrepancias de Santillán, se mostró decidido a introducir “los algodones” en el arancel general y a potenciar los avances en la senda del desarme arancelario.

En sus discursos de junio de ese año presentó a Inglaterra como el modelo a seguir en cuestiones económicas y de Hacienda y expuso los efectos negativos para nuestra economía de ciertas barreras arancelarias. Los debates con los diputados representantes de los industriales catalanes fueron realmente duros. Illa i Vidal y Balaguer le acusaron de entregar a los catalanes atados y vendidos a los extranjeros, mientras Madoz se proclamaba “prohibicionista” y “*exigía que no entrase nada en España de lo que aquí trabajamos*”.

Otra vez la intransigencia recíproca. A la pretensión gubernamental, respondía la actitud "numantina" de los industriales. Una disposición expuesta abiertamente en las negociaciones para incorporar a *El Herald*, del conde de San Luis, al conjunto de medios favorables al proteccionismo. La condición fundamental exigida para llegar a un posible acuerdo, sería la negativa absoluta, por parte del textil catalán, al menor asomo de transacción.

La reforma arancelaria de 1849 significó, prácticamente, el fin del prohibicionismo y el paso al proteccionismo, pues el número de prohibiciones quedó reducido a 14. Un paso, insuficiente para unos, e intolerable, para otros, como siempre, en el proceso de apertura de la economía española hacia el exterior. Mon había impuesto sus tesis; pero, de nuevo, la presión de los fabricantes de Cataluña le llevó a dejar el ministerio de Hacienda.

En esas fechas, la voz de Prim, en defensa de la estrategia de la industria catalana, no podía sonar entre las paredes del Congreso puesto que, como ya dijimos, desde octubre de 1848 hasta principios de 1850 estuvo alejado de la Cámara, por lo menos físicamente; puesto que, apartado del poder, hubo de pasar temporadas, aunque fuesen breves, en Londres, París y Vichy. Sin embargo, apenas regresado de Puerto Rico ya había recibido, ¡cómo no!, la petición de auxilio de la patronal catalana que le recordaba su papel de "*celoso defensor de los intereses de la industria y del trabajo*".

Hasta aquí nada extraño, pero el tono era ahora más alarmante. Tras renovarle su adhesión y respeto, la Junta se quejaba de "*la prevención con que parece mirarse este país, (en evidente alusión a Cataluña), el cual –continuaba el escrito– al tener que luchar contra el decidido empeño de sus adversarios necesita de todos los medios de defensa que la justicia de la causa le proporciona ...* No obstante, a renglón seguido los mismos firmantes del escrito señalaban los límites del conflicto, no entre catalanes y no catalanes, sino entre los librecambistas y "*todas aquellas personas que con un corazón verdaderamente español son celosos de la gloria y bienestar de su nación*".

La patronal catalana se acogía, como siempre, a la generosa protección de Prim, cualquiera que fuese la posición que pudiera ocupar. Pero para desgracia de los fabricantes, el conde de Reus no podría satisfacer las demandas de amparo que le formulaban en aquellas circunstancias.

(Continuará)

EL MADRID DE CARLOS III

M. Fátima de la FUENTE DEL MORAL
Doctora en Economía

Catedrática visitante de la Universidad de Neu-Ulm (Alemania)

El diez de agosto de 1759 España quedaba sin rey. Fernando VI acababa de entregar su alma a Dios en la localidad madrileña de Villaviciosa de Odón. Según las crónicas del momento, los españoles se quejaban entonces de que ya llevaban un año sin monarca. Hacían referencia al estado de postración en que el rey se encontraba desde que enviudase, tras la muerte de la que fuera su esposa, Bárbara de Braganza. Y es que Fernando VI fue tendente a la melancolía, estado que se agravó en su último año de vida. Llegó a pensarse, incluso, que estaba loco, dado que no dejaba de dar buenas muestras de ello. Por ejemplo, mostraba impulsos de querer morder a todo el mundo, prefería dormir sobre un par de sillas, antes que en una cama, y trataba, en vano, de conseguir medios con los que poder suicidarse.

Llegada a España de un nuevo rey. El caso es que, tras despedir al rey muerto, todo se puso en marcha para traer a España a quien ya, desde hacía veinticinco años, reinaba en Nápoles bajo el nombre de Carlos VII. Así lo ordenó la reina madre, quien en ese momento ejercía la regencia. Se trataba de Isabel de Farnesio, nacida en el ducado de Parma y segunda esposa de Felipe V. Aparte de ser una mujer culta y amante del arte, Isabel también mostraba un ambicioso gusto por el poder. De hecho, sabiendo que su esposo aportaba al matrimonio dos hijos de su unión con María Luisa Gabriela de Saboya, no perdió tiempo en buscar tronos europeos en los que ir colocando a sus descendientes. Esta es la razón por la cual Carlos III, su primogénito, se coloca nuestra corona cuando ya tiene una larga experiencia como monarca en una corte extranjera.

Así que, mes y medio después del fallecimiento de Fernando VI, una escuadra sale del puerto de Cádiz. Su destino es Nápoles y su misión, traer a España al nuevo rey, que vendrá acompañado de su familia. Aproximadamente un mes más tarde y tras varias escalas, los navíos alcanzaron su meta. Según contaron los presentes, Carlos llegó a decir que había recibido el trono de España de manos de Dios y sin deseárselo. Y que había rogado en sus oraciones que su medio hermano recuperara la salud.

Las naves permanecieron en Nápoles aproximadamente una semana, durante la cual se ofrecieron diversos entretenimientos a sus tripulaciones. Para ello, hubo que levantar, de manera excepcional, el luto por Fernando VI.

Probablemente, uno de los hechos más difíciles a los que Carlos III tuvo que enfrentarse al abandonar Nápoles fue la separación de su hijo, el infante Felipe Pascual. Este presentaba una disminución mental que ya lo había apartado de la línea sucesoria y ante la que los médicos desaconsejaron un traslado, al que no estimar recomendable para su frágil estabilidad un cambio de residencia. Hoy sabemos que el rey se despidió de su hijo con lágrimas en los ojos, al mismo tiempo que rogaba que siempre se le administrasen los mejores cuidados.

Al fin, un siete de octubre de 1759, el nuevo rey, su esposa, María Amalia de Sajonia, y sus hijos, el príncipe Carlos y las infantas María Josefa y María Luisa, dejaban Nápoles, entre aplausos y salvas. El viaje por mar tuvo sus incomodidades. Un día, una tempestad provocó que las damas se marearan. Carlos, siempre amante de la reina, la visitó en su camarote. Al

preguntarle qué era lo que padecía, María Amalia respondió: “*Questo movimento straordinario me face un imbrogli di ventre*”. Tocándola en el hombro, el rey respondería: “¡Ah, pobre mujer, que no sirves para nada”. A lo que ella apostilló: “*No valgo niente*”.

La primera escala que la escuadra hizo en territorio español fue en Barcelona. Allí, el marqués de Mina, general de Cataluña, elogió el gesto, diciendo: “Señor; consigue Cataluña la envanecida dicha de haber preferido V. M. sus orillas para primera posesión de sus vastos (...) me honra ofrecer a los pies de V. M. una de las mejores y más pobladas de sus provincias la felicidad, el amor y los votos de cuantos vasallos la componen”. Allí, sería advertido el monarca de los muchos aduladores que le irían saliendo al paso en su nueva corte. Con la naturalidad y honradez que siempre demostró, Carlos sentenciaría que los aduladores no tendrían cabida en su palacio y que llevaba más de veinticinco años aprendiendo a reinar. Como su interlocutor insistía, el monarca atajó aquella conversación, diciendo: “Y también sabré yo ponerles la cabeza en los pies”.

Carlos III pone un pie en Madrid. Al fin, el nueve de diciembre de 1759 Carlos III ponía un pie en Madrid. La demora estuvo ocasionada por el mes largo que su hijo mayor pasó, enfermo de sarampión, en Zaragoza. Emocionada, Isabel de Farnesio acudió al Palacio del Buen Retiro para recibir a su primogénito y a la prole de éste. Madre e hijo no se veían desde la salida de España de aquél. Y, por tanto, Isabel aún no conocía a sus nietos. Pero agotados por el viaje y aturdidos por el continuo agasajo recibido a lo largo del camino, Carlos y su familia no pudieron sino retirarse a descansar y dejar la entrada oficial a la capital del Reino para más adelante.

La entrada pública de los nuevos reyes en Madrid se haría un trece de julio de 1760. El recorrido de la impresionante comitiva de carrozas salió del Buen Retiro y fue encontrándose, a su paso, con ciudadanos que, entusiastas, les daban la bienvenida. Con el fin de complimentar a los soberanos, el aspecto de la capital hubo de mejorarse. Así, de los balcones pendían colgaduras y aquí y allá se habían colocado paneles decorados y banderolas. Como el Palacio Real se encontraba aún en obras, se dirigieron a la Puerta del Sol por la calle de Alcalá. Desde allí, se trasladaron a la Iglesia de Santa María de la Almudena, donde se celebró un *Te Deum*. Tras ello, los monarcas tomaron el camino de regreso al punto de partida, pasando antes por la Plaza Mayor y por la Carrera de San Jerónimo. Iban acompañados por mayordomos mayores, oficiales, pajes y damas de honor, precedidos todos ellos por Alabarderos y Guardias de Corps.

Durante varios días, teatro, toros y otras diversiones se ofrecieron a los madrileños. La Plaza de Toros de Madrid se situaba justo detrás de donde hoy se alza la magnífica *Puerta de Alcalá*, que aún no existía. La construcción de la plaza la encargó Fernando VI en 1749. No debemos olvidar que las corridas de toros, en el siglo XVIII, eran una gran diversión para el pueblo. Estaban compuestas, entonces, por dos partes, que se repartían entre mañana y tarde. En ellas, se daba muerte a dieciocho toros y en ellas tomaban parte seis picadores, a los que se consideraba figuras muy importantes. Los caballos no llevaban protecciones y se ponían seis o doce pares de banderillas. El traje de luces de los toreros era parecido al que se utiliza hoy día y se inspiraba en la forma de vestir del pueblo.

Al fin, el diecinueve de julio, el rey y el príncipe de Asturias juraron su cargo en el templo de San Jerónimo el Real. Un nuevo período se abría entonces en la historia de España. Todos parecían estar ansiosos por los esperados cambios, pese a que aguardaban con prudencia. Las nuevas acciones a emprender por Carlos III generarían entonces conversaciones anima-

FÁTIMA

das de unos y otros. Los más críticos esperaban que Carlos implantase medidas distintas de las que había llevado a cabo en Nápoles. Hubo quien llegó a aspirar a que Isabel de Farnesio recuperase la influencia de la que gozó a lo largo del reinado de Felipe V.

Pero, tras las escenas festivas de los días en que los madrileños le daban la bienvenida, el nuevo rey se encuentra, en realidad, con una capital sucia, oscura e insegura. Sus seis kilómetros cuadrados daban cabida a ciento cincuenta mil habitantes y, en ella, unos pocos palacios magníficos contrastaban con numerosas infraviviendas. El tráfico causaba problemas y la población, con escaso grado de formación, constituía un soporte muy pobre para llevar a la práctica cualquier plan de desarrollo que quisiera implantarse. No obstante, a pesar de todas las limitaciones con que se encontró Carlos III, no dejó de promover ideas de reforma a lo largo de todo su reinado. Así, apoyado en sus ministros, entre los que destacaríamos a los condes de Aranda y de Floridablanca, diseñó grandes planes encaminados a transformar y modernizar el país y, de paso, la ciudad.

Pero sería injusto quedarnos ahí. Carlos III gobernó con buena mano y modernizó el país. Sus ideas de reforma, en lo tocante a la población, siempre pretendieron crear una clase media que, con su trabajo, hiciese prosperar la economía. Todo ello, con la defensa del bien común y de la justicia social como bandera.

Carlos III y el colbertismo. Al igual que hiciera su padre, Carlos III decidió seguir con la modernización del Estado a través de medidas mercantilistas de inspiración *colbertista*. Éstas habían sido importadas de Francia, donde, Jean-Baptiste Colbert, ministro de Finanzas de Luis XIV, había puesto en práctica un sistema donde el Estado jugaba un papel central. El grado de intervencionismo era alto, dentro de un sistema centralizado y proteccionista. La intención era ir acumulando riqueza, de tal forma que ésta se fuese transformando en un recurso productivo y que, al mismo tiempo, se exhibiera, por razones de prestigio. Esto último se haría a través del cultivo y del patrocinio de las artes, de la ciencia y de la cultura. Del mismo modo, pensaba que el Estado debía promover la construcción de edificios y de espacios públicos, además de potenciar la industria local. Así, mediante un sistema de producción y de organización industrial altamente regulado, se crearían empleos y se mostraría la grandeza del país, al mismo tiempo que se le conducía al crecimiento económico.

Ya Felipe V, siguiendo el modelo *colbertiano* de desarrollo de edificios y de espacios públicos, había sido el responsable de que comenzara a construirse el Palacio Real de Madrid, así como de la creación del Teatro del Príncipe, del Monte de Piedad y del Palacio segoviano de La Granja. Aparte de ello, creó un cuerpo profesional de funcionarios para la gestión de la Hacienda Pública. Del mismo modo, se empezó entonces a gravar a los nobles y a la Iglesia, algo que resultaba completamente nuevo. También se fundan las aduanas, con el fin de recibir una retribución por el comercio internacional y, al mismo tiempo, acabar con el contrabando. Adicionalmente, consigue una nueva forma de ingresos, procedente de la trata de negros, lo que, a nuestros ojos, puede parecer repugnante pero que, en aquellos tiempos, era una actividad muy rentable.

Su hijo, Fernando VI, seguirá emprendiendo reformas que favorecerán el período de paz y de prosperidad económica que disfrutará España bajo su reinado. Entre estas reformas, mandará diseñar un nuevo sistema de impuestos que grave a cada contribuyente en función de su capacidad económica. Además, impulsará el comercio americano, modernizará la marina y favorecerá las transacciones económicas. Bajo su reinado, comienza a haber en Madrid un control

de los animales callejeros. Con respecto a las construcciones que promueve en nuestra ciudad, nos encontramos con el *Convento de la Visitación de Nuestra Señora*, también llamado *de las Salesas Reales* y situado en la Calle Bárbara de Braganza. Como puede observarse, la capital de España iba a quedar muy embellecida con las actuaciones de los primeros Borbones.

Y Carlos III sigue adelante con las reformas de estilo *colbertista*. Una de sus primeras medidas consistió en relajar la rígida etiqueta de la corte. Gracias a él, tenemos hoy Lotería Nacional y el edificio donde albergamos el Museo del Prado, además de vigilancia por las calles de Madrid, ciudad que se tomó muy en serio remodelar, para disgusto de muchos madrileños, que no paraban de quejarse de las obras de pavimentación e iluminación de sus calles. Aparentemente, el rey llegó a comentar: “Los madrileños son como los niños pequeños; lloran cuando les cambian los pañales”. Dada la intensidad de los trabajos de reforma, el corregidor de esta ciudad, José Antonio de Armona, cansado, pidió al rey un cargo de menor responsabilidad, apelando a sus ya muchos años. Por lo que parece, éste le respondió, diciendo: “Mira; más viejo estoy yo que tú y voy trabajando; Dios nos ha de ayudar. Y tú estás mejor, cuidas de Madrid y hasta ahora nadie se queja de ti”.

La industria que Carlos III trató de impulsar. Con el fin de sentar las bases de la industria que tanto necesitaba España, Carlos III apoyó la creación de las Reales Fábricas. Entre ellas, citaremos la de Porcelanas del Buen Retiro, que estuvo situada dentro de nuestro emblemático parque, en terrenos que hoy albergan a los jardines del Huerto del Francés. Denominada popularmente *la China* y construida en 1760, siguió el ejemplo que ofrecía una factoría que ya había implantado el monarca en la localidad napolitana de Capodimonte. De allí, el buen Carlos mandó traer a un nutrido grupo de expertos, con la intención de montar en Madrid una fábrica similar. De ésta salieron piezas que fueron a parar al Palacio Real de Madrid, a la Casita del Príncipe de El Escorial, al Palacio de Aranjuez y otros Reales Sitios. Hoy día podemos ver, en distintos museos de nuestra capital, algunos objetos producidos en la Real Fábrica del Retiro.

La pena fue que nuestra Real Fábrica de Porcelana del Retiro formó parte del cuartel que los soldados franceses tuvieron en Madrid mientras se libró la guerra contra Napoleón. Por si fuera poco, lo que dejaron en pie de nuestra magnífica manufactura fue destruido por las tropas inglesas que, capitaneadas por Wellington, nos ayudaron a expulsar a los franceses.

Hay quien dice que fueron éstos últimos quienes causaron los mayores destrozos antes de huir, con el fin de acabar con una fábrica que estaba haciendo la competencia a su afamada manufactura de Sèvres. Otras voces señalan a los ingleses como responsables de tal destrucción, por razones muy parecidas. Y es que la porcelana que producíamos en nuestra Real Fábrica era de tal calidad que también hacía daño a las exportaciones de cerámica inglesa. Los madrileños, ante tal panorama, no pudieron sino crear esta composición:

Muy mala suerte has tenido,

Madrid, una y otra vez,

si diez te rompió el gabacho

el inglés te rompió diez

Lo cierto es que lo único que hoy día nos recuerda algo del complejo que ocupaba la Real Fábrica de Porcelana del Retiro es la noria que le suministraba agua y que aún hoy podemos ver. Bueno, en realidad, lo que vemos es una reconstrucción que pretende que nos hagamos una idea de lo que fue la original.

Carlos III y el cultivo la ciencia. Nuestro Borbón ilustrado fue también un impulsor de la ciencia en nuestro país. De hecho, algunos de los nuevos edificios que los primeros Borbones deciden levantar en Madrid están ligados con el desarrollo de las ciencias, tal y como recomendaba el ministro Colbert. No debemos olvidar que estamos en la época del *Enciclopedismo* y de la *Ilustración*. Estos movimientos pretendían combatir la superstición y la ignorancia, además de educar a la población, invitándola al aprendizaje mediante la divulgación del saber de su época. Es decir, buscaban *poner al alcance de la mayoría el patrimonio científico de una minoría*, como diría hoy Manuel Calvo Hernando, fundador de la Asociación Española de Comunicación Científica. Es decir; la *Ilustración* quiso combatir la ignorancia y la superstición que, según consideraba, sumían al ser humano en un mundo de tinieblas. Su idea era luchar contra todo ello mediante la cultura, el desarrollo de la ciencia y el uso de la razón.

Dentro de esta tradición, encontramos el ejemplo que ofrece el Observatorio Astronómico Nacional, obra de Juan de Villanueva y que se integra a la perfección en su entorno, coronando el cerrillo de San Blas. Fue realizado en un sereno, ligero, sobrio, serio, noble, simple y claro estilo Neoclásico, muy del gusto del momento. De nuevo, según recomendaba Colbert, el Observatorio se alza lujoso y monumental, mostrando que en su construcción se han empleado, casi sin límite, materiales nobles, como el granito, y se han desechado otros más económicos, como el ladrillo o el yeso. En general, las nuevas construcciones que los primeros Borbones desarrollan en Madrid derrochan medios económicos y muestran todas sus pretensiones.

Con el desarrollo de nuestro Observatorio Astronómico en Madrid se pretende seguir el gran interés por la Astronomía que, ya en el siglo XVII, había empezado a despertarse en Europa. De hecho, en 1666 se había construido el Observatorio de París. Y en 1675, el Observatorio de Greenwich, situado en las afueras de Londres. Pese a que el impulso al estudio de la Astronomía en España lo da Felipe V, será bajo el reinado de su hijo, Fernando VI, cuando se empiece a pensar en la construcción de un Observatorio Astronómico en Madrid. La idea la aporta un tal Juan Wendlingen, jesuita de origen húngaro que ejerció en nuestro país como matemático, astrónomo, cosmógrafo, y que llegó a ser director del Colegio Imperial de San Isidro. A la muerte de Fernando VI, Wendlingen acabó por ganarse la confianza de Carlos III, quien lo eligió como profesor de matemáticas para su primogénito, que accedería al trono como Carlos IV. Es a Juan Wendlingen a quien se le atribuye la construcción, en el Monasterio del Escorial, de dos meridianas solares. Estas meridianas se utilizaban para averiguar el mediodía solar y, también, para poner en hora todos los relojes del monasterio. Será precisamente Wendlingen quien, en 1750, propone a Fernando VI la construcción de un observatorio para la enseñanza de las ciencias físicas y matemáticas.

Desgraciadamente, Fernando VI no da permiso a Wendlingen para que lleve a cabo su proyecto y habrá que esperar a que Carlos III se pronuncie al respecto. Con la construcción de un Observatorio Astronómico se buscaban dos fines esenciales. Por un lado, el estudio de la Astronomía ayudaba a la navegación, ya que servía para que los barcos fijasen su rumbo, una vez que tenían certeza sobre su posición geográfica. Por otro lado, la Astronomía era utilizada por los cartógrafos para determinar las coordenadas y para elaborar mapas. Precisamente por estas razones, marinos y cartógrafos fueron los principales impulsores de la construcción de

DE LA FUENTE DEL MORAL

nuestro Observatorio. Parece ser que Luis XIV de Francia llegó a decir acerca de la fabricación de mapas con base científica que le habían quitado más tierra los cartógrafos a su servicio que sus propios enemigos. Lo cierto es que la ciencia hace ver las cosas tal y como son.

También dentro del desarrollo de las ciencias que los primeros Borbones pretenden impulsar nos encontramos con el Real Jardín Botánico, inaugurado en 1781, bajo el reinado de Carlos III. Para su creación se contó con los botánicos Gómez Ortega y Tadeo Lope, mientras que su construcción se encargó a los arquitectos Sabatini y Villanueva. Su *Puerta del Prado* queda coronada por un frontón triangular, donde podemos leer, en latín, una inscripción que dice: “Carlos III, a expensas del erario público, fue el instaurador de este jardín de plantas para la salud de los ciudadanos 1781”. Y es que la idea consistía en la investigación ligada a las plantas medicinales. Desgraciadamente, durante la invasión napoleónica, el jardín dio cobijo a tropas francesas, que lo arrasaron, sufriendo, tras ello, un largo período de abandono.

Nuestro actual Museo del Prado también fue uno de los edificios construidos en esta época, con el fin de conseguir el desarrollo de las ciencias. Así, fue destinado, en principio, a albergar la sede del Gabinete de Historia Natural de la ciudad. Se proyectó mientras reinaba Carlos III, por parte de Juan de Villanueva. Sus tres puertas, la Puerta del Prado, a la que hoy llamamos “*de Velázquez*”, la Puerta del Sur, o “*de Murillo*” y la Puerta del Norte, “*de Goya*”, guardan relación con el uso científico que se quería dar al edificio, en el que habría tres estancias diferenciadas: una Academia, un Museo y una Sala de Juntas. Los materiales empleados para su construcción fueron el ladrillo, el granito y el mármol. Al igual que pasó con el Jardín Botánico, también fue ocupado por el ejército napoleónico, que lo destinó a dar cobijo a su Cuartel de Caballería.

Un nuevo entramado urbano para Madrid. Dada su importancia, queremos destacar la transformación que, bajo el reinado de los primeros Borbones, experimenta el eje, hoy llamado Paseo del Prado, que parte de la actual Estación de Atocha y que lleva a la Plaza de Neptuno, a la de Cibeles y a la Puerta de Alcalá. Y es que, a lo largo del siglo XVIII, se realiza un gran esfuerzo constructivo en esta zona.

El modo de proyectar nuestro Paseo del Prado se hizo queriendo recuperar la estética del antiguo mundo greco-romano tan del gusto del estilo Neoclásico, de moda en la época. Así, el diseño que presenta sigue lo que se conoce como “planta de hipódromo”. De hecho, podemos decir que tenemos dos plantas de hipódromo en esta zona: la que va desde Atocha hasta Neptuno y la que conduce de Neptuno a Cibeles. José de Hermosilla, artífice de su construcción, proyectó un espacio alargado, con un paseo central, que sería destinado a peatones, y dos vías laterales para el paso de coches. Dicho espacio terminaba en una curva, donde se colocaba una fuente circular. El modelo se repite dos veces y, por tanto, hay dos fuentes: la de Neptuno y la de Cibeles. Hermosilla desarrolla, también, las obras de canalización y de allanamiento necesarias para la construcción del citado paseo.

Y ya que había un espacio urbano trazado con tanta sensibilidad, se decidió que había que decorarlo con elegancia. De ello se encargó Buenaventura Rodríguez Tizón, a quien debemos la ornamentación de prácticamente todo el eje urbano al que nos estamos refiriendo. Una de las obras que Ventura Rodríguez realiza en el actual Paseo del Prado es la *Fuente de la*

FÁTIMA

Alcachofa, elaborada en 1780 y para la que contó con la ayuda de Antonio Primo, de Alfonso Giraldo y de Robert Michel. Presenta una interesante simbología relacionada con la salud y mediante la que nos presenta a la alcachofa como planta de propiedades medicinales. En ella aparecen, además, dos esculturas que sujetan el escudo de la ciudad de Madrid. Hay que decir que la fuente original fue trasladada al Parque del Retiro en 1880, por decisión del alcalde Torneros.

Ventura Rodríguez, con la ayuda de Francisco Gutiérrez, Alfonso Giraldo y Robert Michel también realiza, entre 1777 y 1782, las cuatro pequeñas fuentes cercanas al Museo del Prado y que se sitúan a los lados del Paseo del Prado. Para ello se empleó una elegante piedra blanca de la localidad de Colmenar. Con el objetivo de seguir rescatando la estética y los valores del antiguo mundo clásico, cada una de estas fuentes muestra la imagen de un *tritón* sujetando un delfín, símbolo de bondad y fidelidad. También en ellas aparecen figuras que podrían representar cabezas de oso, con lo que harían referencia al escudo de Madrid.

También la *Fuente de Neptuno*, situada en la Plaza dedicada a Cánovas del Castillo, es obra de Ventura Rodríguez, quien la realizó en 1780, junto a los escultores Juan Pascual Mena y José Arias. El material utilizado fue el mármol procedente de la localidad toledana de Montesclaros. El tridente que hoy porta Neptuno es de hierro dorado, pero originalmente fue de bronce.

Del mismo modo, la *Fuente de Apolo*, dedicada al dios griego de la belleza, sería diseñada por Ventura Rodríguez en 1777, con la colaboración del escultor Manuel Álvarez. En ella, Apolo está rodeado por cuatro estatuas que representan las cuatro estaciones. Aparte de ello, la estatua cuenta con dos máscaras clásicas. Una de ellas corresponde a *Medusa* y, la otra, a *Circe*. Como podrá apreciarse, tenemos nuevas alusiones a ese Mundo Antiguo que el Neoclásico quiere recuperar. También esta fuente luce un escudo de Madrid en su parte central.

Para rematar el eje de nueva traza, se encarga a Ventura Rodríguez el diseño de una nueva fuente: *la Cibeles*, diseñada entre 1777 y 1782 y que sería ejecutada por Francisco Gutiérrez y por Robert Michel. También *la Cibeles* hace referencia a la mitología de la Antigüedad, ya que recupera la historia protagonizada por Atalanta e Hipómenes.

Pero un eje tan elegante y lujoso no podía dejar de rematarse con un elemento tan representativo como nuestra *Puerta de Alcalá*, que se construyó para conmemorar los veinte años de reinado de Carlos III. A pesar del paso de los años, no deja de presentarnos sus rasgos de monumentalidad neoclásica. Aparte de ello, también impone una cierta tradición barroca, como puede percibirse al ver los ricos adornos que presenta y que, en este caso, no juegan un mero papel de sostén estructural. Se ejecutó en granito de Colmenar por el arquitecto Sabatini y los escultores Francisco Gutiérrez y Robert Michel. Cuenta con dos caras diferentes y con cinco huecos. De ellos, los tres arcos, de medio punto, estaban destinados al paso de vehículos. La comitiva Real siempre utilizaba el del centro, que solía estar cerrado por una reja. Las puertecillas rectangulares, colocadas a los lados, se empleaban por los peatones, a su paso.

Carlos III y el patrocinio de la cultura. Precisamente en ese contexto de cambio del modelo económico y de transformación social, Carlos III se encontró con un gran escollo que

dificultaba su labor. Y es que la población estaba carente casi por completo tanto de educación como de formación técnica específica. En este sentido, podemos decir que la situación de los españoles era desastrosa y éstos no constituían sino un pobre e insuficiente soporte sobre el que sustentar el pretendido desarrollo económico. Y el rey era consciente de que las aptitudes que mostraban esos ciudadanos no le iban a poner las cosas fáciles para conseguir que el país creciera.

Así que, con el objetivo final de que la población madrileña mejorase su situación económica, a través de la cultura y en ambiente de fraternidad, se crea, en 1775, la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Detrás de su fundación, tenemos a un grupo de *ilustrados*, quienes consideraban que el ser humano no progresaría si no empleaba al máximo la razón y si no desarrollaba un pensamiento crítico. Con estas ideas, se lanzan a combatir la ignorancia, la superstición y el absolutismo, con el fin de conseguir una mejora de la sociedad en su conjunto. Para ello, el arma que emplean es el cultivo del intelecto.

Por tanto, podemos decir que la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País estaba dedicada a formar y a educar, de manera gratuita, a los españoles. Y todo ello, sin hacer distinciones de ningún tipo, ya que la institución defendía la igualdad. Esto era algo completamente nuevo, ya que, en aquella época, la población española aceptaba la desigualdad como un hecho natural. Es decir; consideraban normal que nacer en una familia u otra marcara la vida que le esperaba a una persona. Y, por supuesto, no pensaban que todos tuvieran el mismo derecho a estudiar en la Universidad o a alcanzar determinadas posiciones sociales, por ejemplo.

Entre los objetivos específicos de la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País se encontraba la mejora de la agricultura, de la industria y de los oficios. La base de todo ello sería la educación del pueblo, considerada una herramienta fundamental para alcanzar el progreso. Teniendo en cuenta todo esto, la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País no pudo elegir mejor lema: “SOCORRE ENSEÑANDO”.

Aparte de formar a la población, los ilustres miembros de la Sociedad Económica también se dedicarían a investigar de qué forma se podía mejorar la economía en España. Podríamos decir, por tanto, que la Matritense se trataba, en realidad, de una auténtica Universidad de Ciencia Aplicada y dividía sus actividades entre la enseñanza práctica y gratuita y la aplicación de las últimas investigaciones al desarrollo del país, además del incremento del bienestar social. De este modo, por un lado impartió cursos gratuitos para la ciudadanía, haciendo especial hincapié en las clases sociales más desfavorecidas. Por otro y al mismo tiempo, sus miembros, en el aludido ambiente de igualdad y fraternidad, realizaban estudios y elaboraban informes sobre la reforma de la agricultura que harían posible que nuestro país, en el futuro, se industrializase. Su intención última era la de mejorar las capacidades intelectuales de los españoles, dando un empuje especial a las clases más desfavorecidas.

Algunos escollos. Desgraciadamente, la amplia visión de progreso que siempre mostró Carlos III también se encontró con escollos. Uno de los peores fue la oposición de los sectores más conservadores, tradicionales e inmovilistas de la población. Gran parte de la misma estaba descontenta y no entendía la necesidad de tanto cambio. Sobre todo, cuando sus impulsores eran ministros extranjeros. Así, un Domingo de Ramos de 1766, en la plazuela madrileña de Antón Martín, la población se amotinó. Se trató del famoso Motín de Esquilache, ministro italiano que había ordenado que los ciudadanos dejaran de usar capa larga y sombrero de ala

FÁTIMA

ancha. Colocó, incluso, a sastres armados con tijeras por las calles, dispuestos a cortar capas. Justo antes del alzamiento, apareció por las calles de la capital un impreso que decía:

Yo, el gran Leopoldo Primero,
marqués de Esquilache augusto,
rijo a España a mi gusto
y mando en Carlos III.
Hago en los dos lo que quiero,
nada consulto ni informo,
a capricho hago y reformo,
a los pueblos aniquilo,
y el buen Carlos, mi pupilo,
dice a todo: ¡Me conformo!

Otro de los pasquines que, criticando a Esquilache con claridad, se puso en circulación por las calles de Madrid en aquellos terribles días decía:

Italiano había de ser,
allá va sin disimulos,
el que con mulas y mulos
se subió a tener alteza
y ha dado con la cabeza
en los hispánicos culos

Al fin, el encargado de resolver el asunto fue el ministro Aranda, quien ordenó que las capas largas y los chambergos fuesen, a partir de ese momento, la vestimenta oficial de los verdugos. Y, como los lectores podrán imaginar, a los ciudadanos se les quitaron, de golpe, las ganas de usar estas prendas. De todas formas, Carlos III quedó muy entristecido por este hecho y tardó mucho tiempo en asimilar la falta de entendimiento que había sufrido por parte de sus ciudadanos.

Precisamente Aranda protagonizó una de las anécdotas relacionadas con Carlos III. Por lo que parece, nuestro rey ilustrado fue también bastante testarudo. Y un día, tras decirle a su ministro Aranda: “Eres más testarudo que una mula aragonesa”, éste le respondió que conocía a una persona que le ganaba en testarudez. Al preguntarle el rey de quién se trataba, el ministro le respondió: “La sacra majestad del señor don Carlos III, rey de España e Indias”.

Por lo que parece, el ministro Aranda no debió ser muy agraciado, si hacemos caso de lo que dice esta coplilla que se oía por las calles de nuestra ciudad:

Ojos de presidente
tiene mi amante,
uno mira al cierzo
y otro al levante

Anécdotas de la vida de Carlos III. Pero, aparte de testarudo, nuestro monarca también fue sencillo en el trato. Así lo demuestra el hecho de que, con frecuencia, dijese: “Primero Carlos que rey”. Además, tenía muchísima facilidad para aprender idiomas y, a los cuatro años, escribió a sus padres su primera carta en francés. Aparte de italiano, también hablaba alemán.

Pero su verdadera pasión fue la caza. Contaban en su época que el rey salía a cazar todos los días, hiciese el tiempo que hiciese. Cazó, incluso, el día en que un hijo suyo estaba agonizando. Cuando regresó del monte, preguntó por él. Al decirle que había muerto, el rey respondió: “Bueno; ya que no puede hacerse nada, tomémoslo lo mejor posible”. Le gustaba tanto cazar que, cuando se veía obligado a vestir de gala, solía ponerse el traje de ceremonia sobre el de caza, que, a veces, le asomaba por debajo. Podemos imaginar, por tanto, que Carlos III fue un gran amante de la naturaleza. Cuando construyeron, en 1768, el camino de Madrid a El Pardo, una de las encinas que el rey se resistió a que talaran, quedó dentro de una rotonda. El monarca, al pasar por su lado, decía: “Pobre arbolillo; ¡quién te defenderá después de que yo muera...!”. Hoy sabemos que su hijo, Carlos IV, protegió el árbol, que sería destruido durante la invasión francesa.

El rey fue padre de trece hijos, de los que tan solo siete llegarían a ser adultos. Su esposa, María Amalia de Sajonia, apenas llegó a reinar dos años en España, ya que murió de tuberculosis. Fue éste un matrimonio muy bien avenido y, pese a que Carlos III viviría aún veintiocho años más, nunca quiso volver a casarse. Cuando María Amalia muere, el rey dice: “¡Pobrecilla! En veintidós años de matrimonio, es el primer disgusto serio que me da”.

Y hasta aquí nuestra pequeña reflexión sobre Carlos III, monarca ilustrado por excelencia y que tanto se preocupó por lograr que las cosas cambiasen en Madrid. Solía decir que él, en realidad, lo que pretendía era “(...) ser amigo de todos y hacerme respetar por ellos”. Esta frase da buena muestra de cómo era su carácter y de cuál era su estrategia vital. De hecho, a nosotros Carlos III nos hace pensar en esas personas que, con sentido del humor, responsabilidad y paciencia, se encargan de curar las heridas y de recordarnos a todos que hay cosas más importantes que los propios intereses inmediatos.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez, M.: *Personajes Ilustres de la historia de Madrid*, Ediciones La Librería, Madrid (2006)
- Carballo, B. et al.: *El ensanche de Madrid: Historia de una capital*. Editorial Complutense, 2008
- De Mesonero Romanos, R.: *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*. Edición Príncipe. Facsímil de la primera edición 1831
- De Répide, P.: *Las calles de Madrid*. Ediciones la Librería. Madrid (2007)
- Del Corral, J.: *Casas madrileñas desaparecidas*. Sílex ediciones (2004)
- Del Corral, J.: *El Madrid de los Borbones*. Ediciones La Librería (2005)
- De la Fuente del Moral, M. F.: *Manuel Godoy: El favorito de la reina* - Revista Historia National Geographic (Editorial RBA EDIPRESSÉ) (2009)
- De la Fuente del Moral, M. F. y Fernández Envid, E.: *Explora lo desconocido de Madrid* – Ediciones La Librería (2010)
- De la Fuente del Moral, M. F.: *La España del siglo XIX: ¿Atraso, estancamiento o fracaso económico?* – Revista Madrid Histórico (Madrid Histórico Editorial) (2012)
- Otero Carvajal, L.E. et al.: *Madrid en la sociedad del siglo XIX: Coloquio sobre historia madrileña I y II*. Comunidad de Madrid-Alfoz (1986)
- Otero Carvajal, L.E.: *Las ciudades de la España de la Restauración, 1868-1939. Guadalajara ANABAD Castilla La Mancha* (2007)
- Otero Carvajal, L.E.: *Tradicción y modernidad en la España urbana de la Restauración*. Guadalupe Gómez-Ferrer y Raquel Sánchez, eds. Biblioteca Nueva (2007)
- Pallol Trigueros, R.: *Transformación urbana, cambio social y despertar político en Madrid 1860-1875*. Ediciones La Librería. Madrid (2012)
- Pérez Abellán, F.: *El Madrid de ayer y de hoy. Crónica de Madrid*. Plaza&Janes Editores S.A. Edición especial para DIARIO 16. Barcelona (1991)
- Thomas, H.: *Antología de Madrid*. Gadir Editorial S.L. Madrid (2004)
- Tortella, G. et al.: *El desarrollo de la España contemporánea: Historia económica de los siglos XIX y XX*. Alianza Edirorial (2011)
- Vizcaíno, J.A.: *Historia de la Villa de Madrid*. Editorial Optima S.L. Barcelona (2000)

LA DESTREZA: EL ARTE MARCIAL EN EL MADRID DEL SIGLO XVII

Enrique FERNÁNDEZ ENVID

Uno de los placeres que Madrid nos ofrece es asimilar su historia paseando. Así, cualquier rincón de la ciudad nos mostrará un edificio con una placa alusiva a algún personaje importante. Pero es en cada esquina, donde tenemos un bello mensaje en el que no se depara y que es el azulejo que da nombre a las calles. Así, vías como las de Bordadores, Arenal, Montera, Carretas o Mayor, por poner un ejemplo, están enseñando con sus azulejos el origen de sus nombres.

Esta forma artística de señalar, con un azulejo, el nombre de las calles apareció en los años treinta del siglo XX. Con esta señalización se continuó con el modelo de principios del siglo XIX, consistente en rotular en negro el nombre de la calle o plaza sobre una placa de cerámica de color blanco. Con el paso del tiempo, ese modelo se cambió por las actuales placas de metal azul con letras blancas de comienzos del siglo XX.

Los azulejos que hoy vemos en las calles de Madrid fueron colocados en los años noventa del siglo XX por el artista talaverano Juan Ruiz de Luna y su nieto, Alfredo Ruiz de Luna.

La destreza en el madrileño barrio de Lavapiés. Si paseamos por el barrio de Lavapiés, en la calle del Mesón de Paredes a la altura del número trece, encontraremos una calle con un bello azulejo. Nos estamos aproximando al lugar donde la enseñanza de la esgrima en Madrid dejó su huella en el Siglo de Oro. Pronto, veremos la imagen, de un azulejo, con dos caballeros batiéndose. Es la calle de la Esgrima. Si continuamos por ella, localizaremos otra vía perpendicular. Se trata de la calle de la Espada, origen de la de la Esgrima.

Estos enclaves, son la clave para identificar en Madrid, donde se podía aprender lo que se conocía como esgrima y que, con la aparición de importantes maestros, pasó a denominarse *destreza*.

La calle de la Espada. Sobre este lugar, en el siglo XVII, se alzaba la conocida casa del Inquisidor. Justo al lado había un corralón alquilado por un maestro de esgrima, para su enseñanza. La forma de anunciarse, consistió en colgar de la puerta una espada sujeta por una gruesa cadena.

Así, Madrid ya tenía un lugar donde aprender a batirse como caballeros. Pronto, en los mentideros populares, corrió la noticia de que un personaje ilustre solía acudir a las clases del maestro. Se trataba de Félix Lope de Vega y Carpio.

Pero la academia tuvo problemas económicos que impedían pagar la renta. Un día, el arrendador, que quería demoler la finca para construir una nueva, echó al maestro. Pero sus problemas no habían terminado. Cuando quiso empezar las obras se desató un litigio con la casa anexa, propiedad de los frailes de la Merced. Esta situación dejó el corralón a medio

derribar durante mucho tiempo y con la espada allí colgada. Por ello, es conocida como calle de la Espada

Pese a todo, el maestro preguntó si había otro lugar donde poder enseñar. Y tuvo suerte, no muy lejos de donde estuvo, encontró otro corralón y se estableció. El enclave era perfecto y la renta que le pidió el propietario era aceptable. El negocio le fue bien.

Por tanto, por ser éste el lugar donde se practicaba la esgrima, esta calle fue así conocida a través de los años.

Definición de esgrima y los orígenes de las artes marciales europeas. La esgrima, según la R.A.E es: *El arte de jugar y manejar la espada, el sable y otras armas blancas*. Esta palabra deriva del verbo *esgrimir*, que también es definido como: *Jugar la espada, el sable y otras armas blancas, reparando y deteniendo los golpes del contrario o acometiéndole*.

Ya en la prehistoria el hombre utilizó armas, como rudimentarias hachas, flechas para poder defenderse. En la Edad de Bronce estos utensilios evolucionaron, fabricándose con este material. Pero la revolución llegó con la Edad de Hierro. Entonces, el uso de este metal materializó la aparición de nuevas armas. Civilizaciones como la griega, las prerromanas o la romana empezaron ya a utilizar espadas pesadas y de grandes dimensiones.

Todo lo que sabemos hoy en día sobre esos métodos de lucha, se debe a los libros y manuales que han sobrevivido. Como excepción, dado que documentos anteriores a la Baja Edad Media no hay, existen dos importantes manuscritos: los llamados Papiros de Oxirrincó, que datan de los siglos I al VI y que incluyen miles de documentos manuscritos en griego, latín, cartas y trabajos literarios. Este valioso manuscrito fue encontrado en el año 1897 por el arqueólogo escocés Bernard Pyne Grenfell miembro del Queen's College en Oxford y, de su amigo inglés Arthur Surridge Hunt, experto papirólogo.

Dicho hallazgo está considerado como el manual de artes marciales europeas más antiguo conocido. En su contenido hay fragmentos que describen la forma de realizar presas y agarres en la lucha griega. Los Papiros de Oxirrincó se encuentran repartidos entre diversas instituciones, pero el grueso de ellos está en el Museo Ashmolean de la Universidad de Oxford.

Oxirrincó fue el nombre helenizado que se le dio a la localidad egipcia de Per-Medyed actual El-Bahnasa, situada a 160 kilómetros de El Cairo. Oxirrincó fue durante la época helenística, la tercera capital más grande de Egipto, siendo desolada y abandonada en el año 641 cuando fue invadida por los árabes.

El otro manuscrito es el *De Re Militari* escrito por Flavio Vegecio Renato, escritor romano en el siglo IV. En dicho manuscrito se describen notas de entrenamiento y organización militar de la Antigua Roma.

Aparición de los primeros tratados de esgrima. Es en Alemania, Italia, Francia y España entre los siglos XIII y XVIII donde aparecen los tratados más representativos de importantes maestros que dieron nombre a una forma de combatir con espada y que hoy se conoce como Esgrima.

La escuela alemana. Durante la Baja Edad Media aparecieron en Alemania los llamados *Fechtbuch* (libro de combate) que eran manuales de artes marciales de origen germánico. El

ENRIQUE

más antiguo conocido es el *Fechbuch de Walpurgis* que data de principios o mediados del siglo XIII. En sus páginas ilustradas, se describen sistemas de lucha empleando como armas, el broquel y la espada. El paso a la Alta Edad Media, dio como resultado la aparición de las llamadas escuelas de esgrima.

Por tanto, los alemanes serían los pioneros con el maestro Johannes Liechtenauer, experto en el uso de la espada de grandes dimensiones a dos manos, quien, en el siglo XIV, escribió su Códice *Nürnbergger Handschrift GNM 3227^a*.

Entre los siglos XV y XVII se realizaron gran cantidad de *Fechbücher* describiendo métodos de lucha atribuidos a Liechtenauer, apareciendo posteriormente maestros de la Escuela Alemana del siglo XV como : Paulus Kal, Peter von Danzig, Sigmund Ringeck y Hans Talhoffer, seguidores del método de Liechtenauer. Después, a finales del siglo XV empezaron a constituirse lo que se llamó *Fechbruderschaften* (hermandades de espadachines), siendo la más conocida la Hermandad de San Marcos y la de Federfechter.

También hay que mencionar el posterior tratado anónimo del siglo XVI, conocido como el *Códice Wallerstein*, que está hoy en la Biblioteca de la Universidad de Augsburgo. Este último códice está considerado como el manual de las artes marciales occidentales. Se divide en tres partes, mostrando en cada una de ellas numerosas ilustraciones. En la primera parte se indican todas las armas blancas que se incluyen en el manual, como dagas, lanzas, puñales y espadas largas. En la segunda parte se muestran las técnicas a desarrollar, dependiendo del arma a utilizar y que influirán en el modelo de lucha.

La escuela italiana. Con la aparición de esta escuela, se puede decir que se revolucionó el arte de la esgrima. Los italianos entraron en escena en 1410 con el maestro Fiore dei Liberi al servicio de Nicolás III de Este, Marqués de Ferrara, y su tratado *Flos Duellatorum*. o Flor de duelo. En él, describe las diversas formas de utilizar la daga, armas de asta, espada corta y larga, así como la forma de desenvolverse en el combate a pie con armadura y el combate a caballo. Esta obra está considerada como el tratado más antiguo de artes marciales históricas europeas. Otros destacados maestros de esgrima que aparecieron en la Italia del siglo XV fueron Filippo Vadi y Pietro Monte. Pero sería a principios del siglo XVI cuando la esgrima italiana evoluciona en la llamada *Escuela Dardi* o Esgrima boloñesa con maestros de la talla de Achille Marozzo, Giacomo di Grassi, Vincentio Saviolo y Camilo Agrippa arquitecto y matemático, que revolucionó la esgrima europea con la simplificación de las guardias y, su visión matemática del arte esgrimístico europeo.

Otra de las aportaciones que la escuela italiana ofreció para la evolución de la esgrima, nace a raíz de la aparición de la espada *ropera* en España. El maestro Salvator Fabris en 1606 publica su tratado *De lo shermo overo scienzia d' arme*, haciendo muy popular en Europa su uso al estilo italiano. Con Salvator Fabris la escuela italiana del siglo XVII ejerció una gran popularidad en toda Europa, contribuyendo a la desaparición de la tradición y estilo de las escuelas de esgrima alemanas.

La escuela francesa. La aparición de la escuela francesa en el escenario de la esgrima europea, al principio no fue relevante, sino más bien tímida y tardía. No obstante, después aparecerían dos tratados muy interesantes. Uno de ellos anónimo, conocido como *Le jeu de l'hache d'armes*, de el siglo XV, explica el estilo y uso de la lucha con hacha de asta. El otro tratado fue publicado en 1573 por Henri de Saint Didier, el cual desarrolla la técnica de cómo atacar y defender con la espada sola.

Si en el siglo XVI el estilo de la escuela italiana era la más popular en Europa, los franceses se alejaron de dicho estilo, desarrollando uno propio, con reglas, sistemas de enseñanza y terminología diferentes. Por tanto, ya aparecen figuras importantes en el escenario francés, como el maestro Le Perche du Coudray que enseñó a Cyrano de Bergerac, Philibert de la Touche y el maestro Besnard que tuvo como alumno a René Descartes.

A finales del siglo XVI, es cuando la escuela francesa revoluciona la esgrima europea. Su evolución es vertiginosa y notable, con la aparición de dos armas, el florete (*fleuret*) y el espadín. Sería con el espadín en 1715 cuando los franceses desplazan a la espada *ropera* como arma de uso esencial por todo el continente europeo.

Con la aparición de esta nueva arma más ligera, la esgrima permitió realizar movimientos más fluidos, elegantes y rápidos, convirtiéndose la escuela francesa a lo largo del siglo XVIII en el referente dominante de la esgrima en Europa. Así lo demuestra el hecho de que el maestro italiano Domenico Angelo que desarrollaba sus enseñanzas en Inglaterra escribió en francés su obra *L'ecole des Armes* (1763). Esta tendría una repercusión inmediata en la enseñanza de la esgrima, convirtiéndose en el manual a utilizar por excelencia, durante los cincuenta años siguientes, es decir cuando se hizo latente la presencia napoleónica.

La escuela inglesa. Fue en el siglo XVI durante la época Isabelina cuando los ingleses irrumpen en la esgrima europea. Entonces surgirían dos importantes personajes, el caballero George Silver que escribió *Paradoxes of Defence y Brief instructions upon my Paradoxes of Defence* (1599). Aunque no fue reconocido como maestro de esgrima, siempre estuvo muy ligado a ella. Sus escritos sobre el manejo de la espada y sus posteriores enseñanzas, fueron muy relevantes en Inglaterra. Además desarrolló un papel muy importante en la *Corporation of Masters of the Noble Science of Defence* de Londres, que fue creada durante el reinado de Enrique VIII.

El otro fue el maestro de esgrima Joseph Swetnam que escribió el tratado de esgrima *The School of the Noble and Worthy Science of Defence* (1617) y además tuvo el honor de ser el instructor de el Príncipe de Gales Enrique Federico.

A pesar de estas dos importantes incorporaciones para el arte de la esgrima, en Inglaterra no llegarían a desarrollar un estilo propio, utilizándose una mezcla de los demás estilos europeos.

En cambio, los ingleses dan un giro con respecto al uso de la esgrima y los beneficios de su práctica. En el siglo XVII John Locke, médico, filósofo y pensador en el llamado Siglo de las Luces, dijo de la esgrima en su tratado *Pensamientos sobre la Educación*, "que todo hombre bien educado y de honor debería de adquirir esa habilidad por sus ventajas con respecto a la salud."

La reflexión de Locke dejaría una profunda huella y es entonces cuando en el siglo XIX el escocés Sir John Sinclair escribe su *Código de Salud y Larga Vida*, en el que dice "el arte de la esgrima es el ejercicio más conveniente para las clases distinguidas y para la conservación de la salud. Sus movimientos rápidos, ágiles proporcionan al cuerpo, rectitud, firmeza, equilibrio y una flexibilidad extraordinaria para los músculos."

Es a lo largo del siglo XIX cuando en Inglaterra la esgrima se iría convirtiendo por sus beneficios para la salud, en una actividad puramente deportiva, destacando como espadachines Egerton Castle y Alfred Hutton. Aunque todavía las altas esferas de la aristocracia y los oficiales del ejército, mantuviesen la costumbre de retarse a duelo, este hábito desaparecería progresivamente a favor de otra arma, la pistola.

ENRIQUE

La escuela española. Con respecto a España, los primeros tratados aparecieron en el siglo XV, pero no se conserva ninguno. Sólo se tienen referencias históricas por haber sido citados en otras obras. En estas, se menciona al mallorquín Jaime Pons, quien con el apoyo de la Corona de Aragón, escribió en 1472 un tratado de esgrima en Perpiñán. Otro personaje representativo al respecto, sería el sevillano Pedro de la Torre, que en 1473 publicó *El manejo de las armas de combate*.

Jerónimo Sánchez primer padre de la esgrima española. Será a finales del siglo XVI cuando España se convierte en un serio competidor de la potente escuela italiana. Aparece la figura del sevillano Jerónimo Sánchez de Carranza, considerado padre de la esgrima española. Su obra se tituló: *De la Filosofía de las armas y de su Destreza y la agresión y defensa cristiana* (1582).

En este tratado, Jerónimo Sánchez realizó un estudio muy completo de geometría, matemáticas y filosofía para explicar los conceptos relacionados con la *destreza*. Su análisis revolucionó el mundo de la *esgrima*.

Jerónimo Sánchez fue un personaje importante en la escena española del siglo XVI apareciendo en un documento escrito por uno de los escritores más relevantes de la literatura española; Miguel de Cervantes. Fue en su obra *La Galatea*, en el Canto de Caliope: *Si queréis ver en una igual balança/ al rubio Febo y colorado Marte,/ procurad de mirar al gran Carrança,/ de quien el uno y otro no se parte./ En el veréis amigas plumas y lança,/ con tanta discreción destreza y arte,/ que la destreza en partes dividida,/ la tiene a sciencia y arte reduzida.*

Luis Pacheco de Narváez maestro de la destreza española. Como continuador de Jerónimo Sánchez, aparece su discípulo Luis Pacheco de Narváez, nacido en Baeza en 1570 y muerto en Madrid en 1640. Noble, militar y escritor, fue el maestro mayor de esgrima de Felipe IV. Fue considerado el máximo exponente de la esgrima española.

Escribió once tratados de esgrima, resaltando entre sus obras el *Libro de las grandezas de la Espada en que se declaran muchos secretos del que compuso Geronimo de Carrança* (1599), *Las Cien conclusiones o formas de saber de la verdadera destreza* (1608) y *Modo fácil y nuevo para examinarse los maestros en la Destreza de las Armas* (1625). Este último tratado revolucionó la *esgrima* en su época y le encumbró como un gran maestro de *destreza*.

Otras de sus obras fueron: *Engaño y desengaño de los errores que se han querido introducir en la destreza de las armas* (1635), *Advertencias para la enseñanza de la filosofía y destreza de las armas* (1639) y *Advertencias para la destreza de las Armas, así á pié como a caballo* (1642). En cuanto a esta última obra, se la considera interesante por ser la primera que se ocupa de la esgrima a caballo. Además, en 1635 publicó una novela de carácter costumbrista: *Historia ejemplar de las dos constantes mujeres españolas*.

Nuestro magistral Félix Lope de Vega, en uno de sus sonetos, deja constancia del maestro Luis Pacheco: *A la esfera de Marte reservada/ A solos Héroes de inmortal memoria/ llegó don Luis por última victoria/ de tanta envidia vanamente armada./ La pluma de las armas retirada,/ esta moral ocupa dulce historia,/ por dividir entre las dos gloria,/ emulación de su famosa espada./ A dos ilustres Damas asegura/ Marte en su esfera, y resplandece en ellas/ su aspecto y su virtud cándida y pura./ Las dos eran de Venus luces bellas,/ mas ya para guardar tanta hermosura/ en la esfera de Marte son estrellas.*

Por último, existe otra obra, también de 1642 pero publicada en Cádiz por Cristóbal de la Cala, con el título de *Desengaño de la espada y norte de diestros*.

Tras así confirmarlo las citadas referencias, por ahora se descarta la teoría de que los españoles crearon este arte de defensa y no hay ningún documento que así lo acredite.

Pero aparece la ropera. En cambio, existe un dato cierto, que pudo llevar a esta creencia. Se trata de la *espada ropera*, surgida en el Renacimiento español, utilizada para diferenciar esta espada de otra arma muy común en España y que era el *estoque*.

La *ropera* era una espada de hoja larga y recta que se esgrimía con una mano y que fue utilizada también en otros países. Su denominación de *ropera* se debe a que constituía en el caballero un acompañamiento de su ropa y como defensa personal.

La popularidad de la *ropera* quedó plasmada en la obra del gran escritor Juan de Mena, nacido en Córdoba en 1411 y fallecido en la localidad madrileña de Torrelaguna en 1456. En sus *Coplas de la Panadera* aparece la espada ropera: *Di, panadera./ Un miércoles que partiera/ el príncipe don Enrique/ a buscar algún buen pique/ para su espada ropera,/ saliera sin otra espera/ de Olmedo tan gran campaña,/ que con muy hermosa maña/ al Puerto se retrujera.*

Aunque la *espada ropera* fuese de origen español, no significó que solo fueran usadas en España. En Europa utilizaban una espada parecida. Así, en Italia, se conoció como *spada da lato* o *stricia* y en Francia como *la rapière*. Después, los ingleses, también la adoptaron. Y eso pese a que el maestro inglés George Silver fuera detractor de su uso, ya que, según él, constituía una tentación para tener continuos duelos.

Un dato curioso a tener en cuenta era, que cualquier espada que fuese llevada como complemento o acompañamiento ya era ropera, excepto las espadas de los militares, que se diferenciaban por tener una guarnición o empuñadura muy sencilla.

Hablando de guarniciones, evolucionaron en tres modelos; forma de lazo, de concha o de taza. Su función era la de preservar el puño al sujetar la espada. La de concha y la de taza eran las que mejor cubrían el puño. La de lazo, era la más elegante y del gusto español a pesar de que no protegía bien el puño. Se componía de un *gavilán* o cruz del mango que se adornaba con un guardamano en forma de arco para proteger los nudillos con uno o dos anillos perpendiculares al plano de la hoja de la espada. Esta guarnición de lazo, derivó en la de concha, ya que como se ha dicho no protegía demasiado y por tanto, se le añadió una placa, para mayor protección, lo que generó en la guarnición de concha, nombre que se debe a su forma.

¿Qué enseñaban las escuelas de esgrima?

La esgrima era la defensa personal, el arte marcial de la época y ayudaba a salvaguardar el honor de quien lo practicaba. No obstante, ya en España, las clases sociales más bajas llegaron a tener conocimientos de una modalidad que se conocía como *esgrima vulgar*, que les sirvió para robar, asaltar y, cómo no, para matar.

En el siglo XVII, la esgrima fue una enseñanza necesaria para los miembros de la guardia real y para los soldados de los tercios españoles que adquirieron una gran maestría en su uso, aterrizando al enemigo. Lo más básico de la *destreza*, empezaba por explicar el significado de la *destreza*, la *treta* y sus diferencias.

ENRIQUE

En la esgrima española se elaboraron diversas tretas, dependiendo de la lucha y que fueron:

Con Espada Sola se conocen hasta 30 tretas:

La estocada de puño, Cornada, Botonazo, la Zambullida, la Manotada, la Estocada a la Mano, la Enarcada, la Engavilana, la Torneada, Remesón, Golpe de Espada, Llamar, el Quiebro, la Final, la Garatusa, la Ganancia, la Reganancia, la Tentada, el Arrebatar y Tajo, el Codazo, el Brazal, el Canillazo, la Treta Doble, Tajo Horizontal, Revés Horizontal, Tajo Ascendente, Revés Ascendente, la Escampavita, la Irremediable, y la Defendida.

España fue pionera en crear una nueva forma de lucha cuerpo a cuerpo que resultó ser más peligrosa y mortífera y que se conoció como la lucha de Espada y Daga. En esta modalidad se conocen 5 tretas:

La Encadenada, Empanada o Corbetera, Espinillazo, Manotear, y Encomendada.

Y por último, no podemos olvidar la lucha de Espada y Capa, también de cosecha española, con 2 tretas:

Encapar al enemigo y arrojar la capa sobre la espada.

Una vez que los conceptos quedaban claros, se pasaba a conocer los puntos débiles del hombre. Después se aprendían los diferentes movimientos de la espada. Según los tratados de la época, seis serían los movimientos simples de una espada: violento, natural, remiso, de reducción, extraño y accidental.

¿En España siempre se conoció a esta forma de luchar como destreza? No; en España existía lo que se conocía como *esgrima común o vulgar*. Después, con la aparición de los tratados ya mencionados, empezó a llamarse *destreza*.

La esgrima común que había en España, en sus principios, era igual a la de otros países europeos, si bien, era hermana de la escuela italiana, aunque ambas presentaban algunas diferencias, sobre todo en lo táctico. Y precisamente esta particularidad es la que provoca que aparezcan tratados españoles, donde se hace un estudio profundo de las diferentes técnicas o tretas, a través de la evolución y tamaño de las armas.

¿Fue verdad que Francisco de Quevedo retó y ganó al maestro Pacheco? Lo que parece claro es que el maestro Pacheco nunca fue vencido y hasta la fecha no existe documentación que lo acredite. Por ello, Quevedo no le venció y ni tan siquiera se cree que hubiese intentado retarle. Toda esta leyenda obedece a un ferviente seguidor, quien también sería su biógrafo.

Su nombre Juan Pablo de Tarsia, nacido en la localidad italiana de Puglia allá por el 1619. Parece, que aprovechó el tirón mediático de Quevedo para ensalzar su figura, llegando a resaltar un acontecimiento que no ocurrió en realidad, pero que él quiso immortalizar en la figura de Don Francisco, de la siguiente manera, en su biografía: *Hallóse Don Francisco en un concurso de los mayores Señores de la Corte en casa del Presidente de Castilla, dónde arguyó sobre las cien conclusiones de la destreza de las armas, que sacó Don Luis Pacheco de Narváez, Maestro, que fue del Rey nuestro Señor en esta profesión, y mayor en los Reynos de España; y después de aver discurrido algunos, e impugnado las conclusiones, salió Don Francisco contradiciendo la que en un genero de acometimiento dezia no aver reparo, ni de-*

fensa; y para la prueba, combidió al Maestro, á que tomasse con él la espada; el qual, aunque lo reusava, alegando, que la Academia se auía juntado para pelear con la razón, y no con la espada, obligáronle sin embargo los Señores á salir con ella, y al primer encuentro le dio Don Francisco en la cabeza, derribándole el sombrero. Retiróse el Narváez algo enojado del suceso; y Don Francisco, para sazonar la fiesta, dixo: Probó muy bien el señor D. Luis Pacheco la verdad de su conclusión, que á uer reparo en este acometimiento no le pegara yo.

No existió tal reto. Los biógrafos actuales que han estudiado la vida de Quevedo dan una serie de pistas que aclaran este suceso. Lo primero, es que Juan Pablo de Tarsia nació en 1619, llegó a Madrid entre los años 1645 y 1647. Por ello, no pudo estar en la hipotética provocación de Quevedo contra Pacheco en un acontecimiento histórico de 1608 en la casa del Presidente de Castilla.

Tampoco existen documentos en los que Quevedo hubiese reflejado tal hazaña. En cambio sí se sabe que era malicioso, violento, fanfarrón, pero no parece que tuviera destreza con su espada.

Otro dato es que Quevedo, a diferencia de Miguel de Cervantes y de Lope de Vega, que sí tuvieron instrucción militar, careció de ella y tampoco luchó en ningún campo de batalla. Además, señalan sus defectos físicos, cojo y corto de vista, considerando una locura haberse enfrentado con el mejor.

Lo que parece cierto es que tuvieron rencillas. Quevedo fue denunciado ante la Inquisición por Luis Pacheco por ridiculizar su arte de la *verdadera destreza* en varias de sus obras.. Estaba claro, eso sí, que cada uno de los supuestos contendientes eran unos maestros. Quevedo fue maestro de la pluma y utilizó magistralmente recursos, como la sátira y lo burlesco. En cambio, Luis Pacheco, aparte de ser un maestro de la espada, también lo era en la dialéctica y la lógica, utilizando esos excelentes recursos en la toma de medidas legales contra su rival.

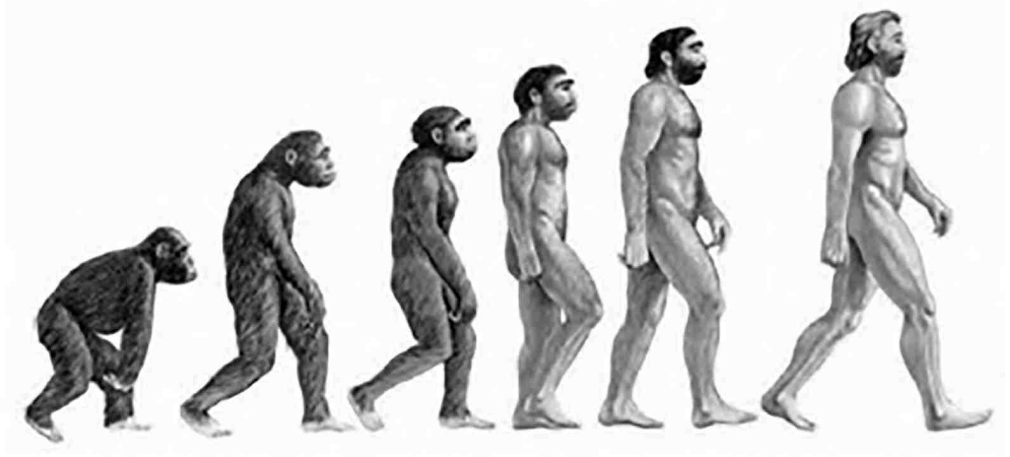
Llega el descanso eterno para ambos contrincantes. Al final, ambos rivales murieron, pero no por la espada. Mientras el madrileño Quevedo moría enfermo, en Villanueva de los Infantes, un ocho de septiembre de 1645, tras regresar de su destierro en el Monasterio de San Marcos de León, Luis Pacheco moría arruinado, un cinco de diciembre de 1640, en su casa de la calle Huertas del madrileño barrio de las Letras, siendo enterrado en la cercana iglesia de San Sebastián.

Nadie podía imaginar que Luis Pacheco fuese a morir pobre, pero así fue, no sin antes dejar constancia de sus avatares y del abandono que sufrió al final de sus días, por parte del rey. En un escrito de su obra *Advertencias para la enseñanza de la filosofía y destreza de las armas* confiesa: *El hombre que se entrega a los estudios no cura de su hacienda, pues he gastado la mía (que era más que mediana) sirviendo a S.M. en esta corte y fuera de ella, hasta conducirme a tan suma pobreza, que carezco (afirmolo con verdad) aun de lo que al más miserable mendigo le sobra, por no haber conseguido no sólo el premio de mi servir, pero ni aun el más limitado socorro para poderme alimentar un día.*

LA SALUD EMPIEZA POR LOS PIES

Angel Manuel GONZÁLEZ DE LA RUBIA
Podólogo experto en Biomecánica clínica y Ortopodología
Director del Centro Terapéutico del pie siglo XXI
Presidente de la Sociedad Española de Podología Deportiva AEPODE/SEPOD

Un poco de Historia. Hace aproximadamente tres millones de años, nuestros ancestros Australopitecos decidieron vivir erguidos y más tarde, unos 600.000 años atrás, el Homo sapiens ya caminaba de una manera muy parecida a la nuestra.



Según los expertos fue la necesidad de conseguir frutos más elevados, alcanzar con la vista un horizonte lejano o correr de una manera ergonómica, lo que propició el milagro de la bipedestación y, con ella, la evolución de todo nuestro esqueleto: pies, pelvis y columna. Gracias a estas coincidencias, pudimos también liberar las manos y convertirnos en Homo Habilis.

No fuimos los únicos en lograrlo, nuestro pariente cercano, el homo Neanderthal, también lo consiguió y al parecer era mejor corredor y más fuerte que el homo Sapiens. Incluso se cree que pudieron mezclarse, sin embargo, la mayor inteligencia del homo Sapiens, propició el trabajo en equipo y el exterminio de su gran competidor, el homo Neanderthal.

Parece consensuado que fue la necesidad de comer y no ser comido, lo que propició la mágica especialización de nuestro aparato locomotor, no conseguida por ningún otro ser vivo. Podemos afirmar que el milagro de andar erguidos es una cualidad exclusivamente humana, sin embargo y a pesar de los múltiples descubrimientos antropológicos que se vienen produciendo en los últimos años -Atapuerca es un claro ejemplo-, nos sigue faltando el individuo de transición, el llamado eslabón perdido.

Todos los huesos descubiertos en los distintos yacimientos arqueológicos, nos muestran restos humanoides que van completando el álbum familiar, pero en todo lo encontrado hasta

ahora, observamos, como eslabón anatómico distal del aparato locomotor, un pie de características muy similares a las del hombre moderno.

Sin duda nuestros antepasados poseían un pie mucho más ancho y vigoroso que el que presentamos actualmente y esto es fácil de entender imaginando como era su modo de vida, teniendo que caminar y correr largas distancias por diferentes terrenos y descalzos. Aunque cada vez en menor medida, todavía podemos encontrar en lugares de África o América tribus que viven descalzas, si bien es cierto, que en cuanto tienen la más mínima posibilidad, se fabricaran algún tipo de artilugio o calzado.

F. W. Jones describe los caracteres propios de la especie humana del siguiente modo: *“El pie del hombre es totalmente propio. Es distinto de cualquier otro pie. Constituye la parte más característicamente humana de toda su estructura anatómica; una especialización humana que, tanto si el hombre se siente orgulloso de él como si no, representa su marca más característica; desde que el hombre ha sido hombre y mientras siga siendo hombre, es y será reconocido por sus pies y diferenciado por ellos de todos los demás miembros del reino animal”.*

Hammurabi (2.000 a. de C.) en su famoso código, ya distinguía entre la práctica médica y quirúrgica, estableciendo sanciones para los errores de tratamiento y la compensación a los pacientes dañados.

Ciro, bajo su imperio se funda la escuela de sacerdotes médicos y surgen tres tipos de profesionales, los que curan mediante cuchilla, practicantes, los que curan mediante plantas, y los que curan mediante el exorcismo y encantamientos.

Hipócrates (460-375 a. C.) es considerado el padre de la Medicina, abarcando casi todos sus aspectos, patología, anatomía, fisiología, diagnóstico, enfermedad mental, ginecología, cirugía, dermatología, así como cuidados y tratamientos de los pies. El método hipocrático se basaba en cuatro principios:

- 1º. Observarlo todo
- 2º. Estudiar al paciente más que a la enfermedad
- 3º. Hacer una evaluación imparcial
- 4º. Ayudar a la naturaleza

Galeno escribe sobre los problemas que sufrían los romanos en sus pies y tratamientos de callosidades, quemaduras, ampollas y alteraciones de las uñas.

La primera reseña del podólogo actual data de la época romana, gracias a la fama adquirida por el pedicuro Cayus al curar los pies de Popea, esposa de Nerón y por lo que le otorgan la denominación de callista, siendo el rango que con posterioridad se le concedía a todas aquellas personas que ejercían la profesión, los cuales poseían un sello de matriz de bronce con la inscripción en relieve (Urien, 2007).

En la época de la dominación romana en España, aparece un antepasado del podólogo, como puede comprobarse en el sello de bronce que se conserva en el Museo de Ampurias.

ANGEL MANUEL

Junto al utillaje de cirugía encontrado en las excavaciones de la antigua Emporion (Ampurias-Gerona), compuesto en su mayor parte por fórceps, especillum, escarpelus y otros, tiene especial interés una pieza íntimamente ligada a la Podología. Se trata de un sello matriz de bronce de forma rectangular con la inscripción en relieve y en dos líneas del texto de un callista romano en el que se lee la inscripción "*L. SEXTILI. CALLISTI*" (**LUCIUS SEXTILI. CALLISTA**) que se sitúa entre los siglos I y III d.C.

Es la primera referencia histórica al nombre de **callista**. Posiblemente este sello se utilizó para grabar el nombre de Lucius Sextili en algún elemento de cera o arcilla.

Una vez desintegrado el Imperio Romano de Occidente, y la fragmentación de este lado de Europa en lo que se conoce como "reinos bárbaros", convierte a la iglesia en la única institución estructurada y organizada de forma similar a como lo fue el gobierno romano. En esta época, la medicina adquiere rango de disciplina superior y la iglesia organiza los centros de enseñanza de una medicina cristiana, basada en la filosofía y no en la práctica. La cúpula de la jerarquía está en Roma, convirtiéndose en la más poderosa de Occidente.

Fue una fase en la que se llegó a la conclusión de que curar heridas, componer huesos fracturados, abrir abscesos, sacar muelas, cortar callos y durezas, arrancar uñas... no se consideraba auténtica medicina, sino una práctica menor, estando ésta labor quirúrgica desempeñada por el cirujano barbero (Gentil, 1993; Ramos, 2000).

En el año de 1092, la Iglesia publicó un Edicto ordenando a los monjes que enseñaran el oficio de barbero a los miembros del servicio que vivían en los monasterios, para servir a los clérigos y ayudarles en las intervenciones quirúrgicas.

En el año 1163, en el Concilio de Tours, se publicó un Edicto donde se proclama que la Iglesia aborrecía la sangre, "*Ecclesia abhorret sanguine*", y prohibía a los eclesiásticos llevar a cabo operaciones quirúrgicas de cualquier clase.

Por otro lado camina la Medicina, que adquiere rango de disciplina universitaria; la Iglesia organiza los centros de enseñanza de una Medicina Cristiana, pero la Medicina que se enseña tiene mucho de filosofía y poco de práctica, pues la "práctica" y la cirugía quedan fuera de la Universidad. Curar heridas, componer huesos fracturados, abrir abscesos y bubones o realizar sangrados, no se considera auténtica Medicina, sino una práctica menor.

En un principio el cirujano era asimilable a barbero, entre sus atribuciones estaba el cotidiano afeitado. Con el paso de los años y la experiencia adquirida, el barbero va especializándose, dedicando su trabajo casi por completo a las labores de cirugía, dejando en manos de los aprendices las labores de barbería. Surge así la figura del *cirujano barbero*. Una característica de este cirujano es que trabaja en el medio urbano. Por debajo estaría el sajador, un trotamundos quirúrgico que iría por las villas y aldeas, ofreciendo sus servicios de cuchillo y cauterio, y a veces se atrevía a llevar a cabo otro tipo de intervenciones.

La misión de los cirujanos barberos era muy extensa: hacer sangrías, abrir abscesos, curar heridas, corregir huesos rotos o dislocados, sacar muelas, cortar callos y durezas.

Estas funciones las desempeñan en lugares tales como galeras, campos de batalla y hospitales. Además, los que adquieren más prestigio son maestros de futuros profesionales.

En la Edad Media, se entendía por clérigo al hombre letrado y de estudios escolásticos, aunque no tuviera orden alguna, en oposición al indocto y especialmente al que no sabía latín. Los cirujanos barberos a que nos referíamos anteriormente no hablaban latín, pero anhelaban el blasón universitario, queriéndose equiparar a los médicos latinos, para lo cual, primero imitan sus usos, atuendos y maneras, y algunos hablarán latín, usarán birrete y obtendrán diplomas y certificados. Estos son los *cirujanos latinos o de toga larga*, quedando por debajo de ellos los *cirujanos barberos romancistas o cirujanos de toga corta*, que no hablaban latín, ni habían estudiado.

En el año 1354, una Orden de Pedro IV de Aragón, determina que cada galeón que se hiciera a la mar, llevaría un cirujano barbero, y es curioso reseñar, que en el descubrimiento de América y a bordo de la embarcación La Pinta, marchaba un cirujano barbero llamado Maese Juan, como el cirujano barbero que participó, embarcado a bordo de La Pinta en el descubrimiento de América.



En España, en 1417, se promulga un reglamento de Hospital, filosófico-religioso, en el que aparecen claramente señaladas las funciones y responsabilidades del personal que trabaja en los hospitales. Entre otros describe las obligaciones de médicos, enfermeros y cirujanos barberos.

Operación quirúrgica (1631-1640). David Teniers.

Óleo sobre tabla 33 x 25 cms. Museo del Prado. Madrid

A principios del siglo XVIII (1717), Felipe V en una Real Cédula utiliza por primera vez el término de *Practicante o cirujano ministrante*, por lo que gracias al prestigio alcanzado, la profesión de cirujano se va significando para formar un gremio que se une al de los barberos, exigiéndose para ejercerla los estudios correspondientes de anatomía y práctica de disección. Estos profesionales ocupan el grado menor de la cirugía que quedará escalonada tras la citada disposición en tres niveles:

1.- *Cirujano Latino o de Toga Larga*. Se le exigen conocimientos básicos de latín y humanidades. Estudia en las Universidades. Pueden autorizar sangrías y evacuaciones sin participación médica.

2.- *Cirujano Barbero o Romancista o de Toga Corta*. Era enseñado en el oficio por maestros barberos y, hasta su formación, ayudaba.

3.- *Cirujano Ministrante o Practicante*. Podía realizar sangrías, colocar vendajes, extracciones de muelas, aplicar ventosas, realizar escarificaciones y cortar callos. En general podían realizar todas aquellas operaciones secundarias que no realizaba el Médico. Con estos comienzos, este artesano está autorizado para ejercer la cirugía menor o ministrante.

ANGEL MANUEL

Las posibilidades de recibir asistencia por un cirujano latino eran muy escasas para la mayor parte de las gentes; sólo los privilegiados, la nobleza y las altas dignidades eclesiásticas tenían acceso a esta élite profesional. La gran mayoría de la población, según su posición socioeconómica, recibía asistencia de un cirujano romancista, un cirujano ministrante, o un empírico sin titulación ninguna.

A medida que la Medicina y Cirugía aumenta en el nivel de conocimientos científicos, aumenta la exigencia en los conocimientos científicos del personal ayudante y se requiere una mayor cualificación técnica y científica, como colaborador imprescindible de la sanidad.

En esta época, siglo XVIII y durante el reinado de Felipe V, por influencia francesa, el Cirujano Mayor de la Armada, Juan Lacomba, crea en Cádiz la escuela de Practicantes en Cirugía, 20 años antes de que Virgili fundase El Real Colegio de Cirugía, precursor de la actual Facultad de Medicina.

Fuera de España, son conocidos los pedicuros que atienden a los reyes de Francia: Rousselot y Laforest. En 1762, Rousselot, publicó una obra titulada, “*Nuevas observaciones sobre el tratamiento de los callos*”, y en el año 1769, publica otra con el título de “*Tratado acerca de cuidar los pies*”, conteniendo un tratado sobre los callos, verrugas, durezas, sabañones, accidentes en las uñas y sus deformidades.

Trabajo recopilatorio a cargo del profesor D. José Ramos Galván

El Calzado y la Rueda. El ser humano siempre ha buscado la forma de proteger sus pies de las inclemencias meteorológicas y de la agresión del terreno, pero ha sido el hombre moderno el que lo ha conseguido de una forma más eficaz. Se han encontrado evidencias de esta premisa en las tumbas egipcias y civilizaciones posteriores, principalmente la romana.

Los romanos no sólo fueron revolucionarios en cuanto a la fabricación de calzado, también fueron capaces de cambiar el transcurso de las civilizaciones posteriores, con la invención de la rueda y las calzadas, lo que posibilitó un transporte más cómodo y rápido.

De alguna manera, si me lo permiten, el coche, el tren o el avión no dejan de ser invenciones que tienen como denominador común la rueda, al igual que ocurre con el carro romano, que revolucionó el mundo de las comunicaciones, pero al mismo tiempo fomentó una disminución en la actividad física de los ciudadanos de civilizaciones posteriores, que podían trasladarse de un lugar a otro con menor gasto energético y menor esfuerzo.

Adaptación Genética. No es mi intención valorar si esa serie de invenciones han sido positivas o negativas para el desarrollo de nuestro aparato locomotor, está claro que es muy complicado detener el avance tecnológico del ser humano. Lo que sí parece una evidencia, es que ese avance en los sistemas de locomoción, la invención y desarrollo de calzados cada vez más ergonómicos y la fabricación de superficies lisas y duras, por las que transitamos los ciudadanos en el mundo desarrollado, han provocado cambios genéticos en nuestro aparato locomotor y, más concretamente, en nuestros pies. Prueba evidente es la pérdida de movilidad de nuestros dedos por la disminución de tonicidad de la musculatura intrínseca y la atrofia llamativa del quinto dedo.

Los podólogos, pediatras y traumatólogos, constituimos el grupo selecto de profesionales de la salud que, por nuestro trabajo cotidiano, observamos muchos pies cada día, sobre

todo los que nos dedicamos a su estudio biomecánico. Podemos afirmar que la inmensa mayoría de nuestros pacientes tienen una fórmula metatarsal de index minus, o lo que es lo mismo, un primer metatarsiano más corto que el segundo y con mayor movilidad. Esto podría ser debido a la necesidad de adaptarnos, de manera óptima, a las irregularidades del terreno y propulsarnos eficientemente, en la fase de despegue metatarsal.

A pesar que llevamos relativamente muy poco tiempo pisando suelos firmes, duros y uniformes con nuestros pies embudidos en calzados severos, nos hemos acomodado estética y estructuralmente a esta nueva situación. Sin duda, la primera consecuencia de este cambio evolutivo sea el debilitamiento muscular, articular y ligamentoso que podría ser la causa por la que vemos tantos pies laxos, que a su vez permiten exceso de movilidad articular y el consiguiente estrés para el conjunto del aparato locomotor.

Sin ir muy lejos, los ciudadanos de mi generación entre los 50 y 60 años, pasábamos todo el día en la calle tras la salida del colegio, jugando, luchando, consumiendo un montón de energía y realizando un importante trabajo de psicomotricidad. Recuerdo que íbamos corriendo a todas partes y más tarde en bicicleta que reparábamos nosotros mismos. Actualmente nuestros hijos pasan largas horas en casa haciendo deberes o jugando con otros amigos con artilugios digitales, que seguramente despiertan la mente pero que invitan al sedentarismo y de mantenerse esta tendencia, que yo al menos no me atrevería a pronosticar, podríamos estar viviendo el inicio de un nuevo ciclo vital.

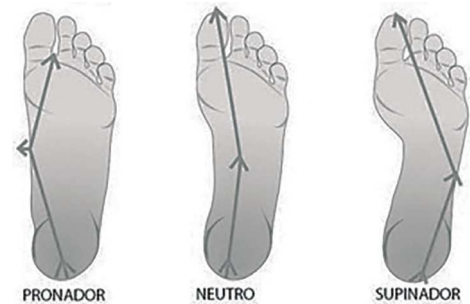
Y empiezan los problemas. Este aumento de la laxitud o flacidez parece ser la responsable principal de las desalineaciones articulares en pie, articulación subastragalina, de Chopart y Lisfranc, como la que conforma pie y tobillo (línea de Helbing) o entre fémur y tibia (eje femorotibial).

Dichas desalineaciones articulares van a propiciar una especie de reacción en cadena en forma de tensiones, compresiones y rotaciones que acabarán provocando patología tendinosa, muscular, articular y ósea en el pie y por encima del mismo, tobillo, rodilla, cadera y columna.

La artrosis además de ser motivada por factores hereditarios y hormonales, está relacionada con la longevidad y sobreuso articular, favorecida por dichas desalineaciones y debilidad musculoesquelética, al facilitar mayor desgaste óseo y articular.

Debido a la fuerza de la gravedad, vertical en sentido descendente, observamos que muchos individuos sufren continuas lesiones por el aumento en la deformación del mismo contra el terreno, y la reacción del suelo, vertical en sentido ascendente.

En el momento de despegue metatarsal, la presencia de esta fórmula de index minus no es la óptima para las superficies actuales, aceras de hormigón por las que transitamos. Este



ANGEL MANUEL

tipo de superficies, invitan a caminar de una manera uniforme, imposibilitando la necesaria alternancia en el trabajo musculoesquelético de nuestro aparato locomotor y, más concretamente, de su extremo más distal, nuestros sufridos pies.

Por este motivo, los grandes sufridores de artropatías de miembros inferiores, lo constituye el grupo de ciudadanos que trabajan de pie o bien someten al mismo a grandes cargas de trabajo, como los corredores de larga distancia, que además de devorar muchos kilómetros cada día, lo realizan sobre el asfalto, superficie casi tan perniciosa como el hormigón o la madera.

Y aparece el Podólogo. Ley Moyano, 1857, constituye el primer elemento regulador jurídico de todas las profesiones sanitarias, incluyendo la figura del callista dentro del campo profesional del Practicante en Medicina y Cirugía.

Decreto 727/1962, por el que se reconoce y reglamenta la especialidad de podología para los practicantes y ayudantes técnicos sanitarios.

Ley de ordenación de las profesiones sanitarias (2003). Los diplomados universitarios en podología, actualmente Grado, realizan las actividades dirigidas al diagnóstico y tratamiento de las afecciones y deformidades de los pies, mediante las técnicas terapéuticas propias de su disciplina.

Los podólogos vemos cada día en nuestras consultas hombres y mujeres con graves alteraciones en sus caderas, rodillas, tobillos y pies, como consecuencia de muchos años de andar de manera incorrecta, con calzado inadecuado y en malas condiciones de trabajo. Existen profesiones especialmente sensibles a este problema y me viene a la cabeza la figura del trabajador de hostelería, vigilante de seguridad, vendedores que trabajan de pie, etc.

En el ámbito deportivo, cada día tratamos practicantes de todo tipo de disciplinas, sobre todo corredores, que fruto de la repetición continua y constante del mismo gesto sobre la misma superficie, se ven afectados de un amplio número de lesiones.

Algunas de ellas sufridas directamente por el pie, como la temida fascitis plantar, en la que un mal apoyo o mala biomecánica del pie contribuye a un desequilibrio en cadena que puede favorecer la aparición de otras lesiones, como la periostitis, tendinitis Tibial, síndrome de fricción de la Cintilla Iliotibial, Trocanteritis, síndrome Piramidal, lumbalgias, etc.

La gran herramienta terapéutica del podólogo es el soporte plantar, la plantilla, aunque personalmente me parece más correcta la denominación “soporte plantar”, ya que se trata de ortesis correctoras de la estructura articular y para ello deberán cumplir el cometido de soportar el peso del paciente. Esta premisa no es fácil de cumplir, sobre todo por parte del género femenino, que en muchas ocasiones dará preferencia a un determinado tipo de calzado de tacón y punta estrecha, incompatible con un tratamiento ortésico eficaz.

En décadas pasadas se realizaban plantillas metálicas, de corcho, de cuero, de tipo gomoso o por elementos, colocando piezas sueltas con mayor o menor pericia y criterio orté-

sico. A menudo el tratamiento partía de una pedigrafía, imagen que contemplaba el pie en una sola dimensión, lo cual es poco ortodoxo.

Actualmente existen diversas técnicas captadoras del patrón del pie para la elaboración del tratamiento ortésico: espuma fenólica, obtención en directo, molde de escayola en carga y descarga, escaneo del pie en 3D, la fotografía tridimensional y las impresoras 3D.

Afortunadamente la revolución en cuanto a materiales se refiere, nos permite adaptar soportes plantares termoconformados de poco grosor y con gran resistencia a la fatiga.

La Cenicienta del cuerpo humano. Sin lugar a dudas, el Pie es el gran sacrificado del cuerpo humano. Se nos olvida rápidamente el protagonismo que tiene en la deambulación y que un día nos pusimos de pie para dominar el mundo.

No olvidemos que algunas teorías evolutivas afirman que fuimos cazadores por extenuación, por lo que nuestros pacientes ultramaratonianos no estarían tan lejos del esfuerzo realizado por el Homo Sapiens. Quizás el hecho diferenciador resida en la frecuencia y ritmo del esfuerzo, ya que probablemente nuestros antepasados corrieran por necesidad, para comer y no ser comidos, con periodos más o menos amplios de descanso para ahorrar recursos naturales, mientras que en la actualidad corremos cada día normalmente sin un fin determinado, simplemente correr por correr, impulsados por el deseo de sentirnos mejor o movidos por la corriente actual de mantener hábitos de vida más saludables, perder peso, mejorar nuestras cifras de colesterol, combatir el estrés de nuestra vida diaria o simplemente invertir para una vejez más saludable, sobre todo teniendo en cuenta que la edad de prevalencia cada vez es mayor.



El gran maltratado. Con el pie se han cometido y se siguen cometiendo verdaderas atrocidades, seguro que a todos se nos viene a la cabeza la figura de la geisha, con esos pies diminutos y deformes, fruto de la tradición consistente en vendar sus pies en edades tempranas para evitar su crecimiento. Esas niñas ahora ancianas, padecen serias invalideces y apenas pueden caminar.

La moda del calzado tampoco ha hecho mucho por el pie, más bien todo lo contrario. Pese a su vital función, porque de ellos depende la salud de nuestras articulaciones y estado de bienestar general, lo cierto es que buena parte de la población, sobre todo femenina, sigue ignorando aspectos básicos y fundamentales de su cuidado y necesidades.

La mayoría de las mujeres que acuden a mi consulta aquejadas de problemas y lesiones, fruto del deporte pero también del uso de zapatos incorrectos, desconoce realmente el tipo de pie que tiene y como debe ser el calzado ideal para el día a día y también para realizar la actividad deportiva.

ANGEL MANUEL

Sin llegar al extremo de las invalideces que provocó la cultura nipona al vendar los pies de las niñas para convertirlas en geishas, el calzado de tacón está claramente relacionado con la aparición de patologías, 72% en la mujer contra un 28% en el hombre.

Las patologías más frecuentes derivadas por el uso de tacón son el dolor de espalda, la artritis de rodilla, dolor en antepié y la aparición de juanetes y dedos en garra.

Por otra parte el uso de zapato de tacón está claramente relacionado con el absentismo laboral por accidentes in itinere, un 23% en la mujer contra un 12% en el hombre.

Los primeros modelos de sandalias eran de cuero y fueron descubiertos en la tumba del faraón Tutankamon, los romanos fueron revolucionarios en muchas cosas, muchas de nuestras leyes siguen rigiéndose por el derecho romano, pero además fabricaban sandalias muy similares a las que forman parte de la moda actual y han pasado 2000 años y las babuchas moras datan del siglo XII.

El calzado de tacón tuvo gran auge en la corte francesa del siglo XVI y curiosamente fueron los hombres los pioneros en su utilización junto a las pelucas. También las Amazonas, que colocaban un clavo en el talón para evitar perder el estribo del caballo y al bajar se veían más atractivas al andar de un modo más estiloso y esbelto.

Con la revolución industrial se inicia la mecanización del calzado y la fabricación por números y en el siglo XX aparecen los materiales modernos, destacando en 1971 la innovación del EVA como material absorbente y ligero y que hoy día sigue constituyendo la media suela de nuestras deportivas.

El calzado fisiológico. El Calzado habitual de calle debería adaptarse suficientemente al pie, permitiendo el movimiento libre de los dedos. Lo ideal es que esté realizado con piel natural, transpirable y suela de goma en invierno para ofrecer amortiguación y función antideslizante. El tacón no debería superar los 3 cm de altura de tacón para repartir convenientemente las presiones entre talón y antepié. Durante la estación invernal en países como el nuestro donde llueve y hace frío lo ideal es la utilización de botas o botines de tacón de base ancha.

Para muchas mujeres la alternativa al tacón es la manolecina y se equivocan nuevamente, ya que representa un calzado que no ofrece ninguna sujeción ni estabilidad y además la ausencia absoluta de tacón provoca gran estrés al talón, tendón de Aquiles y gemelos.

En la otra cara de la moneda estarían los zapatos de tacón, hasta 4 o 5 centímetros los podemos considerar de mediano riesgo para la salud, por encima de 5 y hasta 8 el riesgo sería elevado y de 8 a 12 centímetros este calzado debería estar absolutamente desaconsejado por el daño corporal que conlleva, sobre todo por el valor añadido de la puntera estrecha, provocando daño irreparable en forma de juanetes, dedos en garra, callosidades en planta y dorso de los dedos, luxaciones digitales, acortamiento del tendón de Aquiles y gemelo, hiperlordosis lumbar, hernia discal, dolor en rodillas al tener que andar con ellas en semiflexión con pasitos cortos, etc

En Inglaterra el sindicato de la mujer ganó un pleito contra empresas que obligaban a sus trabajadoras a utilizar zapatos de tacón. Afortunadamente en España empresas como Iberia han aplicado cierto sentido común en este aspecto, mejorando las características del zapato de las azafatas. Empresas como Adif son un buen ejemplo de cómo hacer las cosas, al contar con nuestro colectivo a la hora de idear el calzado de su personal. Nuestras fuerzas armadas también han mejorado considerablemente el calzado, tanto de calle como la bota de faena y el deportivo.

En verano es muy frecuente ver mujeres ataviadas con sandalias, una apuesta segura para combatir el calor y sentir la libertad que el pie demanda pero que supone un alto riesgo para el propio pie y el resto del aparato locomotor; para esta época estival contamos en la actualidad con calzado cómodo y ligero que permite expulsar el sudor, pero si finalmente optamos por este tipo de calzado, lo ideal es que ofrezca la mayor sujeción posible mediante tiras o cualquier otro sistema.

Seguramente ya habréis deducido que el calzado de calle ideal es el tipo casual del que poco a poco se va impregnando la sociedad, pero no es menos cierto que la moda y los hábitos sociales nos condicionan la forma de vestir y calzar.

La zapatilla deportiva tipo running constituye el calzado ideal por sus características de amortiguación y estabilidad. La industria del calzado deportivo ha sufrido una verdadera revolución con la incorporación de nuevos materiales que hacen que la mujer corredora sufra menos lesiones, en la actualidad tenemos zapatillas para cada actividad, para cada deporte, para cada tipo de pie, peso y superficie, pero finalmente lo que optimiza el calzado en general y el deportivo en particular, es la incorporación de la plantilla personalizada o soporte plantar en caso de presentar alguna anomalía.

En la última década vemos como el mercado se viene impregnando de la utilización de calzado tipo “casual”, a medio camino entre el calzado habitual y el de uso deportivo, sin duda constituye una buena elección para la vida diaria, ya que permite ir bien calzado y poder asistir a nuestro trabajo diario sin las estridencias que podría provocar trabajar con cierta elegancia y deportivas, aunque esta es una cuestión que la sociedad norteamericana tiene bastante superada, los europeos más fieles al estilismo, todavía nos resistimos, aunque este aspecto también está cambiando.

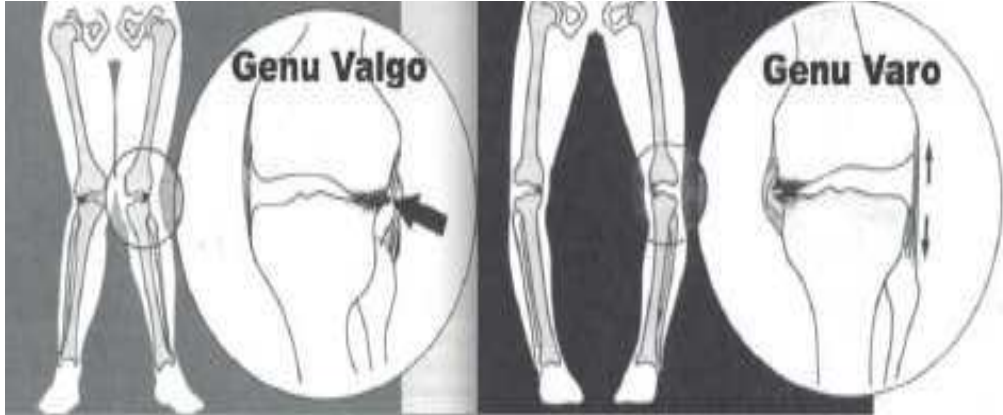
Se impone un cambio conceptual. El pie está conferido para actuar descalzo por la naturaleza, sin duda el uso del calzado junto con la invención de las superficies artificiales, duras y lisas, está provocando un cambio en la genética de nuestros pie, atrofiando en buena medida la musculatura intrínseca del mismo, buen ejemplo de ello es la pérdida de movilidad de los dedos de los pies de manera individualizada.

Sería aconsejable que nuestros hijos desde la edad más temprana, gatearan y anduviesen por arena y césped para provocar un desarrollo más acorde y natural de su aparato locomotor.

Si el pie es sufridor y transmisor del mayor porcentaje lesional del aparato locomotor, no se entiende como es objeto de maltrato por parte de la población en general y de algunos

miembros de la sociedad científica en particular.

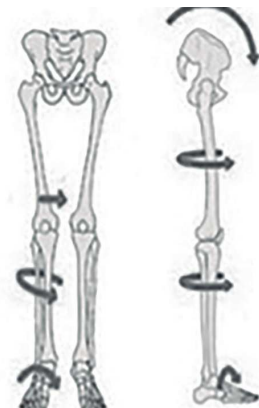
Cada día multitud de pacientes que pasan por la consulta del podólogo (niños, adultos, ancianos y deportistas), ven incrementado su nivel de salud gracias a la incorporación del debido soporte plantar, que en muchas ocasiones pudo haber sido colocado en edades tempranas, a partir de los 4 o 5 años de edad y la pregunta que se hacen muchos padres es: ¿se podría haber corregido?.



La respuesta podría estar en la corriente que existe desde hace algunos años, por parte de algunos profesionales de la salud, de no interferir en el desarrollo normal del niño y la recomendación de tratar ortésicamente sólo cuando existan cuadros dolorosos. Muchos de estos niños alcanzarán la edad adulta sin haber corregido sus errores estructurales y entonces aparecerán los problemas, que serán directamente proporcionales al grado e intensidad de la actividad.

Según los últimos estudios estadísticos realizados por diversos autores y con la ayuda de los actuales sistemas de análisis, una corrección precoz de los apoyos plantares, contribuiría a conseguir la reducción de estas anomalías estructurales en la edad adulta, mejorando el apoyo del pie y, secundariamente, del aparato locomotor. Está claro que un adulto con malos apoyos no tiene por qué padecer patología alguna si lleva una vida absolutamente sedentaria, pero el día que se propone dar un giro a su vida y empieza a andar o correr de manera drástica, aparecen normalmente las lesiones.

En Niños. El niño al nacer presenta un genu varo, rodillas arqueadas, que mantendrá hasta los 3 años, para pasar justo a lo contrario, genu valgo, hasta los 5 años y a partir de esa edad debería normalizarse esta situación y también el valgo fisiológico de sus pies.



Este periodo que oscila entre los 5 y 14 años, es precioso y preciso para tratar de corregir sus errores articulares. Es cierto que algunas alteraciones se corregirán con el desarrollo normal del niño, pero no siempre sucederá así y lo correcto es tratar de ayudar a mantener unos parámetros articulares congruentes y, si finalmente no se consigue, al menos habremos conseguido que el niño ande de la manera más fisiológica posible, como ocurre con la corrección de la vista o la dentadura, no entendemos por qué no se aplica el mismo rigor terapéutico al pie que al ojo o la boca.

En Adultos. En los pacientes adultos nos encontramos con alteraciones y patologías que se podrían haber evitado con medidas de prevención, que pasan nuevamente por la adaptación de soportes plantares específicos para la alteración estructural.

A diario el médico de familia recomienda andar a sus pacientes para incrementar su nivel de salud, mejorando el nivel de colesterol o glucosa, pero no podrán hacerlo debido a las alteraciones que sus pies han ido adquiriendo a lo largo de los años.

Muchas patologías como el dolor lumbar, hernias discales y artrosis de rodilla, por poner algunos ejemplos, constituyen patología derivada en muchas ocasiones de un error estructural de nuestros pies y consecuentemente en nuestra forma de pisar contra el terreno y lo realmente dramático es el desconocimiento que normalmente tenemos sobre la relación de nuestros pies con dichas patologías y su debida asistencia al podólogo para tratar convenientemente dichas alteraciones estructurales del pie y evitar las consecuencias sobre el resto de nuestra anatomía corporal.

En Ancianos. Cada vez conseguimos durar más años y lógicamente tienen lugar mayores cambios morfológicos y estructurales, en forma de déficit del riego sanguíneo, pérdida de masa muscular, disminución de la grasa plantar, alteraciones neurológicas, metabólicas, etc.

En el paciente anciano son de gran utilidad los soportes con elementos de descarga, soporte y absorción del impacto, que ayude a mejorar los apoyos plantares, disminuyendo el dolor y optimizando la deambulación.

En Deportistas. A pesar de tener un aparato locomotor equilibrado, el deportista de actividad media e intensa, suele sufrir lesiones fruto de la intensidad del esfuerzo, sobre todo a partir de los 30 años de edad. En este caso el soporte plantar ha de realizarse específicamente para el deporte en cuestión, valorando muy especialmente el tipo de calzado, la superficie de entrenamiento y competición y las características propias del deportista. El soporte plantar además de corregir cualquier deficiencia en cuanto a apoyos se refiere, tratará de optimizar el gesto deportivo.

La mala reputación. Quizás una parte importante de la mala prensa con que cuentan “las plantillas” como elemento terapéutico, venga determinada por la falta de coordinación del podólogo con otros profesionales, la complejidad del pie, la dificultad de adaptar dichas plantillas al calzado habitual, sobre todo en el género femenino y la ausencia de protocolos terapéuticos estandarizados.

La podología en nuestro país ha alcanzado un alto nivel de especialización, a la altura de las grandes potencias mundiales, podiatras norteamericanos, canadienses, inglés o australiano.

ANGEL MANUEL

El futuro. Las Unidades del Pie. La falta de sensibilidad por parte de las autoridades sanitarias, se pone de manifiesto con la ausencia del podólogo en el Sistema Nacional de la Salud SNS, como miembro integrante de la unidad del pie, que de forma tímida existe en algún centro hospitalario, pero sin la presencia del podólogo.

Como sabemos el pie es diana de todo tipo de patología (circulatoria, nerviosa, endocrina, metabólica, etc), unidas a las propias por su función de elemento de soporte y traslación. Se impone la multidisciplinariedad que funciona con normalidad en los equipos deportivos de alto nivel y de la que se ve privado el ciudadano de a pie, nunca mejor dicho.

Dudas y certezas. Algunos comentarios poco afortunados:

Si en dos años no se le ha corregido, mejor quitar las plantillas

Con los años se corregirá

Le duele por el crecimiento

El niño tropieza continuamente porque es torpe

Todos tenemos una cadera más alta que otra

Los futbolistas también pisan mal y meten muchos goles

Si se queda más tranquila póngale plantillas

El juanete se hereda

Las plantillas rígidas son sólo para niños

Estas plantillas son incorrectas, les falta la almendra

Sus plantillas son demasiado duras

No se las haga a medida, cómprelas en cualquier farmacia

Los podólogos siempre te hacen plantillas

Si te duele, deja de correr

Correr no es bueno

Con hernia de disco no se puede correr

Nuestro criterio:

La corrección se iniciará normalmente a partir de los 5 años, pero de manera excepcional en casos graves, en cuanto el niño sea capaz de ponerse en pie.

La corrección debe mantenerse hasta finalizar el proceso de crecimiento activo, hacia los 14 años, salvo que la evolución haya sido favorable.

GONZALEZ DE LA RUBIA

La corrección ortopodológica debe contribuir a prevenir y mejorar el curso de enfermedades, como las osteocondrosis, en que además del factor isquémico o vascular se postula el factor traumático como agravante y desencadenante del cuadro clínico.

Aunque existen niños con baja propiocepción o poco coordinados, casi siempre su inestabilidad y supuesta torpeza se debe a desequilibrios en sus piernas y pies.

Las desalineaciones estructurales de cadera deben ser compensadas para evitar problemas en columna vertebral.

Si tenemos que modificar la forma solo lo conseguiremos con materiales suficientemente rígidos, capaces de contrarrestar la fuerza de la gravedad.

Difícilmente una almendra o barra metatarsal de gomaespuma será capaz de elevar o abrir el espacio intermetatarsal, cuando son de utilidad tienen que ser realizadas a medida y con la dureza suficiente para que tengan cierta funcionalidad y ser soportadas por el paciente y por el calzado, tarea ciertamente complicada.

No todos nuestros pacientes salen de la consulta con plantillas, si bien todos podemos favorecerlos al adaptar el terreno que pisamos con nuestro tipo de pie.

Cada día son más los deportistas y sobre todo corredores, que pueden seguir ejercitándose gracias a un correcto soporte plantar.

Correr es una fantástica y cómoda actividad que cambia la vida de miles de personas, pero se impone la realización de un estudio biomecánico que detecte posibles alteraciones estructurales y concluya con la recomendación de calzado específico y soporte plantar, en caso necesario.

Una hernia de disco o condromalacia rotuliana leve, no tiene por qué suponer la negación al deporte, se trata de acomodar la actividad a cada persona y situación.

DE MADRID... ¡AL SUELO!, O LOS MINERALES MÁS “CASTIZOS”

“Fui sobre agua edificada, mis muros de fuego son”

Juan Miguel JIMÉNEZ MATEOS

Tecnólogo Senior, Dirección de Tecnología, Repsol S.A.

Introducción. Proponer unos cuantos minerales como los más característicos de una región, aunque sea una pequeña como Madrid, no es fácil. Siempre se pueden aducir argumentos para destacar uno u otro (interés científico, impacto económico, abundancia, belleza e interés para el coleccionista...), y, al final, la elección no deja de tener algo de subjetivo.

En este caso, como químico y aficionado a la mineralogía, me voy a permitir la “arrogancia” de seleccionar algunos de ellos como los más “castizos” o característicos de la Comunidad de Madrid, teniendo en cuenta principalmente aspectos históricos, en cuanto a la Mineralogía se refiere, y también económicos e incluso, y aquí viene mi arrogancia, mi parecer como coleccionista.

De todas formas, sirva esto como un pequeño acicate para conocer algo más de nuestra región, provincia, comunidad autónoma o como quiera que los políticos decidan cómo se denomina este territorio, y que Madrid, como Comunidad, tiene su lugar importante no sólo en la Historia y Economía por haber sido constituida como capital del más vasto imperio conocido y aún hoy de España, de haber sido el centro político de este país desde que Felipe II se “encaprichó” con la capital, sino también en otros aspectos tan importante como puede ser la Ciencia y su Historia.

Unas pocas palabras acerca de la historia -¡geológica!- de Madrid. No es posible hablar de minerales, especialmente en el sentido en que pretendo hacerlo, sin dar algunos apuntes, aunque breves y probablemente burdos a los ojos de los expertos, sobre la historia geológica de la zona en donde aparecen.

Y cuando se habla de geología, siempre tengo la tentación de comenzar como en los cuentos: “hace mucho, mucho tiempo...”. Efectivamente. Y aunque podría remontarme a hace unos 4.500 millones de años (lo que para cualquier ser vivo conocido pueda ser una barbaridad de tiempo, casi inimaginable), vamos a no “rizar el rizo” y dejémoslo en sólo unos 80 millones de años. “Sólo”... ¡Momento en el que a los dinosaurios aún le quedaban unos 15 millones de años de dominio sobre el planeta!

Bien, si viésemos un mapa terrestre de aquella época, nos costaría reconocer en él a la Tierra. Y todo porque la tierra, los continentes... ¡se mueven! Pues sí, los bloques de roca (que en jerga geológica se les llama “placas tectónicas”) que de una forma u otra constituyen los continentes y el resto de la parte lítica (la sólida, la que no es agua, ni aire, ni seres vivos) que podemos ver (incluyendo la que está debajo del agua) se mueven. Y aunque lo hagan con tremenda parsimonia (del orden de milímetros al año), no es difícil hacerse a la idea de lo monumentales (¡“continentales” más bien!) que son las colisiones que acaban ocurriendo.

De hecho, en estos choques tienen su origen la mayoría, si no todas, las montañas que podemos observar.

Tal como se puede observar en la Fig. 1, desde hace mucho, mucho tiempo, la Península Ibérica se desplazaba hacia el este sin estar ligada a ninguna placa continental, separándose de las placas que hoy constituyen Norteamérica, que se mueven hacia el oeste, movimientos que condujeron a la aparición (“apertura”) de lo que acabaría siendo el Océano Atlántico. Pero Iberia no era la única placa que se movía hacia el este. La placa euroasiática (lo que hoy sería el resto de Europa y la parte norte de Asia, sin contar lo que está al sur del Himalaya) y la africana también se encaminaban hacia el este, aunque con rumbos no paralelos, sino más bien convergentes con nuestra relativamente pequeña placa ibérica. Y al final ocurrió lo inevitable. Iberia colisionó con las otras dos grandes placas que la flanqueaban, Eurasia y África, quedando “apretujada” entre éstas.



Figura 1

¿Consecuencias? La aparición de “arrugas” sobre las placas y “costurones” en las zonas del choque, es decir, cadenas montañosas. En ese momento esto no sólo ocurría en nuestra zona, sino que también hubo sus choques, por ejemplo, entre Eurasia y el subcontinente indio, generando el Himalaya. Y también otras colisiones en otras partes de Europa, que entre otras formaciones, dieron lugar a los Alpes. De ahí que toda esta orogenia (formación de montañas, en jerga de los geólogos) se le denomine Alpina.

Centrándonos en lo que aquí interesa, que es nuestra placa ibérica, esta Orogenia Alpina dio lugar, por un lado, debido al choque con Eurasia, en el norte a casi toda las montañas de la cornisa cantábrica y especialmente a los Pirineos (el “costurón” entre Iberia y Eurasia) y por el noreste al Sistema Ibérico. Por otro, a resultados del “encontronazo” con África, el complejo Sistema Bético, que discurre desde el Golfo de Cádiz hasta las Islas Baleares. Su “alter ego” en África sería en cierta medida la Cordillera del Atlas.

En la gráfica se muestran las consecuencias de este colosal y parsimonioso (hay autores que proponen que aún dura) “baile a tres”. Las flechas indican los movimientos aproximados de las tres placas, mostrando claramente cómo la placa Ibérica queda “espachurrada” entre la Euroasiática y la Africana. Además, también puede verse cómo las cadenas montañosas citadas antes son más o menos perpendiculares a las direcciones en las que Eurasia y África aprisionan a Iberia: en las que principalmente son consecuencia de la colisión con Eurasia, y la verde por el choque con África.

Este no fue el primer episodio orogénico que ocurría en Iberia. Hace 380 millones de años, prolongándose durante 100, ocurrió otra orogenia, la Hercínica, cuyas montañas, cuando aconteció la Orogenia Alpina, estaban muy desgastadas debido a la erosión. Sin embargo, el efecto de ese choque de Iberia con África y Eurasia se propagó hacia el interior de la península, dando “nueva vidilla” a las envejecidas montañas hercínicas. En la jerga geológica, a esto se le llama “rejuvenecimiento”. Así, la Orogenia Alpina dio lugar además al rejuvenecimiento de algunas cordilleras previas con origen en la Orogenia Hercínica, como son Sierra Morena, los Montes de Toledo y el Sistema Central.

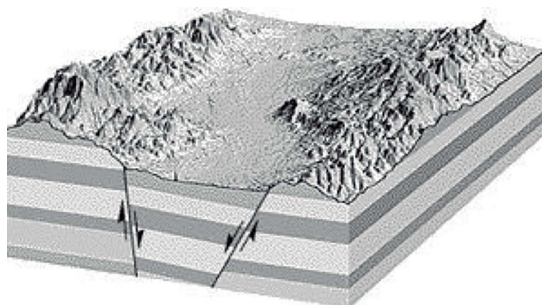


Figura 2

agua que iba llegando a esta cuenca desde las montañas que la rodeaban no tenía por dónde salir, constituyéndose entonces en lo que se denomina una cuenca endorreica (sin evacuación de sus aguas a un mar). En la Fig. 3 se puede observar la disposición de esta cuenca, delimitada tal como ya se ha comentado y, además, dividida en dos como consecuencia de la Sierra de Altomira, que la recorre de norte a sur: al este la Cuenca de Loranca y al oeste la Cuenca de Madrid.

Como se ha mencionado, la Cuenca del Tajo, y en particular la Cuenca de Madrid, son endorreicas, por lo que los sedimentos que iban arrastrando los ríos y la escorrentía en general desde los montes que las rodean acababan depositándose y acumulándose en ellas, al no poder acabar ser transportados hasta el mar. Más aún, durante los casi treinta millones de años (desde hace 34 millones de años -Oligoceno- hasta hace 5 -Mioceno-) en los que la Cuenca de Madrid fue endorreica, las temperaturas en la Tierra fueron bastante altas, superiores a las de ahora (ver Fig. 4), lo que llevó a que las tasas de evaporación de los lagos y pantanos de la zona fueran considerables, conduciendo a que las sales disueltas en estas masas de agua llegaran a concentrarse tanto que se hicieron insolubles y precipitaran (formaran partículas sólidas) en el fondo de esos sistemas lacustres (lagos) y palustres (pantanos). Esta deposición de sales crearon importantes depósitos estacionales de minerales que se denominan evaporíticos (formados como consecuencia de su insolubilización por evaporación del agua que los disolvía), como por ejemplo sulfatos, carbonatos y cloruros de calcio, magnesio, sodio, ciertos silicatos y sílices, etc., tal como se verá más adelante.

Y por fin vamos acercándonos al sitio que nos interesa: Madrid. Pues bien, este rejuvenecimiento hizo ascender al Sistema Central y los Montes de Toledo. Este efecto ascendente conlleva que la zona intermedia se deprima, descendiendo en su nivel, tal como se muestra en la Fig. 2. Tal juego de elevación y depresión da lugar a lo que se llama una fosa tectónica. Fosa tectónica que sería el origen de lo que hoy es la Cuenca del Tajo.

Pero no sólo es una fosa tectónica. Al estar prácticamente cerrada al oeste por la confluencia del Sistema Central y los Montes de Toledo, noroeste y sur por éstos, y al este por la Cordillera Ibérica, el



Figura 3

Un ejemplo actual de lo que ocurre cuando se tiene una cuenca endorreica sometida a temperaturas altas que llevan a una importante evaporación es el Mar Muerto, aunque la geología de esa zona es muy distinta a la que dio lugar a la Cuenca de Madrid.

Pero todo acaba cambiando. Por razones geodinámicas que ahora no viene al caso desarrollar, hubo como una basculación (aunque los autores actuales prefieren describir el proceso como un movimiento de bloques) de la península hacia el Océano Atlántico. Esto facilitó

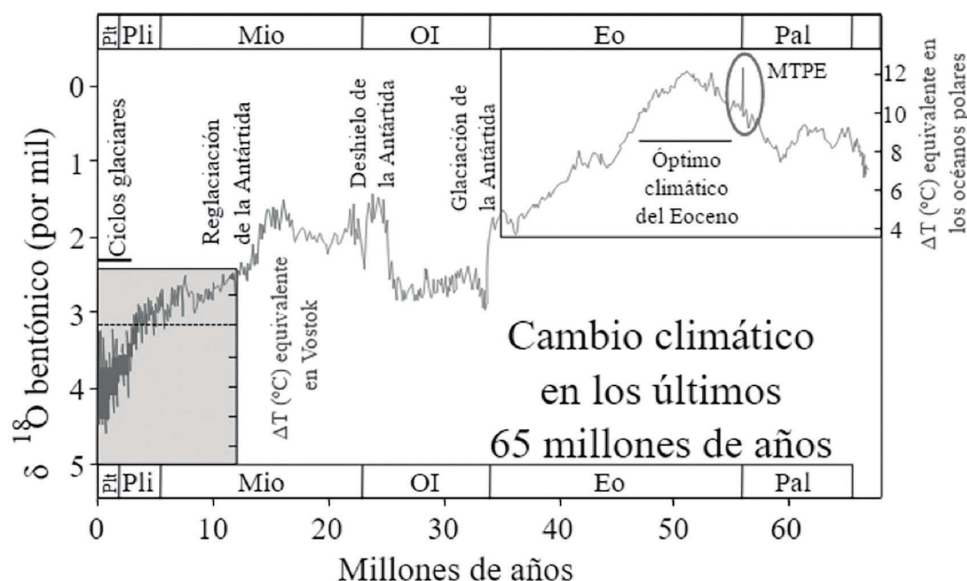


Figura 4

que los ríos pudieran verter sus aguas al Atlántico, formándose las cuencas fluviales de importantes ríos peninsulares, como Duero, Tajo, Guadiana y Guadalquivir. En cuanto a lo que aquí importa, la cuenca de Madrid consiguió una vía de desagüe hacia el Atlántico, el río Tajo, dejando de ser endorreica. Entonces las deposiciones de sales más o menos solubles cesaron, aunque fueron cubiertas por los sedimentos insolubles que seguían arrastrando los ríos y escorrentías desde los montes que delimitan la cuenca. En definitiva, generando la geología y el paisaje que hoy tenemos.

Bueno, ¿y cuáles son esa geología y ese paisaje que hoy tenemos? Si se echa un vistazo a un mapa geológico de nuestra Comunidad pueden distinguirse claramente tres zonas geológicamente muy diferentes, que por ende dan lugar a paisajes muy distintos. Y como una imagen vale más que mil palabras, en la Fig. 5 se muestran ejemplos de esas tres zonas, haciéndolas corresponder con las partes de un río, desde su nacimiento hasta que llega a la planicie. En la parte más alta de su curso, desde su nacimiento, el agua bajará con bravía, con mucha fuerza, dado que las pendientes serán bastante acusadas; por tanto, el agua será capaz de incluso arrancar y arrastrar no sólo sales disueltas y lodos y arenas, sino incluso piedras de tamaño nada desdeñable, que acabarán convirtiéndose en grava, cantos rodados y bolos (en jerga, trozo de roca de gran tamaño) aún mayores. Cuando llega al curso medio, las

pendientes son considerablemente más suaves, lo que permitirá la decantación de los sólidos más gruesos producto de la erosión, como son los cantos rodados, las gravas y las arenas, y posteriormente, conforme la pendiente se va suavizando en el curso bajo, los limos y arcillas. Y si ocurren episodios de alta evaporación, por ejemplo por altas temperaturas, sequía, etc., incluso la precipitación (es decir, la formación de partículas sólidas porque el agua ya no puede disolverlas) de sales más o menos solubles.

Pues bien, eso es justo lo que ocurre y se observa en Madrid. En la zona noroeste, donde están las montañas del Sistema Central y nacen los ríos, ocurre una fuerte erosión, que fue aún más intensa durante los episodios glaciares, al ser la acción erosiva del hielo bastante más acusada que la del agua líquida (Somosierra, Gredos, La Cabrera...). Conforme se alcanza el pie de la montaña (esa parte de Madrid a la que me gusta denominar dehesa: El Pardo,

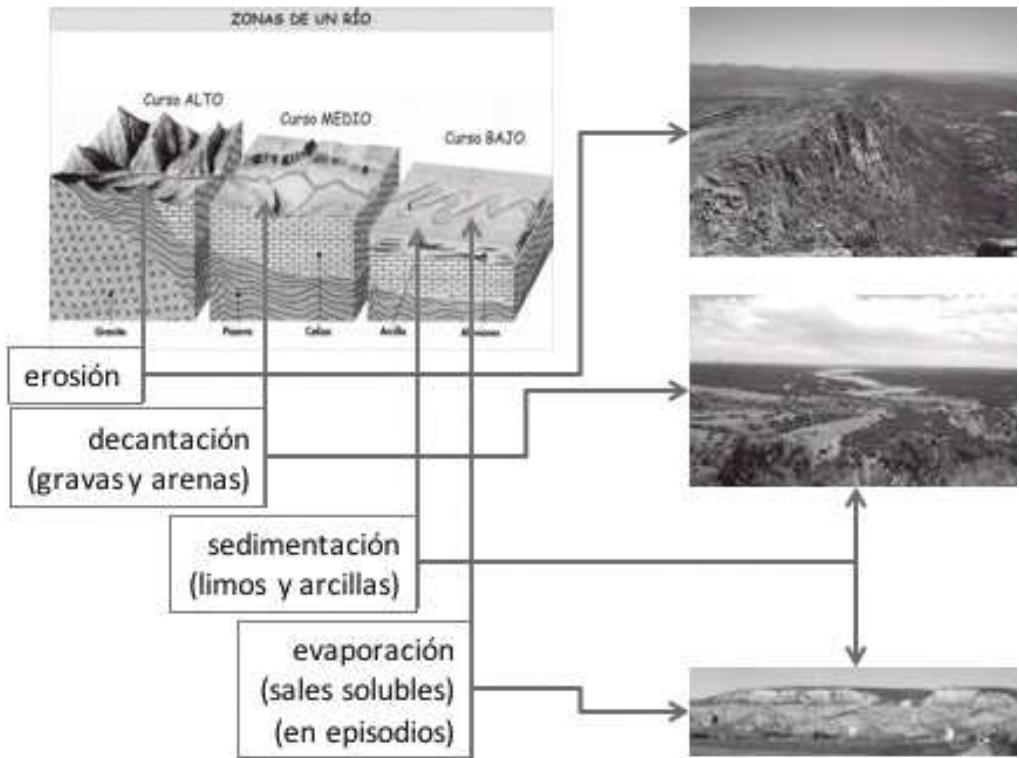


Figura 5

Colmenar Viejo, Hoyos de Manzanares, Brunete...), esos ríos van moderando su fuerza, y en consecuencia van depositando los productos de erosión más gruesos (gravas, arenas...) y más insolubles (carbonatos, algunas arcillas...). Y justo al llegar a la capital, en el entorno de las cuencas del Jarama y el Henares, el terreno acaba por aplanarse y es donde se depositan los sedimentos más finos (limos y arcillas), incluso hoy en día, lo que hace que las vegas de estos ríos sean las más fértiles de la provincia (Aranjuez). Pero más hacia el sur y sureste, a partir del Henares, es donde antaño estuvo ese lago salobre endorreico que sufría episodios de alta

evaporación y que dio lugar a depósitos muy considerables de sales (San Martín de la Vega, Villaconejos, Ciempozuelos, el sur de la propia capital...).

Así, resumiendo, tenemos al noroeste una zona montañosa, constituida por rocas ígneas (granitos, dicho sea de paso, probablemente de los de mejor calidad de España) y metamórficas (gneises, pizarras, cuarcitas...), una faja central, que discurre de noreste a suroeste cubierta de sedimentos (raña -cantos y gravas finas junto con arcillas-, arcillas, limos...) y al sureste una zona rica en minerales principalmente evaporíticos (yesos, sepiolita, ópalo y sílex, arcillas -especialmente esmectitas o bentonitas-, calizas, otros sulfatos, cloruros...) cubiertos en mayor o menor medida por sedimentos modernos (de menos de 3 millones de años) depositados por los ríos actuales.

Minerales madrileños y los más castizos. Son muchos los minerales identificados en Madrid. Tánago y Tánago citan bastantes más de 200 especies diferentes en su libro. Muchos de ellos pueden encontrarse por doquier en todo el mundo, como puede pasar con el cuarzo, abundante en Madrid, o la calcita, también habitual en muchos otros lugares y con mayor interés en cualquier aspecto, sea económico, científico, coleccionismo, etc. Igualmente, el yeso es muy copioso en Madrid, siendo la segunda región de España de mayor producción (8,3 %); pero otra vez, se trata de un mineral muy extendido, con yacimientos muy importantes por varias razones, tanto en España como mundialmente.

Otros que podrían ser interesantes no es que sean especialmente abundantes en Madrid, y hay zonas en donde estos minerales cobran mayor protagonismo, como pueden ser fluorita, granates, estauroлита, galena, esfalerita, minerales de plata, halita (sal común), etc. Otros, merecedores también de atención, aparecen sólo de forma anecdótica o con sólo interés coleccionista o científico, caso de las zeolitas que aparecen con el granito, la bavenita, la aerinita, etc.

Quizás la wolframita, por varias razones, históricas y económicas, podría haber sido un buen candidato, pero Madrid no fue nada más que otra de las zonas en donde se afanaron en obtener wolframio (hoy desgraciadamente denominado oficialmente "tungsteno") durante más de la primera mitad del siglo XX.

Pero en mi opinión, si realmente hubiera que escoger algunas pocas especies por las que Madrid pudiera "presumir" orgullosamente, es decir, los más "castizos", escogería cuatro, todos ellos resultado de lo que ocurrió entre el Oligoceno y el Mioceno en el sureste de Madrid (y también hay que decirlo, norte de Toledo): la glauberita (sulfato de calcio y sodio, $\text{Na}_2\text{Ca}(\text{SO}_4)_2$), el "tándem" thenardita/mirabilita (sulfato sódico, anhidro $-\text{Na}_2\text{SO}_4-$ o decahidratado $-\text{Na}_2\text{SO}_4 \cdot 10\text{H}_2\text{O}-$, respectivamente) y la sepiolita (silicato de magnesio hidratado, $\text{Mg}_4\text{Si}_6\text{O}_{15}(\text{OH})_2 \cdot 6\text{H}_2\text{O}$, emparentado con las arcillas).

¿Y por qué éstos? En todos los casos, por una parte, por su impacto industrial y económico: en Madrid se encuentran los mayores yacimientos mundiales de sepiolita, probablemente la de mayor calidad, y, respecto a los sulfatos, Madrid es una de las tres principales provincias productoras, junto con Burgos y Toledo, de España. Pero además, en el caso de la glauberita y la thenardita, también por su importancia histórica y científica, como se verá.

Por cuestiones de espacio y tiempo, en este artículo sólo se considerarán los sulfatos.

El mineral que debió llamarse "villarrubita" y se quedó en glauberita. El caso de la glauberita, en cuanto a su descubrimiento y descripción, es uno de esos casos que apenas a todo el que se sienta español, y recuerda con tristeza esa estúpida frase (por mucho que la di-

jera Unamuno) “que investiguen otros”, que desgraciadamente describe lo que fue este país durante los últimos siglos, Ilustración incluida, y que ha conducido a nuestro secular atraso científico-técnico como país, y que inexorablemente conduce al otro atraso, más doloroso por más cercano a todos, industrial y económico. Pero dejemos la filosofía y vayamos a la mineralogía.



Figura 6

fechar los estratos) y, naturalmente, la Mineralogía, además de ser Ingeniero de Minas. Éste es un claro ejemplo para soportar la hipótesis de que algo de hereditario debe haber en esto del Arte y la Ciencia, ya que su padre fue un reputado arquitecto (Alexandre Théodore) y su hijo (Adolphe Théodore) un reseñable, entre otras cosas, botánico. Él llegó a ser profesor de Historia Natural en la Escuela Central de Cuatro Naciones, predecesora en cierta forma del Instituto de Francia, y sucesor nada más y nada menos que de René Just Haüy, mineralogista y considerado el padre de la Cristalografía, en la Cátedra de Mineralogía del Museo Nacional de Historia Natural de Francia en París. Pero además de su trabajo como investigador y docente fue director de la “Manufacture Nationale de Sèvres” y fundador del “Museo Nacional de Cerámicas de Francia”.

Pero la muestra que utilizó para describir el nuevo mineral no la obtuvo él, quien probablemente permanecía en París alejado de los problemas y peligros en España. Su proveedor fue André Marie Constant Duméril (1774-1860), también prestigioso hombre de ciencia, destacando en Zoología. Parece que, aprovechando la ocupación francesa de España, anduvo por aquí, tomando muestras de una mina (el Castellar; en la Fig. 6 se incluye una foto de esta mina en 1950) de sal y sulfatos en Villarrubia de Santiago (Toledo), a pocos metros al sur del límite con la provincia de Madrid. Pero no sólo mandó muestras de esa localización, sino también de Ciempozuelos, tal como se cita en el trabajo original de Brongniart (Fig. 7). De hecho, Alfonso de Areitio y Larrinaga, en 1873, propuso la existencia de un nuevo mineral, la “ciempozuelita”, a partir del análisis de una muestra procedente de las Minas del Consuelo (consideradas entonces en el término de Ciempozuelos pero ubicadas, al menos actualmente, en el de Chinchón), de composición $\text{Na}_6\text{Ca}(\text{SO}_4)_4$; sin embargo, estudios posteriores apuntan a que tal especie no existe,

La glauberita fue descubierta, o como yo prefiero decir, fue descrita por primera vez (probablemente, minerales como éste se conocían desde muy atrás, pero nunca antes habían sido descritos) en 1808, justo cuando comenzaba la ocupación francesa, por el científico e ingeniero francés Alexander Brongniart (1770-1847). Como buen ilustrado, dominó varias ciencias, desde la Química hasta la Botánica, pasando por la Zoología (introdujo una nueva clasificación de los reptiles), Paleontología (fue un gran experto en trilobites), Geología (desarrolló los marcadores fósiles para

JOURNAL DES MINES.

Nº. 135. JANVIER 1808.

M É M O I R E

Sur une nouvelle espèce de Minéral de la classe des sels, nommée Glauberite.

Par ALPH. BRONGNIART, Ingénieur des Mines, et Directeur de la Manufacture Impériale de porcelaine de Sèvres (1).

La substance minérale que je vais faire connaître appartient à la classe des sels. Ce n'est point un sel simple, mais ce n'est pas non plus un sel à double base; elle offre l'exemple encore unique dans la nature de deux sels complets qui paraissent être réellement combinés, et constituer une espèce minérale bien caractérisée par sa forme cristalline particulière, et par plusieurs propriétés physiques assez remarquables.

Paroi les misérables rapports d'Espagne par M. Dumeril, et que ce naturaliste a bien voulu

(1) En à l'Institut le 28 Mars 1807.

Figura 7

y que en realidad Areitio llegó a esos resultados por no haber trabajado con una muestra pura, sino probablemente una mezcla de glauberita y thenardita.

Después de todo lo anterior, habrá que preguntarse por qué Brongniart escogió tal nombre para la glauberita y no la “bautizó” “villarrubita” (práctica muy habitual en esto de la mineralogía de dar el nombre a una nueva especie a partir del topónimo del yacimiento de donde se tomó la muestra), “brongniartita” (también es habitual cierta egolatría en este mundillo)... Pues sencillamente porque desde el siglo XVII se conocía la versión sintética del sulfato sódico (o sal de Glauber), descubierto por Johann Rudolph Glauber (1604-1670), químico (yo diría más bien alquimista) y farmacéutico alemán del que se hablará más adelante. Dada la similitud de composición entre ambos compuestos, y la importancia como químico de Glauber, es razonable que Brongniart decidiera bautizar al nuevo mineral como “glauberita”.

Este mineral es bastante común en el sureste de nuestra región y, como ya se ha mencionado, la parte colindante de la provincia de Toledo (especialmente la comarca de La Sagra). De hecho, en esta zona aún queda un yacimiento en explotación: Santa Marta, prácticamente el mismo yacimiento que el de la propia Mina de El Castellar, de Villarrubia de Santiago, y las explotaciones de SULQUISA Fátima I y II situadas justo sobre el límite entre Colmenar de Oreja y Villaconejos (naturalmente en Madrid).

La explotación de los yacimientos de este mineral puede hacerse de dos formas. La empleada por SULQUISA en Colmenar de Oreja consiste en construir unas balsas sobre el propio yacimiento, retirándose el recubrimiento de materiales estériles (suelos de labor, yesos, anhidritas, margas), materiales que se reservan para posteriores fases de restauración. Las primeras 3-5 capas de glauberita se extraen por excavación, sólidas. La siguiente capa de mineral no se excava, sino que se extrae disuelto en agua. Con voladuras de baja intensidad se genera porosidad en el lecho, de forma que el agua pueda circular a través del depósito. Una vez hecho esto, se instalan tuberías verticales y horizontales a su través. La balsa se riega por aspersión con agua dulce, la cual disolverá y lixiviará hacia abajo el sulfato sódico, produciendo en la parte inferior del yacimiento una salmuera que se drenará por bombeo a través del entramado de tuberías a la planta de tratamiento. Atrás quedará un residuo de sulfato cálcico sólido. Finalmente, el espacio vacío generado al disolver el sulfato se rellena con el material previamente acopiado en el exterior. Por otra parte, la salmuera extraída se concentra y se termina secando por evaporación al vacío, rindiendo sulfato sódico seco.

El otro método de explotación, que es el seguido por Santa Marta en Villarrubia aprovechando el talud hacia el río Tajo, se denomina de “cámara y pilares”. En este caso, los estratos de sulfatos quedan a la vista en el talud, por lo que puede procederse a excavar una galería y continuar hacia dentro y lateralmente, dejando columnas que sustenten la techumbre (ver Fig.8). Un buen y bello ejemplo de este laboreo es el de las Minas del Consuelo, en Chinchón, aunque muy próximas a San Martín de la Vega, abandonadas hace ya más de un siglo, y cuyo acceso no está restringido. En este caso, el talud da al río Jarama. Resulta espectacular entrar en la cámara sostenida sobre sus macizos pilares, bandeados por un blanco intenso y destellos especulares, debidos a los cristales de glauberita de la mina, y

poder observar los distintos estratos que se fueron acumulando en los diferentes periodos estacionales acacidos.

Un ejemplo del papanatismo español: thenardita. El sulfato sódico (NaSO_4), bien en su forma hidratada (mirabilita, y de la que escribiré más adelante) bien anhidra (thenardita;) es otra de esas sales evaporíticas muy común de la zona sureste de nuestra Comunidad.

Por fin, un mineral tan emblemático para nuestra región, fue descrito por primera vez (o “descubierto”) por un español (salmantino a más señas), José Luis Casaseca y Silván (1800-1869), en 1826, a partir de material procedente de las Salinas Espartinas, de Ciempozuelos. Lamentablemente, tal como apunta

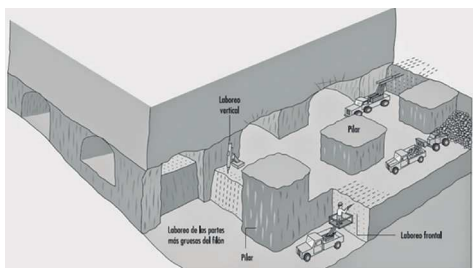


Figura 8

el epígrafe, se está ante uno de los casos de papanatismo tan propios de este país, en donde lo de fuera siempre es más reconocido que lo de dentro. En vez de llamar a esta nueva especie mineral “ciempozuelita” (¡pobre Ciempozuelos, siempre se queda en “puertas”!), “espartinita” o incluso “madridita” (lo cual para los madrileños hubiera sido una buena oportunidad de equipararse con Andalucía -por la andalucita- o Aragón -aragonito-, aunque en esos casos la denominación fue errónea), al buen hombre no se le ocurrió nada más que denominarlo como “thenardita”, en honor a Louis Jacques Thénard (1777-1857), francés y con nada que ver con España, Madrid y este mineral, salvo que fue admirado profesor de Casaseca. No obstante, Thénard fue un gran químico y farmacéutico, con hechos tan relevantes como descubrir el elemento boro y el peróxido de hidrógeno (agua oxigenada), y por tanto merecedor de que un mineral lleve su nombre.

Pero hablemos sobre Casaseca. Éste fue químico industrial, y detentó puestos de prestigio no sólo en la Metrópoli (catedrático de Química en el Real Conservatorio de Artes de Madrid en 1827, y también director de la Real Fábrica de Gas entre 1832 y 1833) sino también, y especialmente, en Cuba. Casaseca se sentía, sorprendentemente, frustrado por el bajo nivel tecnológico y científico de España (en este caso sí que Unamuno estuvo atinado con su frase “me duele España”), expresando admiración en cambio por el modelo inglés (difícilmente se me ocurre que un inglés ponga a un descubrimiento suyo el nombre de un francés...), lo que le llevó a emigrar a Cuba en 1836, cuando aún era colonia española. Una vez allí, fundó el Instituto de Investigaciones Químicas, en La Habana, y a partir de aquello es considerado el padre de la Química Cubana.

Y siguiendo con nuestra thenardita, ¿de dónde sacó Casaseca las muestras con las que trabajar? Su proveedor fue Rafael de Rodas y Hoyos (1770-¿1846?), malagueño y que si hubiera vivido ahora se le calificaría como un típico “emprendedor”. Se formó y comenzó como letrado, pero pronto empezó su andadura como empresario. De hecho, este aspecto empresarial fue el que le llevara a tomar muestras de las Salinas Espartinas y mandarlas a analizar a Casaseca. Puso en marcha una fábrica de vidrio (para cuya manufactura, el sulfato sódico es una importante materia prima), que contó con Privilegio Real de exclusividad por cinco años

desde 1829, en Aranjuez, próximo a las salinas. Pero no sólo de vidrio vive el hombre... También en 1829 fundó una fábrica de artículos de latón, en las que fueran las antiguas Reales Fábricas de Bronce y Latón de Carlos III en Riópar (Albacete) y se hizo con la dirección de una empresa de comercio minero (Rodas y Cía.) en Madrid, que intervino en proyectos mineros tan significativos como algunos de los de la Sierra Almagrera en Almería. Además, no sólo fue un “emprendedor”, sino también lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que el desarrollo tecnológico, en este caso en minería, metalurgia y química, es clave para el desarrollo industrial, comercial y económico, por lo que pensionó al químico Duro y García durante varios años y manteniendo contacto con otros científicos e ingenieros. Y del mundo empresarial pasó al de la política, siendo electo en el Estamento de Procuradores por Málaga en dos legislaturas. Y de la política a la banca: en 1838 se le encomendó la dirección de la recién creada Caja de Ahorros de Madrid. ¡Una trayectoria que parece propia de estos tiempos!

Un merecido inciso: las salinas de espartinas. Y éste es un buen punto en el que hacer un inciso y decir algo sobre el “yacimiento tipo” (en la jerga mineralogista, yacimiento donde se ha recogido la muestra que ha servido para caracterizar y describir un mineral por primera vez) de la thenardita, las Salinas Espartinas (llamadas así por la abundancia de esparto en las inmediaciones), en el término municipal de Ciempozuelos pero casi en el de la toledana Seseña, en el Barranco de Valdelachica. Este paraje merece dedicársele algunas líneas por su importancia arqueológica, geológica, histórica, científica e incluso económica que ha tenido en algún momento o incluso aún tiene, por supuesto para Madrid, pero también a nivel español. Actualmente, se encuentra dentro de la zona C del Parque Regional del Sureste, ha sido declarado Bien de Interés Cultural desde 2006 por la Comunidad de Madrid y goza de protección arqueológica de grado A.

Estas salinas han estado en explotación desde, al menos, el calcolítico (en torno a unos 4.000 años), aunque hay indicios de su uso incluso durante el neolítico. Si esto fuera así, esta salina sería la más antigua en explotación de la península, junto con las de Imón en Guadalajara y Cardona en Barcelona. Pero, ¿por qué tanta importancia para una salina? No debe olvidarse que la sal es un componente clave para la alimentación humana, no sólo como saborizante y elemento nutricional indispensable sino, sobre todo, por ser el conservante por excelencia. De hecho, por algo será que la palabra “salario” proviene de “sal”, dado que ésta se usaba como “moneda” de pago, por ejemplo, a las tropas romanas. Si a eso se une que esta salina está justo en el centro de la península y por tanto a la máxima distancia de la costa, donde la sal se puede extraer del agua de mar, está claro lo importante que hubo de ser cuando los medios de transporte de mercancías no permitían ir a velocidades mayores de unos pocos kilómetros... ¡al día!

Se han encontrado restos romanos, musulmanes y cristianos en la salina o sus alrededores, pero no es hasta el siglo XII que ocurra su entrada en la Historia, a través de documentos escritos. Otro dato que revela la importancia de estas salinas es que la poderosa Orden de Santiago se avino a traspasarlas a la también poderosa Orden de Calatrava en 1.182 nada menos que a cambio de Ocaña, importante villa estratégica. La renta que proporcionaba la salina en aquel momento era de unos 100 cahíces de sal (casi 70 t), lo que podía rentar 100 maravedíes, equivalentes a unos 380 g de oro, es decir, casi 15.000 € actuales.

La producción en 1.635, momento de mayor esplendor de la explotación, fue de más de 1.000 t de sal. La producción fue menguando, especialmente después de los destrozos

realizados por las tropas del Archiduque Carlos durante la Guerra de Sucesión, y en el siglo XIX se estableció en casi 600 t.

El precio de la sal iba bajando conforme los precios del transporte se abarataban (lo que favorecía a la sal marina), haciendo que la rentabilidad de las salinas se resintiera. Sin embargo, el que Casaseca describiera la thenardita y confirmara en las salinas la presencia de sulfato sódico, producto clave en varios procesos industriales de entonces, especialmente los relacionados con la cerámica y vidrio como se verá, supuso su reactivación. De hecho, la razón por la que De Rodas mandó la muestra a Casaseca fue el interés en encontrar suministros de sulfato de sosa para sus negocios.

Pero las tecnologías seguían avanzando, y entre ellas las del transporte. La irrupción del ferrocarril acabó por abaratar sobremedida el transporte y por tanto el precio de la sal marina. Irónicamente, la línea férrea terminó por pasar justo al pie de las salinas (como aún hoy se puede comprobar), e incluso adueñándose de unas 300 eras (sobre 30.000 m²) de sus terrenos.

Por aquellos momentos, en 1869, derrocada Isabel II, la producción y venta de sal se liberalizó, aboliéndose el “Estanco de la sal”, que venían cobrándose y en vigor desde tiempos de Felipe II. Adicionalmente, los “servicios de Millones” impuesto supuestamente extraordinario y que gravaba ciertos alimentos (carne, aceite, etc.), fue exigido también a la sal por Felipe IV en 1626, siendo igualmente eliminado.

Para dar una idea del valor de estas salinas a finales del siglo XIX (1871), cuando fue subastada, dentro del programa de desamortización de Madoz, se adjudicó por 141.000 pesetas (casi 350.000 € de ahora). En aquella época se disponía de 12 balsas de evaporación, de las cuales se obtenía anualmente unos 30-40 vagones (alrededor de 2.000 t) de sal común y unos 15 (casi 1.000 t) de sulfato sódico.

A principios del siglo XX la producción seguía a buen ritmo. Como dato ilustrativo, se empleaban 16 trabajadores (la mitad de los cuales eran niños menores de 10 años, que cobraban la mitad que los adultos: 1,25 pts. al día, lo que podría equivaler a unos 13 €/día; para el adulto el jornal diario sería entre 2-2,5 pts., o sea, 20-25 €).

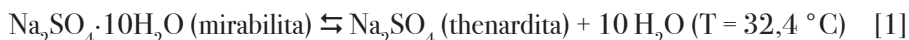
Y a partir de aquí, llega el declive. A finales de los años veinte del siglo pasado los ingresos pasaron de 44.000 pts. a sólo 8.000. Durante la Guerra Civil cesó la actividad, ya que las salinas estaban prácticamente en el mismo frente (aún pueden verse en los cerros próximos los restos de trincheras que controlaban la Cuesta de la Reina). Una vez acabada ésta, la actividad quedó reducida al laboreo de unas pocas familias, y aunque hubo intentos en los años cincuenta de reactivar la producción, reconstruyéndose algunas balsas, en los años 60 del siglo pasado las Salinas Espartinas dijeron definitivamente adiós a su dilatada vida activa, no sin antes haberse visto convertidas en unos estudios cinematográficos que tampoco tuvieron éxito.

No obstante, en el año 1926, las salinas tuvieron su momento de gloria al ser una de las excursiones (B-3) organizadas para los asistentes al XIV Congreso Internacional de Geología, celebrado en Madrid (Fig. 9).

Respecto a los modos de producción, éstos fueron cambiando con el tiempo. En la prehistoria, la sal se obtenía, además de aprovechando la que se acumulaba en charcos o riberas de arroyos al evaporarse el agua, en dos pasos. Primero, en grandes vasijas, se calentaba el agua salada, evaporando el agua hasta que la que quedaba estaba sobresaturada en sal. En este

momento, la salmuera se pasaba a recipientes más pequeños, que también se calentaba hasta evaporar toda el agua y dejar sólo el residuo salino. Para obtener la sal, se rompía la vasija (restos de las cuales se han encontrado en el yacimiento) y se sacaban las tortas de sal. Los dos procesos, concentración y cristalización de la sal, se hacían aportando sólo un mínimo de calor, para obtener así un producto de más calidad (con menos impurezas, más compacto, etc.). En esos tiempos también se usaron balsas, impermeabilizadas con arcillas, aunque principalmente con la intención de que las impurezas decantaran y se purificara la salmuera por tanto. En tiempos ya prácticamente históricos, se aprovechó la marcada dependencia de la solubilidad de los sulfatos con la temperatura para separarlos de la salmuera antes de proceder a la producción de sal; el agua conteniendo tanto sulfatos como cloruros se dejaba reposar en lugares frescos, donde precipitaban la mayor parte de los sulfatos, dejando una salmuera constituida casi por completo por sal, más apta en consecuencia para su uso alimentario.

En la Tabla I se da la solubilidad de la sal común (NaCl) y la del sulfato sódico, en función de la temperatura, entre 0 y 100 °C. Como puede observarse, mientras que la solubilidad del NaCl varía muy poco (357 g/L a 0 °C frente a 390 g/L a 100 °C), el sulfato sódico disminuye bruscamente su solubilidad por debajo de unos 30 °C. Además, justo a 32,4 °C es cuando se produce la transformación entre mirabilida (decahidrato) y thenardita (anhidro):



De esta forma, para separar de una salmuera el cloruro por un lado y el sulfato por otro, basta con jugar con la temperatura. Si esa disolución se mantiene fría, se formará mirabilita sólida, separándose de la disolución el sulfato. Una vez eliminado éste, basta con exponer la salmuera a temperaturas más altas en balsas con gran superficie para evaporar el agua y obtener sal común.



Figura 9

Este proceso es el que, con más o menos sofisticación, se ha venido empleando hasta el cierre de la salina, inicialmente para eliminar el sulfato, que se consideraba impureza (y que incluso tiene efectos “depurativos” o laxantes), pero a partir del siglo XIX, dado el interés y uso industrial de éste, para beneficiarse del mismo, además de la sal común. Así, en invierno, el agua se mantiene dentro de la mina, haciendo que se enfríe todo lo posible, por ejemplo, construyendo conductos de ventilación, de forma que los sulfatos se depositan en el interior de ésta; en verano se dejaba salir el agua (conteniendo casi exclusivamente NaCl) a las balsas de evaporación, para obtener la sal común. Por su parte, el sulfato se extraía de la mina.

El aspecto actual de la salina, aunque desafortunadamente bastante deteriorado por el abandono, es el que se conformó a partir del siglo XVI (excepto por los edificios, que han sido prácticamente arrasados). La salmuera provenía de dos manantiales o “minas”, la Grande y la Chica. El agua que manaba de ellas se conducía a través de canalones de madera (en los que se evitaba cualquier objeto metálico, para evitar la corrosión, y que en el siglo XX se sustituyeron por otros de uralita) dispuestos subhorizontalmente, para hacer que el flujo fuera lo más suave posible, hacia arquetas de decantación, para eliminar posibles sólidos en suspensión. Estos canalones se cubrían con losas de granito planas, para no permitir una evaporación prematura y la consecuente deposición de sales. De las arquetas, la salmuera pasaba a la llamada Balsa de San Miguel, en donde se caldeaba, posteriormente a balsas de evaporación para concentrar la sal, y finalmente a las balsas de cristalización, de donde definitivamente se podía cosechar la sal. En total, las balsas, 19 en el siglo XIX (actualmente sólo se conservan 4), suponían algo más de media hectárea.

La construcción de las balsas no era algo baladí, ya que se necesitaba que fueran estanques y, al mismo tiempo, resistentes a un medio tan agresivo como es una salmuera. Para la impermeabilización se empleaba arcilla mezclada y compactada con la propia salmuera. Para conseguir una adecuada cristalización de la sal, se empleaban tablados de madera y también guijarros de cuarcita partidos, sobre cuya superficie se facilitaba la cristalización de la sal. Las balsas se cercaban con madera o bien con esteras de esparto, sobre las cuales granaba la sal.

En definitiva, las Salinas de Espartinas son un precioso enclave de interés cultural, arqueológico, histórico, geológico, mineralógico e incluso ingenieril, en el que poder observar el proceso de producción de sal desde hace miles de años, y que desgraciadamente, poco a poco, se va perdiendo por el abandono en que se encuentra.

El mineral que difícilmente se podrá tener en una colección: mirabilita. La mirabilita ($\text{Na}_2\text{SO}_4 \cdot 10 \text{H}_2\text{O}$) es una especie de “alter ego” de la thenardita, ya que su composición es la misma salvo que aquella contiene una gran cantidad de agua formando parte de su estructura cristalina, como se deduce de su fórmula. Además, una se transforma en la otra con suma facilidad, aunque es la mirabilita la menos estable de las dos: a la más mínima variación de temperatura o humedad, se descompone. Por eso, es prácticamente imposible tenerla en una colección, ya que tarde o temprano se deteriora y destruye (a no ser que se guarde en el frigorífico en un recipiente hermético lleno de agua...). Y es una pena, ya que es un mineral bastante bello.

Sin duda, éste es uno de los minerales más habituales en el sureste de Madrid, y es el responsable, en la mayoría de las ocasiones, de esos regueros o costras blancos que se observan en los taludes.

El primer conocimiento que se tuvo de este compuesto no fue en su forma natural, sino la sintética. Como ya se apuntó al hablar de la glauberita, el descubridor (aquí sí, dado que fue el primero en sintetizarla) del sulfato sódico decahidrato fue el químico (o alquimista) y farmacólogo Johann Rudolf Glauber (1604-1670), personaje bastante pintoresco. En su faceta de boticario, experimentó con elementos tales como mercurio, arsénico, etc. Y como cabía esperar, murió relativamente joven, probablemente por intoxicación de sus “medicamentos”. Puede decirse de Glauber, que llegó a ser Director de la Botica real de Gießen, que fue el primer “químico industrial” (a pesar de no haber cursado estudios universitarios), y de hecho el primer químico conocido en la historia que pudo vivir con el simple fruto de sus conocimientos de química.

JIMÉNEZ MATEOS

La descripción que hizo de la síntesis de su “sal admirable”, tal como él denominó al sulfato sódico decahidrato, resulta bastante poética, con denominaciones para los reactivos o productos tan peculiares como “aceite de vitriolo” (ácido sulfúrico), “sal marina decrepitada” (sal común-cloruro sódico-anhidra) o “espíritu de sal” (cloruro de hidrógeno, en fase vapor-cuando está disuelto en agua se le llama ácido clorhídrico). Y en lenguaje químico:



donde el residuo sólido que quedaba no es otro que la tal “sal admirable”. Teniendo en cuenta que esta sal (también llamada sal de Glauber) es normalmente el “principio activo” de la mayoría de las aguas purgantes, a saber por qué “admirable” efecto la denominó así...

El descubridor “oficial” del mineral, de nuevo, es un francés del siglo XIX, Pierre-Armand Dufrénoy (1792-1857), cuyo nombre completo (un tanto cursi) fue Ours-Pierre-Armand Petit-Dufrénoy), geólogo, cristalógrafo y mineralogista, que fue profesor y director de la Escuela de Minas de París, catedrático de Cristalografía del Museo Nacional de Historia Natural y creador de la colección de minerales de este museo a partir de la de Haüy. Debe reseñarse que en 1843, junto con Élie de Beaumont, recibió la Medalla Wollaston, reconocido galardón otorgado por la Sociedad Geológica de Londres. Se considera que Dufrénoy fue el primero en describir (o “descubrir”) la mirabilita natural en 1856, a partir de muestras provenientes de Alcanadre (La Rioja), en donde existen yacimientos de evaporitas (yesos, sal, glauberita, etc).

Sin embargo, hay una cita previa acerca de un “mismo compuesto que la sal de Glauber” de 1724 por parte de Gilles-Françoise Boulduc, químico y farmacéutico francés interesado en productos medicinales varios, entre ellos los purgantes. Las muestras se las proporcionaron dos farmacéuticos madrileños (¡mira por dónde!), Luis Torrente y Félix Palacios (aunque natural de Corral de Almaguer, en Toledo, criado aquí). Éstos descubrieron (hacia 1716), junto con el médico personal del Marqués de los Balbases, que la sal que cristalizaba (“congelaba”, según ellos escribieron) en el entorno de la Fuente de la Cueva (en el paraje de Capanegra) y el arroyo al que daba lugar (en el Barranco de las Salinas), ambos en el entonces Vaciamadrid (perteneciente a la Villa de Vallecas en aquellos tiempos) tenía propiedades purgantes. En 1722 hicieron saber de su descubrimiento a un cirujano francés, un tal Burosse, que acompañaba a Felipe V al hacerse rey de España, y quien comenzó a comercializarlas no sólo en Madrid sino también exportándolas a Italia y Francia bajo la “marca” “Sal Catártica de España”. A su vez, Burosse puso en conocimiento de tal producto a Claude Burllet, que fue durante varios años Primer Médico de Cámara de Felipe V y presidente del Proto-Medicato (máxima autoridad médica de entonces en España). A partir de aquella información, Burllet presentó en 1724 una memoria en la Academia de Ciencias de París, informando acerca del uso de la sal, las características del manantial y sus propiedades purgantes. A la vez, Boulduc presentó otra memoria, la indicada más arriba, describiendo la sal de la Fuente de la Cueva, y demostrando que era el mismo producto que la sal de Glauber. Con el tiempo, aquel manantial acabó en desuso, y finalmente engullido por un vertedero en los años 60 del siglo pasado. Finalmente, cuando el “boom” urbanístico del ya Rivas-Vaciamadrid en los 80, todo ese terreno terminó siendo parte del casco urbano, aunque en donde se supone que estuvo la fuente discurre la calle Capanegra, rememorando el antiguo nombre del paraje. Así, la mirabilita, en su forma natural, también tiene una conexión con Madrid no sólo de abundancia sino igualmente histórica.

Para acabar: usos de estos minerales. Los sulfatos sódicos (mirabilita y thenardita, o bien incluyendo calcio en su composición, caso de la glauberita) son especialmente importantes en numerosos procesos industriales, como se verá a continuación. Sin embargo, el sulfato sódico

JUAN MIGUEL

es cada vez más un subproducto de otros procesos, por lo que el compuesto sintético ha ido desplazando al producto natural paulatinamente, por varias razones, entre ellas el precio y la oportunidad.

Una de las aplicaciones más importantes, y que supuso de hecho, como se ha visto, un acicate para su localización en yacimientos naturales y que dio lugar al descubrimiento de la glauberita y la thenardita, es su uso en la industria del vidrio y la cerámica. El sulfato sódico actúa como fluidificante (reduce la viscosidad del vidrio fundido, facilitando su manejo), antiescoria, fundente (hace que el vidrio funda a menor temperatura), afinante (facilita la desaireación de la pasta, eliminando las burbujas de aire que pudiera contener), antiespumante, etc. Sin embargo, el uso de del sulfato sódico en esta industria es limitado, ya que también da lugar a problemas, como necesitar la adición de carbón para reducir el sulfato a sulfuro, amarilleo del vidrio, emisiones contaminantes (SO₂), etc.

Por otra parte, hasta hace relativamente poco tiempo, la principal aplicación era como “excipiente” (relleno) de los detergentes en polvo, pero el paulatino desplazamiento de éstos por los detergentes líquidos ha ido haciendo que el consumo de sulfato sódico para esta aplicación vaya mermando. No obstante, en Sudamérica aún sigue teniendo un nicho considerable.

También el sulfato de sodio es importante en la industria textil, como coadyuvante de la tinción, evitando introducir otros agentes colorantes que podrían interferir con el teñido, como ayuda en el lavado y en la reducción de la carga negativa de las fibras, de modo que los tintes puedan penetrar de manera uniforme. De hecho, en el tintado del algodón o la lana con colores ácidos (¡químicamente, no “visualmente”!) a temperaturas cercanas al punto de ebullición, en el baño de tinturas el sulfato de sodio puede equivaler hasta un 5-10% del peso de la fibra introducida, o más en el caso de colores oscuros. El sulfato de sodio ayuda a una mejor distribución del colorante en la fibra, permitiendo un tinte más diluido pero igual de resistente, al permitir el “anclaje” mejor y de manera más uniforme a la fibra. Usualmente incrementa la solubilidad del tinte en la mezcla, y en presencia de las telas ayuda a eliminar sales del colorante, lo que también mejora el enlace con la fibra. Por otra parte, el sulfato de sodio es menos corrosivo para los equipos y maquinaria que la sal u otros solutos usados en el pasado para propósitos similares.

Un destacado uso del sulfato sódico es en la producción del papel de estraza (papel “kraft”). Como probablemente todo el mundo sepa, el papel se obtiene de la madera, la cual está constituida por dos componentes principales, la lignina y la celulosa. Para fabricar papel, sólo es útil la celulosa, siendo necesario eliminar la lignina, polímero natural resistente casi a todo (¡excepto el fuego!). El inventor del proceso Kraft, C. F. Dahl, observó que la presencia de sulfuro acelera la disolución de la lignina sin que aumente la degradación de la celulosa, ya que el ataque a las moléculas de lignina por éste implica su despolimerización (“troceado”) y la formación de grupos que la hacen más soluble en un álcali. Y aquí es donde entra en juego el sulfato, el cual se transforma en sulfuro al mezclarse y calentarse con el subproducto generado durante el proceso Kraft llamado “licor negro”, el cual es rico en compuestos carbonosos (de ahí que sea negro) que a alta temperatura son capaces de transformar (“reducir”, en la jerga química) el sulfato en sulfuro:



Así, este sulfuro en medio fuertemente alcalino (cáustico) es capaz de despolimerizar (“romper en trocitos”) la lignina, permitiendo su eliminación y que no contamine las fibras

de celulosa, que son la base de cualquier papel. Respecto a esa reacción, no debe olvidarse que los compuestos orgánicos no son carbono puro, conteniendo, además de otros elementos, una cantidad substancial de hidrógeno; ese hidrógeno puede combinarse con el sulfuro producido, y emitir H_2S , sulfuro de hidrógeno o ácido sulfhídrico (y otros compuestos sulfurados más complejos), de característico e intenso olor a huevos podridos (de hecho, los huevos podridos huelen así porque al corromperse producen sulfuro a partir de la destrucción de algunos aminoácidos de las proteínas, como por ejemplo la cisteína), lo que da lugar a ese ambiente maloliente característico de las factorías papeleras.

Entre los siglos XVIII-XIX otra aplicación importante del sulfato sódico fue la obtención de sosa, a través del proceso Leblanc, llamado así por su descubridor, el químico francés Nicolas Leblanc (1742-1806). En este proceso, en el que inicialmente se partía de sal común ($NaCl$) que se convertía en la sal de Glauber (ver reacción [2]), el sulfato sódico se transformaba en sosa comercial (carbonato) según:



Sin embargo, el químico industrial belga Ernest Solvay (1838-1922) fastidió el invento al pobre hombre al poner en práctica el procedimiento de obtención de sosa que lleva su nombre. De todas formas, Solvay no puso en marcha su primera planta hasta 1863, para cuando Leblanc ya se había suicidado hacía bastante tiempo (1806), al verse sumido en la ruina por intentar poner en marcha su proceso a nivel industrial.

Actualmente, el par mirabilita/thenardita ha sido evaluado como sales acumuladoras de calor, ya que los procesos de deshidratación, licuación, precipitación, etc. que sufre este compuesto en torno a los $32^\circ C$ (ver reacción [1]) pueden servir para absorber y ceder calor al ambiente. Sin embargo, presentan el importante inconveniente del carácter corrosivo de las sales alcalinas.

Finalmente, también puede apuntarse el uso como aditivo en alimentación, especialmente piensos animales, para estimular la producción de proteínas en el hígado, y, por supuesto, su efecto “medicinal” (laxante y purgante), lo que hizo populares a las aguas naturales que lo contenían (recordemos el Agua de Carabaña o la propia Sal Catártica) hasta mediados del siglo pasado.

Pero nada mejor que aportar algunas cifras en cuanto al consumo y economía de estos sulfatos para visualizar su importancia. De acuerdo con el Consejo Europeo de la Industria Química (CEFIC), el mercado mundial de sulfato sódico ronda los 16-17 Mt (millones de toneladas; algo menos según las estimaciones del USGS -*United State Geological Survey*, es decir, Servicio Geológico de los Estados Unidos), del que China produce (natural o artificial) sobre el 70 %, dejando para Europa poco más del 10 %. De ese 10 %, España es el principal responsable (algo menos de dos tercios), proporcionando esencialmente sulfato sódico de origen natural, dado que España es el único país con explotaciones mineras de menas de tal substancia.

Según las estimaciones del USGS, la producción del sulfato sódico natural sería de unos 8 Mt, del orden del 60-70 % del total. España produjo en 2013 más de 1,3 Mt de sulfato sódico natural; a Madrid le corresponde algo menos de la cuarta parte de esa cantidad, siendo Burgos la principal provincia productora (por encima de 1 Mt) y Toledo aportando casi lo mismo que Madrid.

JUAN MIGUEL

Respecto a reservas, no creo que se llegue a tener problemas de suministro. En España, tomando como referencia los estudios del IGME, las reservas estimadas son entre 700 y 1.000 Mt, según los criterios adoptados. Casi todo el sulfato sódico producido en España se dedica a la exportación, principalmente a Brasil, lo que supone unos ingresos de más de 125 M€. El precio de estos compuestos se sitúa en torno a 90-100 €/t.

Y hasta aquí unas breves pinceladas de uno de los aspectos culturales de nuestra Región, Madrid, probablemente de los más desconocidos, pero no por ello de los menos importantes.

BIBLIOGRAFÍA

Minerales y Minas de Madrid

J. González de Tánago Chanrai y J. González de Tánago del Río. Ed. Mundi-Prensa y Consejería de Medio Ambiente, CAM. Madrid, 2002.

Minerales y Minas de España. Vol. VI: Sulfatos (seleniatos, teluratos), cromatos, molibdatos y wolframatos

M. Calvo Rebollar. Fundación Gómez Pardo y ETSIM de Madrid. Madrid, 2014.

Minerales y Minas de España. Vol. III: Halogenuros

M. Calvo Rebollar. Diputación Foral de Alava. Vitoria 2006.

FRAY ANTONIO DE JESÚS EN PASTRANA

-Entre Santa Teresa de Jesús y la Princesa de Éboli-

Jaime LAMO DE ESPINOSA
Catedrático émerito UPM
Catedrático "Jean Monnet". Comisión Europea

Introducción. El siglo XVI fue, desde el punto de vista de la cristiandad, un tiempo de enorme dureza entre la amenaza turca en el Mediterráneo y la de Lutero desde el norte. La iglesia se vio obligada a replantearse todo su ser. El Concilio de Trento estableció las bases del nuevo cristianismo y en España lo hicieron una pléyade de santos, literatos, etc...

Santa Teresa de Jesús, San Juan de la Cruz, Fray Luis de León, Miguel de Cervantes, etc. son una buena muestra. Ayudando en todo a Santa Teresa de Jesús aparece en las viejas crónicas, en los libros de historia de la Santa y la descalcez de los s. XVI y XVII, un fraile, grande, autoritario, docto, culto, bien formado, etc. que a petición de la Santa se convierte en el 1er descalzo y que es quien confiesa a la Santa en su lecho de muerte, en Alba de Tormes. Se trata de fray Antonio de Jesús¹.

Pero ... ¿Quién era este fraile cuyo relevante papel ha sido agrisallado con el tiempo y que hoy vuelve a ser considerado con la misma admiración y respeto que tuvo en su tiempo?

Antonio de Heredia y Ferrer nació en Requena en 1510. Requena era entonces una ciudad castellana, no valenciana, amurallada, de unos 7000 habitantes, y aduana de Castilla por ser limítrofe con el que había sido reino moro de Valencia. Y extramuros de su fortaleza existía el convento de El Carmen, que fue el primer convento carmelita fundado en Castilla en 1332, cuando el Carmelo huye de Palestina y se instala en Europa. Ese convento fue durante años fue *studium* de latinidad y teología y centro de formación de muchos jóvenes de la comarca. De la relevancia de aquel convento dejan huella las obras del gran viajero Antonio Ponz o el gran diccionario de Pascual Madoz que lo mencionan con interés.

Antonio ingresa en el convento con diez años. Es buen estudiante y lo mandan, con 16 años, a Salamanca donde estudia Decretales. Profesa con 22 años y permanece un tiempo en el Colegio de San Andrés – el Escorial salmantino- como maestro de estudiantes. Más tarde, a raíz del Concilio de Trento, decide ampliar sus estudios y regresa a Salamanca donde permanece entre los los 42 a los 47 años.

En 1558, es nombrado Prior de Requena, en 1561 ocupa el priorato de Toledo, luego Prior de Ávila (1564) y más tarde de Medina del Campo (1567), ciudades que son en esos

1 Sobre este personaje el autor publicó el pasado año 2015 el libro titulado "Fray Antonio de Jesús (Heredia). Primer prior carmelita descalzo. Confesor de Santa Teresa en su lecho de muerte". Ed. Monte Carmelo. 2015. 181 pags. Y dicho libro fue presentado en la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País el 3 de diciembre de 2015, interviniendo, junto al autor, Monseñor Carlos Osoro, el prof. Juan Velarde Fuertes, la escritora Asún Aguirrezabal y la Presidenta de la Matritenesa, Pilar Becerril. Las líneas que siguen constituyen un capítulo inédito hasta ahora y que formará parte de la 2ª edición, corregida y ampliada.

momentos el centro neurálgico de Castilla, es decir de las Españas, en aquella primera mitad del XVI y que muestran la alta consideración en que el Carmelo calzado le tenía.

Hacia 1.568 conoce a Santa Teresa en Medina donde él es prior. La santa le pide su ayuda para la compra de una casa que se convertiría después en el primer convento de descalzas y él, hombre docto y bien relacionado, preparado para el mundo, apto para el gobierno y eficiente, resuelve aquel problema. De ahí nace una relación y afecto que durará hasta la muerte de ambos. Una relación tan intensa que la Santa lo menciona 72 veces en sus escritos, 20 en Las Fundaciones y 52 en sus cartas y siempre con cariño. Y en los momentos de desencuentros, él mantuvo su criterio basado en el derecho mientras que ella, más impulsiva e inquieta, era a veces frenada por fray Antonio.

La Santa narra en Las Fundaciones cómo en una de aquellas entrevistas ella le expone sus planes para la descalcez masculina y él se ofrece a ser el primero, el primer descalzo. Ella duda... considera que ya es mayor (le falta poco para los 58 años... de entonces... la santa tiene 53), pero, a la postre, cuando luego conoce al jovencísimo Juan de Santo Matía - 25 años-, más tarde San Juan de la Cruz, dice aquello de que ya tiene "*fraile y medio*" - fray Antonio era muy grande y fray Juan muy menudo- y con ellos dos funda Duruelo. O de modo, más expresivo ella lo dice así: "*Como ya tuve estas dos voluntades ya me parecía que no faltaba nada*".

Aquél fray Antonio deja su priorato en Medina del Campo y se incorpora a la "casuca" o "portalico de Belén" de Duruelo, en Ávila, para formar parte del primer convento de descalzos. El día 28 de noviembre de 1568.

Se discute mucho sobre quien fue el primer descalzo, si San Juan de la Cruz o nuestro fraile. Pero cuando en el proceso de beatificación de la Madre Teresa se toman declaraciones -o Dichos- a innumerables personas del siglo XVI, en una docena de ellas se resalta que fue "el primer carmelita descalzo", en el primer convento masculino de la descalcez. Hoy no cabe duda sobre ello.

Crea y funda después el convento de Mancera y más tarde, en 1569, acude a Pastrana, llamado por la Santa, para ayudarla en la fundación de los dos conventos de monjas y frailes que tanto deseó y apoyó la Princesa de Éboli. Examinemos con detalle este atípico y anómalo episodio.

Pastrana. La Princesa de Éboli. Santa Teresa narra (LF-Cap.17) cómo estando en Toledo le llegó un aviso de la Princesa de Éboli, esposa de Ruy Gómez de Silva, invitándola a fundar en Pastrana. Con muchas dudas, consultó a su confesor quien aconsejó su visita. Salió de Toledo el 30 de mayo de 1569 y acudió a Pastrana. Allí el matrimonio le dio acogida y aposento y permaneció junto a las monjas que le acompañaban durante tres meses. La santa fundó convento de frailes y de monjas. Para el de frailes, el príncipe le donó una ermita y terrenos anejos, y la santa pidió que acudieran dos frailes a los que había conocido en el viaje, fray Mariano de San Benito y fray Juan de la Miseria.

Simultáneamente llamo a fray Antonio de Jesús. Así lo narra ella.: "*... enviando yo llamar a el padre fray Antonio de Jesús, que fue el primero, que estaba en Mancera, para que comenzase a fundar el monasterio. Yo les aderecé hábitos y capas y hacía todo lo que podía para que ellos tomasen luego el hábito.*" (LF, cap.17.14). Una vez más la santa destaca que fray Antonio "*fue el primero*" y una vez más, cuando la tarea y el problema es arduo recurre a fray Antonio, hombre de gobierno y gran ayuda siempre, quien acude presto desde Mancera.

Y así añade “*Pues fundados entrambos monasterios y venido el padre fray Antonio de Jesús, comenzaron a entrar novicios....*” (LF, cap. 17, 15). En otro texto encontramos palabras semejantes pero acotadas en fechas. Así Pérez y Cuenca escribe: “*El 9 de julio tomaron posesión civil del sitio y la Santa no quiso que se tomase la eclesiástica hasta que viniese el padre Fray Antonio de Jesús, Prior de Duruelo. Luego que llegó este padre se puso el Santísimo Sacramento el 13 de julio de 1569*”². Es esta, pues., el 13 de julio, la fecha oficial de la fundación.

Es más, fray Francisco de Santa María, escribe refiriéndose a la consagración de la Ermita de San Pedro, que fue el primer convento de frailes, y el papel jugado por fray Antonio lo que sigue: “*Pero no permitió la Santa que fuese llena con el Santísimo Sacramento, hasta que llegase nuestro Venerable Padre Fray Antonio, guardando aquel respeto a quien también lo merecía. Y así debe ser tenido por fundador de aquel Convento*”³.

Y vuelve a describirlo de modo más preciso unas páginas más adelante en estos términos: “*Yá queda dicho como a nueve de Julio del año que corre, quedaron los tres primeros fundadores deste Convento, Fray Ambrosio Mariano⁴, Fray Juan de la Miseria, y Fray Baltasar de Jesus, en la posesión civil de todo el sitio, y cerro, albergados en el misterioso palomar. Pero no aviendo consentido nuestra gloriosa Madre Santa Teresa, que le tomase la profesion Eclesiastica, y espiritual, con la presencia del Santísimo Sacramento, que hizielle Iglesia, y amparase aquella nueva Congregación, hasta que viniese nuestro Venerable Padre Fray Antonio de Jesús, Prior de Duruelo, desde fu entrada, y colocación del Santísimo Sacramento, se debe contar esta fundación. Hizose a treze del mes de julio, con toda celebridad, y concurso, que el afecto grande de los Principes, y reverencial devoción del pueblo pudieron ofrecer, como ya se dixo*”⁵.

Sin embargo las cosas habrían de complicarse, sobre todo en el convento de monjas. La Princesa se entrometía en todo respecto a las monjas y ello generó problemas sin cuento, y a la postre, tras la muerte de su marido, Ruy Gómez de Silva, hombre ponderado y reflexivo, la Princesa, en el mismo funeral de su marido en Madrid, le comunica al padre Mariano su intención de profesar como novicia. Se cuenta que la abadesa cuando lo supo afirmó “*¿La princesa monja? ¡Ya doy la casa por deshecha!*”⁶. Y así fue. La Princesa, que entró el 30 de julio de 1573 y adoptó el nombre de sor Ana de la Madre de Dios, no se acomodó –obviamente, dado su carácter– a la Regla, hacía y deshacía en el convento y “*la priora no podía dar las libertades que pedía*” (LF, cap. 17, 16). A partir de aquí Santa Teresa interviene cerca de los prelados para quitar de allí el convento fundando otro en Segovia, como así se hizo.

2 Pérez y Cuenca, Mariano. Recuerdos Teresianos en Pastrana. Madrid 1871. Imprenta F. Escamez, San Mateo num. 6. Pag. 17

3 Fray Francisco de Santa María. Reforma de los Descalzos de N.S. del Carmen de la primitiva observancia. Libro II. Cap. XXVIII.

4 Este Ambrosio Mariano Azzaro, nació en Bitonto (Bari, Italia,) en 1510, asistió al Concilio de Trento, era experto en matemáticas, ingeniería y tracista, en esta condición trabajó sobre la navegación del Guadalquivir, la nivelación de la acequia de Colmenar, etc. y fundó en Valencia, muerta ya Santa Teresa, el convento de San José (1588).

5 Fray Francisco de Santa María. Op.cit. Libro II. Cap. XXVIII. pag. 307

6 Ares, Nacho. Eboli., Secretos de la vida de Ana de Mendoza. Algaba. 2005. Ver también La Princesa de Eboli, novela histórica, de Almudena de Arteaga, mr.ediciones, 2007.

LAMO DE ESPINOSA

Fray Antonio de Jesús dirigió una carta a la duquesa de Alba el 10 de octubre de 1573, en la que afirma “*Las nuevas que hay por acá de nuestra novicia la princesa son de que está preñada de cinco meses y que está dentro del monasterio mandando como priora y que quiere que las monjas le hablen de rodillas y con gran señorío. Vuestra excelencia lo diga a nuestra madre si no lo sabe*”⁷. Mucho se ha investigado sobre este embarazo pero no hay huella del mismo. Podría ser cierto el embarazo, – según nos dice Nacho Ares– fechado entre octubre y noviembre

de ese año y que ella hubiera quedado embarazada entre junio y julio, antes de la muerte de Ruy Gómez. Pero nada se sabe sobre el final de ese embarazo. De ser cierto debió morir antes de nacer pues no queda huella alguna del mismo.

Tal era el conflicto desencadenado por la princesa en el convento de monjas y tan alto el nivel del desencuentro que, a la postre, y por orden de la propia Santa Teresa, las catorce monjas abandonaron la noche del 6 al 7 de abril de 1574, el convento de modo definitivo y se instalan en Segovia. La princesa lo había abandonado previamente en enero. Y la santa quedó “*con el mayor contento del mundo de verlas en quietud...*” (LF, cap. 17, 17).

No entramos aquí en el tema del embarazo mencionado ni en otros sucesos relacionados con la herencia de Ruy Gómez ni en las otras causas posibles de la ruptura entre Dña. Ana de Mendoza y Teresa de Ávila⁸ ya que no es ese el objeto de estas



páginas. Lo cierto es que la aventura fundacional de la santa encontró aquí su primer obstáculo y el convento de monjas acabó cerrado y las carmelitas abandonaron Pastrana para siempre. Por el contrario el convento de frailes permaneció hasta la Desamortización de 1836. En 1855 fue ocupado por los Franciscanos Misioneros de Filipinas.

7 Carta citada por Manuel Santaolalla Llamas en su libro *La Princesa de Eboli*. Guadalajara. 1995. Pág. 41

8 Alegre Carvajal, Esther. “El encuentro y la ruptura entre Teresa de Jesús y la princesa de Éboli: ¿Una cuestión de enfrentamiento personal o un asunto de estrategia política?” . *eHumanista* 24. (2013). Pags. 466 a 478.

Pérez y Cuenca quiere acentuar el papel de Pastrana en la historia de la descalcez y dice que allí “*se plantó el árbol*”, aunque sigue “*es cierto que el primitivo convento descalzo fue Duruelo, pero no lo es menos que este (se entiende que Pastrana) fue la causa de la reforma, y que se alzó con la primacía, ya por el poco tiempo que aquel duró y por las razones siguientes: 1ª. Por haber sido fundación prevenida con los avisos del Cielo, 2ª. Por haberla efectuado la misma Santa Teresa, 3ª. Ser filiación del V. P. Fray Antonio de Jesús, Prior de Duruelo. 4ª. Haber merecido a San Juan de la Cruz por primer maestro de novicios. 5ª. Por haber salido de esta casa los fundadores de la congregación de Italia, los misioneros del Congo y de otras partes*”⁹. Razones que estaban ya y así descritas en el libro comentado de Fray Antonio de Santa María.

Retratos en Pastrana.

Como ya se ha indicado, al tratar la fundación de Pastrana, allí y en su Museo de San Francisco, existen dos cuadros que nos revelan a fray Antonio de Jesús tomando los votos de los dos primeros frailes que profesaron en Pastrana.

Uno de ellos se titula “*Profesión de los dos primeros descalzos de Pastrana*”. SE trata de un oleo de 243x161, Escuela Madrileña, siglo XVII que se conserva en el Museo Franciscano de Pastrana. La escena representa a Mariano Azzao (Ambrosio Mariano de San Benito) y a fray Juan Nardush (Juan de la Misericordia) y “*ambos frailes emiten sus votos en manos del padre fray Antonio de Jesús*”, nos dice Ares (op.cit) describiendo el cuadro. Y añade “*Los Príncipes de Éboli – que se ven detrás- hacen de padrinos mientras Santa Teresa asiste emocionada al acto*”. A la izquierda puede apreciarse un fraile erguido que, según narra Nacho Ares, es el padre Baltasar Nieto. Y al fondo, en la zona central a los Príncipes de Éboli.

Pero hay otro cuadro (243x161 cm) en el mismo museo, donde se puede apreciar a los dos novicios arrodillados junto a los príncipes de Éboli, estos también de rodillas aunque en primer plano, y a la izquierda de ambos y de Santa Teresa – sin duda el padre Baltasar Nieto:-



9 Pérez y Cuenca, Mariano.. op. Cit. pag. 20.

LAMO DE ESPINOSA

Es extraño que en esta versión aparece Balthasar Nieto, observante carmelita y no fray Antonio, quién en el cuadro anterior es quien toma el juramento a los dos nuevos frailes.

Fray Antonio de Jesús tras Pastrana. Más tarde, tras Duruelo, Pastrana – con el fracaso fundacional de Pastrana en lo que atañe a las monjas que no a los frailes– y Mancera, adonde retornará fray Antonio a lo largo de su dilatada vida, ocupa lugares preferentes en la Orden como visitador, definidor, vicario, funda numerosos conventos, acude al de Lisboa, vive dramáticamente las luchas entre Calzados y Descalzos, etc . etc . Y desempeña, también un papel singular como hombre experto en decretales, en la elaboración de las nuevas Constituciones que la Santa pretende y obtiene para la Orden. A ello consagramos estas breves líneas que siguen.

Hacia 1572, aunque el *motu proprio* no le llegó hasta 1574, según el archivo Silveriano, es nombrado directamente por el Papa Pío V visitador del convento de Santo Tomás de Ávila, de la poderosa orden de los dominicos de donde procedían todos los grandes inquisidores desde Torquemada, siendo él carmelita.

A partir de aquí una actividad frenética le lleva a la fundación de diversos conventos, e Interviene, también, activamente en la redacción de las nuevas Constituciones, de la Regla, cuya redacción personal consta en el Archivo carmelitano de Roma, Regla que tanto obsesionó a la Santa que muere pidiendo a sus monjas que “*cumplan la Regla*”, y que se aprobaron en Alcalá en 1581, participando fray Antonio como Definidor en ella y consta allí su firma, junto a la de Jerónimo Gracián, gran autor, siendo editadas por fray Luis de León.

Y cuando la Madre Teresa le pide que le acompañe en un viaje de Valladolid a Ávila en 1582, él tiene ya 72 años, viaje difícil con carretas, bueyes, jornadas terribles.... Y él, que es el Provincial, decide parar en Alba de Tormes a petición de la Duquesa de Alba. Es en esa ciudad donde muere la Santa a los pocos días de llegar, auxiliada, por fray Antonio. Este le administra los últimos sacramentos y decide sea enterrada allí, en el coro de dicho convento.

La Santa fallece pronunciando unas singulares palabras: “*por fin muero dentro de la Iglesia*” frase e intención sobre la que tanto se ha escrito.

Cuando años más tarde, en 1.614, fue santificada, Felipe IV ordenó sermones en todas las iglesias españolas y destacó uno de Fray Hortensio Paravicino, cuyo retrato pintado por el Greco se conserva hoy en Boston, el cual afirmó: “*fue reformadora no del Carmelo solo, sino del mundo católico entero*”. Así... fue *reformadora del mundo católico entero* y vale la pena repetirlo.

Muerta ya Santa Teresa, Fray Antonio consagra a Andalucía y a Portugal el resto de su vida, fundando en la primera diversos conventos, entre ellos el de Vélez-Málaga (1593) del que será su prior y donde morirá.

En Lisboa ayuda a Jerónimo Gracián y a la Madre María de San José a la fundación del convento en dicha ciudad (1583), en cuyo viaje sufre un ataque de un perro rabioso (otros dicen que un oso) que le derriba del caballo y le produce lesiones en una pierna de las que sufrirá sus consecuencias hasta su muerte.

JAIME

Y también es la persona que, siendo Provincial de Andalucía acude a Úbeda en 1591 –ya tiene 81 años– al lecho de muerte de San Juan de la Cruz –su joven compañero de Duruelo– e, igual que con Santa Teresa, le acompaña en su última hora.

El cuerpo de San Juan de la Cruz es trasladado a Segovia tras numerosos problemas – lo había pedido Dña. Ana de Peñalosa y quedan en Úbeda las piernas mientras que el tronco y cabeza van a Segovia– y, por cierto, Miguel de Cervantes narra ese traslado en *El Quijote*, en su Capítulo XIX, cuando cuenta cómo se cruza con una comitiva fúnebre que se desplaza de Úbeda a Segovia y Don Quijote afirma a Sancho que a partir de esa fecha deberá llamarse “Caballero de la Triste Figura”. No olvidemos que Cervantes vivió mucho tiempo en Andalucía y conocía bien de la santidad de San Juan de la Cruz.



Finalmente, en 1601, Fray Antonio muere en el convento de Vélez-Málaga, que había fundado y del que era su prior, cuando cuenta con 91 años, de los que 81 los había pasado de religión.

Santa Teresa y fray Antonio: dos amigos. Fray Antonio fue, según el magnífico retrato suyo que conserva en El Carmelo de Segovia, un hombre alto, corpulento, aire distinguido, buen sacerdote, docto e ilustrado según sus coetáneos, buen predicador, austero hasta el extremo, simpático aunque a veces con un carácter difícil, más acostumbrado a mandar que a obedecer, escriben algunos de su tiempo, y por ello era sobre todo un hombre de gobierno. (Lo que confirma el estudio grafológico que pedí a D. Germán Belda y que se añade al libro como anexo). A la izquierda podemos observar el retrato de Antonio de Jesús existente en el Convento de Segovia datado en fecha anterior a 1675.

Y es un hombre que se consagra desde el inicio a la Santa, en su propósito de fundar ella, una mujer, una nueva Orden descalza masculina. ¿Somos conscientes de lo que era entonces que una mujer, una monja, creara una orden de frailes? Solo se conoce este caso en la historia.

Hay que leer las dos obras recientes de los profesores Ricardo García Cárcel –catedrático de Historia de la UAB– una, y de Joseph Pérez –gran hispanista francés, catedrático en Burdeos–, la otra, para comprender bien la ingente obra que esto supuso en medio de la misoginia cultural, la fuerte masculinidad dominante del siglo. “*Basta ser mujer para caérsele las alas*” escribió la Santa en su famoso Libro de la Vida.

Ese carácter de la Santa es el que hizo que el Nuncio Segá escribiera a su llegada a España en 1577: “*Fémína inquieta y andariega, desobediente y contumaz... enseñando como maestra contra lo que San Pablo enseñó mandando que las mujeres no enseñasen*” y otras lindezas. Sin embargo al final de la etapa de Segá en España, 1581, las relaciones entre ambos eran magníficas. La Santa así lo expresó.

La amistad, el afecto y la lealtad entre la Santa y fray Antonio fue constante durante su vida. Dos pruebas bastarán. Una, que de las cuatro cartas conocidas que Santa Teresa dirige al Rey Felipe II, que siempre la apoyó, una, la de 1577, es para invocar su apoyo en favor de Fray Antonio, detenido en aquellas luchas fratricidas entre los mitigados y los descalzos, que tanto daño hicieron. Que dejen libre “*a fray Antonio de Jesús que es un bendito viejo, el primero de todos, ...*” escribe.

LAMO DE ESPINOSA

Otra prueba, la última, es una carta escrita por Santa Teresa a Jerónimo Gracián el 1.9.1582, cuatro meses antes del fallecimiento de aquella, haciendo alusión a una carta recibida de fray Antonio, en la que se alegra de haber tenido noticias de su amigo y dice de él “.. *puesto torna a ser mi amigo (a la verdad que siempre le he hallado por tal)...*”.